

SELECCIÓN DE TEXTOS 2024-2025

MEDITACIONES
HOMILÍAS
CARTAS Y MENSAJES
DISCURSOS Y CLASES
ARTÍCULOS Y ENTREVISTAS

MONS. FERNANDO OCÁRIZ
PRELADO DEL OPUS DEI

Mons. Fernando Ocáriz

Selección de textos 2024-2025

MEDITACIONES

HOMILÍAS

CARTAS Y MENSAJES

DISCURSOS Y CLASES

ARTÍCULOS Y ENTREVISTAS

www.opusdei.org

Índice

MEDITACIONES

En la solemnidad de la Inmaculada Concepción (8-XII-2024)

En la fiesta de san José (19-III-2025)

Esperanza en los cielos

Hacer nueva nuestra entrega

HOMILÍAS

En la fiesta del beato Álvaro (11-V-2024)

En la fiesta de san Josemaría (26-VI-2024)

Filiación divina

Santificación del trabajo

En la fiesta del beato Álvaro (11-V-2025)

En la fiesta de san Josemaría (26-VI-2025)

Saciedad del corazón

Afán apostólico y filiación divina

Herencia de san Josemaría

CARTAS Y MENSAJES

Carta sobre la obediencia (10-II-2024)

Obedecer a Dios

Voluntad divina y mediación humana

Obediencia y libertad

Obediencia y confianza

Obediencia y fecundidad apostólica

La obediencia inteligente de san José

La obediencia de María

Unidos en la oración por la pronta recuperación del Papa (19-II-2025)

Carta sobre la alegría (10-III-2025)

La alegría de la fe

[Alegres en la esperanza \(Rm 12,12\)](#)

[La alegría del corazón enamorado](#)

[Mensaje por el fallecimiento del papa Francisco \(21-IV-2025\)](#)

[Mensaje para unirse al duelo y a los ritos fúnebres por el papa Francisco \(21-IV-2025\)](#)

[Mensaje con ocasión de la elección del papa León XIV \(8-V-2025\)](#)

[DISCURSOS Y CLASES](#)

[Clase sobre la disponibilidad y el celibato en el Opus Dei \(20-I-2024\)](#)

[Sin más ataduras que el amor](#)

[Una paternidad sin límites](#)

[Ponencia sobre la vivificación cristiana de las instituciones educativas \(26-VII-2024\)](#)

[Introducción](#)

[Identidad cristiana personal](#)

[Identidad cristiana institucional](#)

[Excelencia profesional](#)

[Primacía de la persona](#)

[La presencia institucional de la Iglesia](#)

[Armonía entre fe y razón](#)

[La libertad](#)

[Autoridad como servicio](#)

[La colegialidad](#)

[La justicia](#)

[La dimensión pública de la identidad cristiana](#)

[Clase sobre la esperanza \(noviembre de 2024\)](#)

[¿Qué es la esperanza?](#)

[El fundamento de la esperanza](#)

[La certeza de que Dios está empeñado](#)

[La seguridad de lo imposible](#)

[¿Dónde está tu esperanza?](#)

Paz, oración, alegría

Conferencia “Eucaristía y sacerdocio” en el centenario de la ordenación sacerdotal de san Josemaría (27-III-2025)

Sacerdocio para la Eucaristía

- a) Centro y raíz de la vida del presbítero
- b) Dignidad y debilidad
- c) Eucaristía y otras funciones sacerdotales

Eucaristía y santificación del sacerdote

- a) La Eucaristía y la conformación con Cristo
- b) Desde la Trinidad para llevar el mundo a la Trinidad
- c) Don y tarea
- d) Acompañar al Señor en el sagrario

Eucaristía y caridad pastoral

- a) Una existencia eucarística
- b) Corresponder al don recibido, conformarse con ese don
- c) Vivir para los hermanos, vivir para la Iglesia

Conclusión

Conferencia “Santificar el trabajo, transformar el mundo: un liderazgo con sentido cristiano” (30-VI-2025)

Realidad y valor humano del trabajo

Su valor sobrenatural: la santificación del trabajo

La peculiar relevancia del trabajo directivo

ARTÍCULOS Y ENTREVISTAS

El Debate, España (22-VI-2024)

Avvenire, Italia (26-VI-2024)

El Mercurio, Chile (28-VII-2024)

Semana, Colombia (17-IX-2024)

El 9 Nou, España (24-IX-2024)

The Pillar, Estados Unidos (18-XI-2024)

Avvenire, Italia (26-VI-2025)

Die Tagespost, Alemania (26-VI-2025)

De la mano de los papas

Un ideal de servicio, un heroísmo posible

Un don recibido proyectado al futuro

El Mundo, España (26-VI-2025).

© 2026 Fundación Studium

© Foto portada: shutterstock_2704062179

MEDITACIONES

En la solemnidad de la Inmaculada Concepción (8-XII-2024)

Iglesia prelatía de Santa María de la Paz, Roma

La solemnidad de hoy, la Inmaculada, comienza con unas palabras de gran alegría que hacemos ahora nuestras en esta oración, queriendo que sean verdaderamente auténticas: «Desbordo de gozo con el Señor y me alegro con mi Dios: porque me ha puesto un traje de salvación y me ha envuelto con un manto de justicia, como novia que se adorna con sus joyas» (*Is 61,10*). Estas palabras del Antiguo Testamento, aplicadas proféticamente a la Virgen Santísima, nos ayudan a nosotros también a unirnos al gozo de nuestra Madre. Y queremos, Señor, que esta alegría no sea algo superficial, un simple recuerdo de algo ya conocido, sino que realmente tenga un influjo grande en nuestro día, que nos alegre profundamente.

En la primera lectura de la Misa, del libro del Génesis, se nos recuerda la promesa de la redención que Adán y Eva recibieron después de su caída. Esa promesa de redención se refiere lógicamente a Cristo, pero también, con él y en él, a Santa María: «Pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y su descendencia», dice el Señor a la serpiente. «Te aplastará la cabeza cuando tú la hieras en el talón» (*Gn 3,15*). Se anuncia también una lucha, porque el demonio no se conformará, seguirá atacando, herirá en el talón, pero su cabeza será aplastada. Hoy, Señor, queremos especialmente sentirnos en nuestra oración muy hijos de la Virgen Santísima, esa nueva Eva, Madre de los vivientes y Madre nuestra: muy hijos de tu Madre, muy hermanos tuyos, por tanto. Tantas veces, todos los días, de un modo u otro, la contemplamos, le rezamos, nos dirigimos a ella; y hoy queríamos hacerlo con una fe

especial, con una mayor fe en el Señor que nos la da por Madre continuamente, como omnipotencia suplicante, como medio seguro de poner a nuestro alcance la fuerza de Dios con el tono materno de María, con su cariño de Madre.

El Evangelio de la Misa de hoy lo conocemos de memoria, pero el Evangelio es siempre palabra de Dios, palabra eficaz, penetrante, y queremos dejarnos penetrar una vez más por él. «En aquel tiempo el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una Virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la Virgen era María. El ángel, entrando en su presencia, dijo: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo”» (Lc 1,26-28). Todos los días rezamos estas palabras tantas veces: «*Ave, gratia plena*». El ángel al principio no le llama María, le da como nombre propio su condición de llena de gracia: la llama así, llena de gracia que, como explican los expertos viene a ser algo así como completamente transformada por la gracia.

«*Fiat mihi secundum verbum tuum*» (Lc 1,36). La Virgen responde con estas palabras, que pronunciamos todos los días, a la propuesta del ángel. Hoy querríamos repetirlas, Madre nuestra, con el convencimiento de que todo lo que Dios quiere para nosotros es para nuestro bien, aunque a veces no lo entendamos. Que tengamos la alegría y la seguridad de estar siempre en manos de Dios, protegidos por él, guiados por su providencia. No hay nada en nuestra vida que sea puro azar: detrás siempre está la voluntad del Señor, que quiere lo mejor para nosotros.

«¡Oh Madre, Madre! —comentaba nuestro Padre—: con esa palabra tuya —“*fiat*”— nos has hecho hermanos de Dios y herederos de su gloria. —¡Bendita seas!» (Camino, n. 512). Diciendo ese «hágase» en lo de cada día, tanto en lo grande como en lo pequeño, nos hacemos cada vez más hermanos de Dios, herederos de su gloria, con una gracia que nos llega precisamente a través de la mediación materna de María.

En la segunda lectura, san Pablo escribe: «Bendito sea el Dios, Padre de nuestro señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos. Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos y sin mancha» (*Ef* 1,3). Hemos sido elegidos para ser también inmaculados. Ciertamente, hemos sido concebidos con el pecado original, pero por el bautismo hemos vuelto a nacer sin mancha, inmaculados. Después, nuestra fragilidad hace que nos vayamos manchando más o menos, pero siempre tenemos el remedio de volver a ser inmaculados por su gracia, por la fuerza de los sacramentos, por la confesión, por la eucaristía, por la oración por la que el Señor nos acoge siempre. Este es un motivo de esperanza grande en la vida espiritual y en el trabajo apostólico. Por mucho que notemos las dificultades externas o internas, personales o de ambiente, podemos sentirnos inmaculados, a pesar de nuestras manchas, porque Dios nos limpia constantemente cada vez que acudimos a él.

El Señor nos ha escogido antes de la creación del mundo. Nuestra vocación, el plan de Dios para nosotros, es tan eterno como el mismo Dios: él ya pensó en cada uno de nosotros para que fuéramos santos y sin mancha en su presencia. Y, como recuerda san Pablo, nos eligió en Cristo. Estas palabras son también importantes, porque toda nuestra vida es un vivir en Cristo: tiene que ser, queremos que sea, un vivir en Cristo. Tantas veces nuestro Padre nos decía que tenemos que ir buscando siempre la unión con el Señor para estar firmes: ante las dificultades, ante el trabajo, ante nuestros propios defectos. Para estar firmes, para no desalentarnos, para sentir la seguridad en la llamada que hemos recibido de Dios, busquemos la unión con Jesucristo. Y es María precisamente la que nos guía hacia Él, la que nos ayuda en todo momento a identificarnos con Él, de manera que podamos ser el *ipse Christus* que predicaba nuestro Padre.

La idea del *alter Christus* es más o menos comprensible, más o menos común, pero ese *ipse Christus*, enormemente original pero enormemente profundo, ciertamente es mucho más: no solo identificarnos como imitando, que también, sino vivir en Él, ser Él de alguna manera, sin dejar de ser nosotros mismos. Es el gran misterio de nuestra filiación divina, de nuestra participación en la vida de Dios, que Cristo nos ha dado en el Espíritu Santo, para que seamos santos y sin mancha, inmaculados, en su presencia. Hoy especialmente, al escuchar de nuevo esta palabra, «inmaculados», se nos va la mirada a la Santísima Virgen, para que ella nos ayude, para que nos parezcamos a ella también en esto, en ser inmaculados.

Realmente hay que tener audacia para pretender ser inmaculados, pero podemos serlo cada vez que nos levantamos, cada vez que nos limpiamos. Por eso debemos tanto agradecimiento al Señor por la penitencia, por la confesión, por su amor y su misericordia, que nos perdona, que nos levanta de ese modo visible, en el sacramento, y siempre que nos levantamos nosotros con el alma a pedirle perdón.

Santos, inmaculados..., en su presencia: la presencia de Dios es otro grandísimo tema de nuestra vida, algo que tiene que caracterizar nuestro caminar por este mundo. Vivir en la presencia de Dios: eso es tener vida sobrenatural. Nos viene a la memoria enseguida ese otro punto de *Camino*: «Ten presencia de Dios y tendrás vida sobrenatural» (*Camino*, n. 278). La presencia de Dios y la vida sobrenatural son dos cosas muy unidas, porque no es una presencia de Dios cualquiera, es un acto de fe profundo en que «*Deus nobiscum*», y entonces: «*quis contra nos?*» (*Rm* 8, 31). ¿Y quién mejor, quién con más profundidad y más verdad que la Virgen puede decir «*Deus nobiscum*»? Pues vamos a pedirle a ella ahora: Madre nuestra Inmaculada, ayúdanos a tener fe en la presencia del Señor en cada uno de nosotros. Que esta realidad nos llene de serenidad y alegría, pues Él nos da la gracia para desechar el miedo y la tristeza.

Nos eligió en Cristo, antes de la creación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha, en su presencia..., por el amor. El amor: sabemos bien que la santidad es la plenitud de la caridad, que es también la plenitud de la fuerza del Espíritu Santo en nuestras almas; y es de ahí de donde tiene que salir siempre la fuerza para el trabajo, para la obra apostólica, para toda nuestra vida. Muy especialmente, la santidad como plenitud de la caridad nos tiene que llevar a la unidad. Como decían unas conocidas palabras de san Cipriano, tan antiguas ya: «La caridad es el lazo que une a los hermanos, el cimiento de la paz, la trabazón que da firmeza a la unidad; la que es superior a la esperanza y a la fe, la que sobrepuja a la limosna y al martirio; la que quedará con nosotros para siempre en el cielo» (San Cipriano, *De bono patientiæ*, n. 15: PL 4, 631 C).

El lazo que une a los hermanos: y ese amor, esa caridad, es inseparable del amor a Dios, de alguna manera es lo mismo, aunque en direcciones distintas, es la misma virtud. El lazo que une a los hermanos: las madres gozan cuando ven a los hermanos, a sus hijos, unidos, que se quieren, que se ayudan, que van a la par. Podemos pensar que la Virgen se alegra cuando nos ve unidos, cuando ve que nos queremos. Y a la vez, ella nos consigue esa realidad de que estemos unidos, de que vivamos la fraternidad, esa fraternidad que quiere siempre, por su misma naturaleza, desbordarse en afán apostólico.

Que la Virgen Santísima, Madre, nos dé, se lo pedimos así, el tono de familia. Que ella nos proteja también en este sentido de que la Obra sea, como quería nuestro Padre, una pequeña familia, aunque esté extendida por todo el mundo. Recordáis que nuestro Padre decía eso, que aunque estemos extendidos por todo el mundo podemos ser una pequeña familia, precisamente por el amor, por el cariño, por la unidad. Y esto nos lo da el Señor por la Virgen, por la Madre, pues la Madre es la que da la unidad.

La ausencia total de pecado en María la llevó al deseo de servir. Lo primero que se le ocurre después del *fiat*, cuando el mismo Dios encarnado está en sus entrañas, es ir a visitar a Isabel. El ángel le ha dicho que está esperando un niño. Y como la Virgen sabe que es anciana, entiende que necesitará ayuda. Ayúdanos, Madre nuestra, a tener esa actitud que lleva a descubrir las necesidades de los demás, manifestación inmediata de tu ser Inmaculada.

[Volver al contenido](#)

En la fiesta de san José (19-III-2025)

Iglesia prelatía de Santa María de la Paz, Roma

Hoy, en la fiesta de san José, la liturgia nos ofrece numerosos textos, como es habitual. Pero en particular, la segunda lectura —de la Carta de san Pablo a los Romanos— aplica a san José la figura de Abraham: aquel que, esperando contra toda esperanza, creyó que llegaría a ser padre de muchos pueblos, y le fue contado como justicia (cfr. *Rm* 16-22). Se trata de la conexión entre la fe y la esperanza, que hoy se nos invita a contemplar también en la vida de san José: una fe unida a una esperanza firme, que nace de la confianza en el poder de Dios, en su amor y en sus planes, incluso cuando esos planes desbordan por completo nuestra capacidad de comprenderlos.

En san José vemos un hombre que cree, que confía, que acoge con fe el misterio inmenso de la encarnación. Lo vemos aceptar un plan que rompe los planes humanos más naturales, incluso los que seguramente había concebido en su corazón. Lo vemos partir hacia Egipto casi sin preparación, confiando únicamente en la palabra de Dios. Y lo vemos así siempre: obediente, silencioso, fiel. De un modo especial lo contemplamos junto a la Virgen, años después, cuando el Niño se queda en el Templo y ambos reciben de Jesús una respuesta que resulta verdaderamente desconcertante. Lo hemos meditado muchas veces: a pesar de ser quienes eran, la Virgen y san José no comprendieron del todo al Señor. Así lo expresa el mismo Evangelio. Y, sin embargo, esa fe les impulsaba a aceptar siempre la voluntad de Dios, a querer lo que Dios quiere. Era una fe viva, operante, inteligente. Una fe que actuaba por la caridad. Una fe que se

manifestaba también como raíz de una obediencia pronta, delicada y total a los planes de Dios.

La fe misma es ya una forma de obediencia: es la obediencia de la fe, la entrega de la inteligencia y del corazón a Dios. Por eso, hoy podemos pedirte, Señor, por la intercesión de san José, unido a la Virgen santísima, que nos concedas una fe así de grande. Una fe que nos haga vivir convencidos de tu amor, porque ese es, en el fondo, el gran tema de nuestra fe: creer en tu amor fiel y eterno.

Ese amor que nos lleva a aceptar, incluso cuando no entendemos del todo, tus planes y tus exigencias. Hoy, Señor, de manera especial, te pedimos la fe de san José. Es una petición audaz, lo sabemos. Pero, al menos, deseamos acercarnos a esa fe, y que ella nos conduzca también a una esperanza grande. Que sepamos esperar contra toda esperanza, como Abraham, como san José. Concretamente, la esperanza de la santidad. La esperanza de cumplir tu voluntad, Señor, a pesar de la experiencia de nuestra debilidad. Que esa esperanza esté enraizada en una fe renovada, más grande, puesta no en nuestras fuerzas, sino en tu poder y en tu amor por nosotros. Y desde ahí, que podamos vivir abiertos a tu querer, abiertos con docilidad, con humildad, con confianza. Abiertos, en una palabra, a obedecer con alegría tu plan de amor.

Con una obediencia libre, con una libertad de espíritu grande, con un corazón que hace suyo lo que tú quieres, Señor. Así no dudaremos en obedecer con alegría. Incluso cuando tus planes se nos presenten difíciles, humanamente incomprensibles, como le sucedió a san José. En una ocasión, el papa Francisco decía que «José no dudó en obedecer, sin cuestionarse acerca de las dificultades que podía encontrar» (*Patris Corde*, n. 3): «Se levantó, tomó de noche al niño y a su madre y se fue a Egipto» (*Mt 2,14-15*). Un plan verdaderamente sorprendente... y, sin embargo, José no dudó.

Nosotros hoy te pedimos, Señor, por la intercesión de san José, que sepamos obedecer sin dudar. No solo de forma externa, no solo por deber, sino con libertad interior. Que obedezcamos porque nos da la gana, porque lo hacemos nuestro, porque creemos con fe firme que lo que tú nos pides es siempre lo mejor para nosotros, fruto de tu amor fiel.

Esperanza en los cielos

Nuestro Padre nos decía que nosotros éramos su esperanza, porque la Obra está en nuestras manos, y tenemos la seguridad de que desde el cielo él sigue ayudándonos, sigue empujándonos. Queremos vivir con esa esperanza que, como escribe san Pablo a los colosenses, está en el cielo (cfr. *Col* 1,5). No en nuestras fuerzas, no en nuestras capacidades, sino en ti, Señor, en tu amor, en tu fidelidad. Confiamos en que tú no nos dejas solos, en que siempre podremos contar con tu ayuda, y que seremos fieles... si queremos serlo. Señor, hoy renovamos ese deseo: queremos ser fieles. Y sabemos que, si lo queremos, lo seremos, porque tu gracia no nos faltará nunca. Por eso podemos vivir con seguridad, con una esperanza cierta, no fundada en nuestras fuerzas, sino en tu poder, en tu amor. Una esperanza que es también seguridad. Y eso te pedimos hoy, Señor: que nos concedas, como a nuestro Padre, la seguridad de lo imposible. Porque lo *imposible* que queremos vivir y alcanzar es, ante todo, nuestra propia santidad.

Ante la experiencia de nuestra propia debilidad, tenemos que estar convencidos de que la santidad no es una utopía. No es una meta inalcanzable ni un ideal abstracto. La santidad es la llamada de Dios para cada uno de nosotros. Es su plan para nuestra vida. Y él, que nos llama, nos da también todos los medios necesarios para alcanzarla, toda la fuerza, incluso en medio de nuestras fragilidades. Esta es la seguridad de lo imposible: creer que, con Dios, podemos llegar a ser santos.

Recordamos aquellas palabras de nuestro Padre, que describían a san José como *el hombre de la sonrisa permanente y el encogimiento de hombros*. No un gesto de indiferencia, sino de abandono confiado: sea lo que sea, contamos con la ayuda de Dios. Por eso, queremos vivir también nosotros con una sonrisa permanente ante las dificultades, con esa esperanza que es fuente de alegría. La esperanza cristiana de la que habla san Pablo: «Alegres en la esperanza» (*Rm 12,12*). Una esperanza puesta en el Señor, no en nuestras propias fuerzas. Porque la esperanza nace de la fe, y va unida inseparablemente a ella.

El Evangelio dice poco de san José. Nos muestra su fe, su docilidad a los planes de Dios. Y con razón podemos imaginar —sin temor a equivocarnos— cómo trataría al Señor, con cuánto amor cuidaría de Jesús en su infancia. También nosotros queremos tratar a Cristo así: con todo el cariño del que seamos capaces. Y sabemos que lo tratamos y lo amamos también cuando tratamos y amamos a los demás. Por eso, hoy te pedimos Señor, que con la fe y la esperanza, aumentes también en nosotros la caridad. Que sepamos querer de verdad, con un amor que se traduzca en espíritu de servicio, en una disposición habitual a pensar en los demás, a hacer su vida más agradable, a rezar por ellos, a llevar como propio todo lo que les afecta.

Hacer nueva nuestra entrega

La fe de san José es una fe que se traduce en fidelidad. El Evangelio de hoy lo resume así: «José hizo lo que el ángel del Señor le había mandado» (*Mt 1,24*). Una fe que se convierte en obediencia, en docilidad, en una fidelidad perseverante. Y eso es lo que queremos renovar hoy, Señor: nuestra entrega. Que esta renovación no sea solo un recuerdo, sino un acto real. Que nuestra entrega sea hoy verdaderamente nueva. Que te la ofrezcamos con amor renovado,

con el deseo sincero de serte fiel, como san José: siempre, en todo, con alegría.

¿Y cómo podemos hacer nueva nuestra entrega? En primer lugar, convencidos de que sí es posible hacerla nueva. Que es posible no vivir por inercia, sino con un *nunc coepi*, un «ahora comienzo». Hacer nueva la entrega es hacer nuevo el amor, es renovar la lucha, y con ello también la fe y la esperanza. Porque podemos renovar el convencimiento de que el Señor quiere que hagamos la Obra, y nos da los medios para ello. Nos da la gracia para ser santos, para ser muy eficaces en la vida ordinaria, en las cosas pequeñas, que se hacen grandes cuando se viven por amor. La fidelidad se renueva, y esa renovación es fidelidad a la vocación; por tanto, es fidelidad a Jesucristo, porque en eso consiste todo.

No luchamos solo por ser fieles a una idea —aunque también lo sea—, sino sobre todo por ser fieles a una persona, a Jesucristo. Queremos serte fieles, Señor. Y hoy deseamos renovar especialmente esa fidelidad a ti. Esto implica ser fieles al camino, a la vocación recibida. Pero esa fidelidad no se dirige a conceptos abstractos, sino al Señor. Por eso queremos hacer muy nuestras aquellas palabras de san Pablo a los romanos: «Ya sea que vivamos o que muramos, somos del Señor» (*Rm* 14,8-9). Queremos que todo lo nuestro sea de Dios: nuestro trabajo, nuestro descanso, nuestras diversiones, nuestras ilusiones, nuestras penas y sufrimientos..., todo. Porque todo puede ser del Señor. Y porque el Señor quiere que todo sea suyo, ya que somos suyos, y queremos ser *ipse Christus*, el mismo Cristo.

Y lo somos, y lo seremos cada vez más, si renovamos nuestra entrega con la gracia de Dios, que no nos falta ni nos faltará nunca. Toda la fuerza para cumplir este deseo sincero de fidelidad renovada está, lógicamente, donde tiene que estar: en el mismo Señor. Por eso, en la Eucaristía, en ese momento central de cada día, donde vivimos una unión íntima y real con Cristo —una identificación física con el

Señor—, es ahí donde encontramos toda nuestra fuerza. Y ahí vivimos también ese *Ite ad Ioseph*, «Id a José».

Hoy podemos pedir a san José que nos ayude a ser almas de Eucaristía, que nos enseñe a estar muy metidos en el sagrario, para encontrar allí la fuerza para ser fieles. La fuerza diaria para renovar nuestra fidelidad, día a día. Para que nuestra renovación sea, de verdad, hacer nueva la fidelidad.

Y lógicamente, para nosotros, ser fieles al Señor es ser fieles a lo que él quiere de nosotros: ser fieles al espíritu de la Obra, y por tanto, también fieles a nuestro Padre. Hoy, naturalmente, es un día para tenerle también muy presente. Quizá nos viene a la memoria aquel consejo que Pablo VI dio a don Álvaro, cuando comenzó su misión como Padre: «Siempre que deba resolver un asunto, póngase en presencia de Dios, y pregúntese: en esta situación, ¿qué haría mi fundador?» (*Crónica* 1976, p. 282). Don Álvaro comentó con sencillez que eso era justamente lo que había tenido claro desde el principio: hacer las cosas como las haría nuestro Padre.

Hoy, fiesta de san José, podemos recordar también aquellas palabras de san Josemaría, que nos decía en una de sus homilías: «El nombre de José significa, en hebreo, Dios añadirá. Dios añade, a la vida santa de los que cumplen su voluntad, dimensiones insospechadas: lo importante, lo que da su valor a todo, lo divino» (*Es Cristo que pasa*, n. 40). En las cosas más pequeñas —de nuestro trabajo, de nuestra oración— tocamos el mundo entero, alcanzamos horizontes inmensos. La grandeza de nuestras obras la da el Señor. Él pone esa grandeza. Y cuando colocamos en tus manos, Señor, hasta lo más pequeño, eso llega hasta el fin del mundo, a todas las regiones, a todas las tareas. Incluso en los trabajos que nos parecen —y humanamente quizá lo son— pequeños, limitados en el tiempo, tú, Señor, puedes hacerlos llegar hasta los confines más remotos, hasta las almas más cercanas y más lejanas. Fieles..., vale la pena. Hoy también es un día para cantar por dentro ese «Fieles, vale la pena».

Al renovar nuestra fidelidad, nos damos cuenta de que vale la pena. Vale la pena incluso cuando esa pena es el cansancio del trabajo, el encargo que cuesta, el aspecto que no entendemos. Vale la pena, sí, vale la pena. Y como nuestro Padre, al escuchar aquella canción, repetía por lo bajo ese «vale la pena», como expresión de una experiencia viva: había valido la pena tanto esfuerzo, tanto trabajo, tanto sacrificio, para sacar la Obra adelante. Te pedimos, Señor, por intercesión de san José, que nos grabes más a fondo esta idea tan sencilla y tan verdadera: que vale la pena. Todo lo que tengamos que hacer, trabajar, incluso sufrir, para llevar adelante la Obra, vale la pena. Ya tenemos experiencia de que es así, y deseamos que esa experiencia se haga más constante, más profunda, y por tanto también más alegre.

San José, padre y señor nuestro, patrono de la Iglesia universal... Hoy es también una ocasión para rezar por el Papa, recordando a san José como patrono de toda la Iglesia. Y terminamos, lógicamente, uniendo nuestra oración a Jesús, María y José. Nuestro Padre contaba que, al despertarse por la mañana, lo primero que veía era un cuadro de esa trinidad de la tierra: la Virgen santísima con el Niño y san José. También nosotros queremos que ese despertar diario —no solo físico, sino también el despertar de nuestra conciencia ante el trabajo, ante las circunstancias— sea, de algún modo, una mirada a esa trinidad de la tierra, que nos conduce directamente a la Trinidad del cielo.

[Volver al contenido](#)

HOMILÍAS

En la fiesta del beato Álvaro (11-V-2024)

Basílica de san Eugenio, Roma

Este es el administrador fiel y prudente que el Señor ha puesto al frente de su servidumbre (cfr. *Lc* 12,42). Podemos aplicar estas palabras de la antífona de entrada al beato Álvaro, que gastó su vida para ser apoyo firme, primero, y después sucesor de san Josemaría al frente del Opus Dei. Fue un hijo leal de la Iglesia. Como escribió el papa Francisco con ocasión de su beatificación, «especialmente destacado era su amor a la Iglesia, esposa de Cristo, a la que sirvió con un corazón despojado de interés mundano, lejos de la discordia, acogedor con todos y buscando siempre lo positivo en los demás, lo que une, lo que construye. Nunca una queja o crítica, ni siquiera en momentos especialmente difíciles, sino que, como había aprendido de san Josemaría, respondía siempre con la oración, el perdón, la comprensión, la caridad sincera» (Carta al prelado del Opus Dei con motivo de la beatificación de Álvaro del Portillo, 16-VI-2014). También nosotros podemos preguntarnos ahora: ¿Tengo habitualmente esa misma actitud en mi vida de todos los días, ante las dificultades y problemas?

Un hombre fiel y prudente: ¡eso fue el beato Álvaro! Recurramos a su intercesión para que el Señor nos haga fieles y prudentes. Le pedimos la prudencia para ser, en todo momento, fieles al Evangelio ante las cambiantes circunstancias de tiempo y de lugar, a menudo complicadas. Y la fidelidad, no para secundar una idea, sino para seguir a una Persona: a Jesucristo Nuestro Señor, que abre horizontes siempre nuevos en la vida de cada una y cada uno de nosotros.

La liturgia de la Palabra de la celebración de hoy nos presenta la figura del Buen Pastor. En el Evangelio de san Juan, la figura del pastor es algo muy concreto: «Yo soy el Buen Pastor [...], y doy mi vida por las ovejas» (*Jn* 10,11.15). Y en efecto él, Jesús, da verdaderamente la vida por sus ovejas, va en busca de la que se ha descarriado y la conduce a aguas tranquilas, como repite el salmo responsorial (cfr. *Sal* 22). Amar a las personas que le han sido confiadas, del mismo modo que las ama Cristo, es una de las características fundamentales de un buen pastor. Y así ha vivido a lo largo de su existencia el beato Álvaro: con su actitud acogedora, comprensiva y llena de paz; de una paz y una alegría que no perdía ni siquiera ante las dificultades y los problemas.

Como decía san Josemaría, la alegría cristiana tiene «sus raíces en forma de cruz» (*Es Cristo que pasa*, n. 43); es alegría «en el Señor» (cfr. *Flp* 4,4): la alegría que Jesús nos ha obtenido en la Cruz, capaz no solo de mantenerse, sino incluso de crecer ante las dificultades y sufrimientos con la fuerza de la fe, de la esperanza y del amor. En la primera lectura hemos escuchado estas palabras de san Pablo: «Me alegro de los sufrimientos por vosotros: así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su Cuerpo que es la Iglesia» (*Col* 1,24). Lo hemos constatado en la vida de don Álvaro, buen pastor de sus hijas y de sus hijos, que ha sabido transmitir su alegría a los demás. También nosotros, con la gracia de Dios, podemos unir con alegría a la Cruz de Cristo todo aquello que en estos momentos puede hacernos sufrir más.

Sí, esta alegría en el Señor no solo permanece, sino que crece con las dificultades y sufrimientos, si obra en el alma la fuerza de la fe, de la esperanza y del amor. La vida de don Álvaro no estuvo exenta de contrariedades. «Nos equivocáramos —hacía notar recientemente el papa Francisco— si pensáramos que los santos son excepciones de la humanidad: una suerte de estrecho círculo de campeones que viven más allá de los límites de nuestra especie» (*Audiencia*, 13-III-2024).

Don Álvaro supo apoyarse en primer lugar en la gracia de Dios, de modo que Dios era el centro de su vida. Su ejemplo, como el de todos los santos, nos enseña que quien es fiel a la vocación que el Señor le ha dado se realiza plenamente y experimenta así, ya en esta tierra, una felicidad que es la antesala de la felicidad del cielo.

En este mes de mayo, recurramos especialmente a Nuestra Madre Santa María, para que nos ayude a crecer en la prudente fidelidad de saber y querer dar la vida por los demás, día a día, con tantísima alegría.

Así sea.

[Volver al contenido](#)

En la fiesta de san Josemaría (26-VI-2024)

Basílica de san Eugenio, Roma

En la fiesta de hoy, y a la luz de las lecturas de la Misa, podemos considerar dos aspectos de la vida de san Josemaría que nos muestran cómo era su relación con Dios: la filiación divina y la santificación del trabajo.

Filiación divina

«No recibisteis un espíritu de esclavitud para estar de nuevo bajo el temor —señala san Pablo en una de las lecturas que acabamos de leer—, sino que recibisteis un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: “¡Abbá, Padre!”» (*Rm* 8,15). Por el Bautismo somos hijos de Dios en Cristo, y esto supone una nueva manera de ver a Dios, marcada por el amor, la confianza y la sencillez, que son las actitudes propias de un hijo con su padre.

Saber que tenemos un Padre que nos ama infinitamente nos permite llevar una vida alegre y plena, y nos lleva también a iluminar todos los ámbitos de nuestra existencia desde ese amor, confianza y sencillez, incluso en medio de las dificultades o cuando experimentamos con más fuerza nuestros defectos. Dios nos ama por lo que somos —sus hijos—, y no por lo que hacemos, por nuestros logros. Y al mismo tiempo, no deja de amarnos cuando nos equivocamos. Como recuerda el papa Francisco: Dios nos abraza «siempre después de nuestras caídas ayudándonos a levantarnos y ponernos de pie» (*Discurso*, 26-I-2019). Nuestra vida es un continuo volver a la casa del Padre, como el hijo pródigo, sabiendo que Él nos espera con los brazos abiertos.

Por eso, no hay nada más opuesto a nuestra condición de hijos de Dios que el miedo. «Un hijo de Dios —decía san Josemaría— no tiene ni miedo a la vida, ni miedo a la muerte, porque el fundamento de su vida espiritual es el sentido de la filiación divina: Dios es mi Padre, piensa, y es el Autor de todo bien, es toda la Bondad» (*Forja*, n. 987).

Esto no significa que no nos afecten los golpes que recibimos o los baches que encontramos en la vida. Cuando surge un problema familiar, una enfermedad o un contratiempo económico es normal que, sobre todo en un primer momento, se sienta cierto vértigo. Algo parecido nos puede suceder al contemplar la situación del mundo. ¿Cómo no recordar en nuestra oración, entre tantas necesidades, la guerra entre Ucrania y Rusia o la tremenda situación en Tierra Santa?

La fragilidad que sentimos en nuestra vida y la inestabilidad de la paz en el mundo pueden ser, al mismo tiempo, una ayuda a nuestra fortaleza, si nos mueven a acogernos en el amor que nunca falla, en esa roca que es mucho más sólida que la que pueden ofrecernos las realidades terrenas. «Refúgiate en la filiación divina —recomendaba el fundador del Opus Dei—: Dios es tu Padre amantísimo. Esta es tu seguridad, el fondeadero donde echar el ancla, pase lo que pase en la superficie de este mar de la vida. Y encontrarás alegría, reciedumbre, optimismo, ¡victoria!» (*Via Crucis*, VII estación, n. 2).

Santificación del trabajo

En la primera lectura hemos recordado otro pasaje que nos habla del designio de Dios sobre el mundo. Se trata del pasaje que relata cómo Dios creó al hombre «y lo colocó en el jardín de Edén, para que lo guardara y cultivara» (*Gn* 2,15). Es bonito poder considerar otra vez que el trabajo —aquello que ocupa una buena parte de nuestro tiempo— es algo maravilloso. A veces parece que nos arrastra —porque no nos gusta una tarea, o se complica, o porque

simplemente estamos cansados—; sin embargo, el texto del Génesis nos recuerda que el trabajo no es una consecuencia del pecado original: desde su origen el hombre tiene el honor de participar en la construcción de un mundo mejor a través de su trabajo. El mismo Cristo pasó la mayor parte de su vida desempeñando un oficio. Esos años de trabajo contribuyeron también a nuestra redención. Jesús nos muestra así que cualquier tarea puede contener un valor más profundo de lo que se puede apreciar humanamente.

San Josemaría solía repetir que la grandeza del trabajo depende del amor con que se realiza. Un amor que se manifiesta en la atención a los detalles, en el afán de servir a los demás, en la sonrisa ante todas las personas, en la profesionalidad con que desempeñamos nuestras tareas... Y todo eso con el deseo principal de dar gloria a Dios y de servir a los demás, que son también hijos del mismo Dios. «Por eso el hombre no debe limitarse a hacer cosas, a construir objetos —comentaba san Josemaría—. El trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor. Reconocemos a Dios no solo en el espectáculo de la naturaleza, sino también en la experiencia de nuestra propia labor, de nuestro esfuerzo. El trabajo es así oración, acción de gracias, porque nos sabemos colocados por Dios en la tierra, amados por él, herederos de sus promesas» (*Es Cristo que pasa*, n. 48).

Acudamos a la intercesión materna de Santa María, pidiéndole que nos ayude a sabernos y sentirnos siempre hijos predilectos de Dios y a encontrar a su Hijo en nuestro trabajo hecho por amor.

Así sea

[Volver al contenido](#)

En la fiesta del beato Álvaro (11-V-2025)

Basílica de San Eugenio, Roma

«Yo mismo buscaré mi rebaño y lo cuidaré. Como cuida un pastor de su grey dispersa, así cuidaré yo de mi rebaño» (Ez 34,11). Hemos leído en la primera lectura estas palabras del profeta Ezequiel, que bien se podrían aplicar al beato Álvaro del Portillo, cuya fiesta celebramos hoy, aniversario de su primera Comunión. Él fue un pastor que, en palabras de san Juan Pablo II, destacó por su fidelidad a la sede de Pedro.

En la oración colecta hemos pedido al Señor que nos ayude a gastarnos «humildemente en la misión salvífica de la Iglesia», del mismo modo en que hizo el beato Álvaro. Hoy, cuando la Iglesia acaba de acoger a un nuevo sucesor de Pedro, el papa León XIV, renovamos también nuestra adhesión filial —efectiva y afectiva, como siempre hemos procurado hacer— al Santo Padre, rezando por él y por sus intenciones.

«El amor al Romano Pontífice —recordaba san Josemaría— ha de ser en nosotros una hermosa pasión, porque en él vemos a Cristo» (San Josemaría, *Amar a la Iglesia*, n. 30). El fundador del Opus Dei transmitió esta *hermosa pasión* al beato Álvaro y a sus hijos, quienes todos los días rezan por el Papa, pidiendo a Dios que lo cuide, lo anime, lo haga feliz y que le dé seguridad y fortaleza en las tempestades que, a veces, tiene que afrontar la barca de Pedro.

Jesús, en el Evangelio, menciona una cualidad propia del buen pastor: es alguien que «da su vida por las ovejas» (Jn 10,11). Don Álvaro dio su vida por la Obra, sabiendo que así servía a la Iglesia,

pues la única razón de ser del Opus Dei ha sido y será «servir a la Iglesia, como ella quiere ser servida» (San Josemaría, *Carta* 8, n. 1).

Como explicó el papa Francisco, don Álvaro llevó a cabo ese servicio, «con un corazón despojado de interés mundano, lejos de la discordia, acogedor con todos y buscando siempre lo positivo en los demás, lo que une, lo que construye. Nunca una queja o crítica, ni siquiera en momentos especialmente difíciles» (Francisco, *Carta con motivo de la beatificación de don Álvaro*). También nosotros estamos llamados a vivir así. Cada uno desde su lugar: en casa, en el trabajo, entre los amigos... Todos esos ámbitos están unidos por el deseo de servir al Señor y a las personas que están a nuestro alrededor. Como recordaba el propio don Álvaro, «el mejor servicio» que podemos prestar a la Iglesia es «el esfuerzo por ser santos» (Beato Álvaro, *Carta*, 30-IX-1975, n. 62). Cuando buscamos santificar el trabajo bien hecho, con el deseo de dar gloria a Dios y acercar las almas a Cristo, estamos sirviendo a la Iglesia como ella quiere ser servida.

Los santos han experimentado de primera mano la frase que hemos repetido en el Salmo responsorial: quien tiene a Dios como pastor, no le falta nada (cfr. *Sal* 22,1). Quien se decide a seguir al Señor sabe que él lo guiará en todo momento. En este sentido, la fidelidad de don Álvaro no fue fruto de la inercia, sino del deseo de decir sí a Dios en cada circunstancia, pues experimentaba que no había mayor alegría que la de vivir solo para el Señor y, con Él, servir a los demás. Entendía la fidelidad como un compromiso de amor, y el amor a Dios era el sentido último de su libertad. Podemos preguntarnos si lo que inspira cada una de nuestras acciones es también el amor al Señor.

Tener a Dios como pastor no significa que nos ahorre las dificultades de la vida. Pero, como dice también el salmista: «Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan» (*Sal* 22,4). En esas circunstancias, Dios no deja de estar nunca a nuestro lado. «Si contásemos solo con nuestras

pobres fuerzas —decía don Álvaro—, motivo tendríamos para pensar en este ideal como una utopía irrealizable: no somos superhombres, ni estamos por encima de las limitaciones humanas. Pero —si queremos—, la fortaleza de Dios actúa a través de nuestra debilidad» (Beato Álvaro, *Homilía*, 7-IX-1991).

Modelo de fidelidad a Dios es nuestra Madre María. A ella le pedimos que sepamos seguir el ejemplo de vida del beato Álvaro, y ponemos en sus manos nuestra filial oración por el papa León XIV.

[Volver al contenido](#)

En la fiesta de san Josemaría (26-VI-2025)

Basílica de san Eugenio, Roma

Acabamos de escuchar en el Evangelio que «la multitud se agolpaba alrededor de Jesús para oír la palabra de Dios» (Lc 5,1). Estaban a la orilla del lago, y Cristo decidió subir a una barca y alejarse un poco de la tierra firme. El Señor conocía perfectamente el corazón de aquellas gentes; sabía que todos, de un modo u otro, necesitaban su enseñanza para iluminar sus vidas.

Saciedad del corazón

San Josemaría, al meditar este pasaje, comentaba que lo que sucedió hace dos mil años sigue ocurriendo siempre: todos «están deseando oír el mensaje de Dios, aunque externamente lo disimulen»; todos, aunque muchas veces no tengan las palabras ni las fuerzas para expresar ese deseo, «sienten hambre de saciar su inquietud con la enseñanza del Señor» (*Amigos de Dios*, n. 260 y ss.). Esta sed de infinito se manifiesta de muchos modos, aunque no todas las maneras de saciarla dejan el corazón satisfecho. Quizá tenemos experiencia de haber perdido el tiempo aspirando a una felicidad construida solamente sobre los bienes materiales, el éxito o la comodidad. Sabemos, en cambio, que solo Dios da sentido a todas las realidades y colma los deseos de nuestro corazón.

Innumerables personas, al descubrir la vida cristiana, han encontrado la alegría más profunda. También por eso, la escena que nos narra el Evangelio no pertenece solo al pasado. Todos llevamos en el alma deseos profundos que solo el Señor puede saciar. Podemos pedir a Dios que nos haga capaces de reconocer esa

nostalgia de su rostro, esos signos de la sed de Cristo también en los demás. Y que sepamos transmitir su verdadera imagen a quienes nos rodean: la imagen de ese Cristo que se aleja un poco de la orilla para que todos, incluso los más alejados, puedan verle y escucharle.

Afán apostólico y filiación divina

Al final de este pasaje del Evangelio, Jesús invita a Pedro, a Santiago y a Juan a seguirle. Es impresionante pensar que, tan solo unos pocos años después, su afán apostólico haya llevado la Buena Nueva a muchos lugares importantes de la época, incluida la misma Roma. Los primeros cristianos, a pesar de sufrir persecuciones e incomprendimientos, sabían que el mundo les pertenecía. «Este es el espíritu misionero que debe animarnos —comenta el papa León XIV—, sin encerrarnos en nuestro pequeño grupo ni sentirnos superiores al mundo; estamos llamados a ofrecer el amor de Dios a todos, para que se realice esa unidad que no anula las diferencias, sino que valora la historia personal de cada uno y la cultura social y religiosa de cada pueblo» (León XIV, *Homilía*, 18-V-2025).

San Pablo, en la segunda lectura, expresa con claridad la convicción que llenaba de confianza a los primeros cristianos: «Si somos hijos, también herederos» (*Rm* 8,17). En efecto, este mundo es parte de nuestra herencia. En la primera lectura, se dice que Dios colocó al hombre en el mundo «para que lo trabajara y lo custodiara» (*Gn* 2,15). Este mundo es nuestro: es nuestro hogar y nuestra tarea.

Por eso, al sabernos hijos de Dios, no podemos caminar por esta vida como forasteros en tierra ajena, ni recorrer nuestras calles con la actitud de quien pisa territorio desconocido. El mundo es nuestro, porque es de nuestro Padre Dios. Estamos llamados a amar este mundo, no otro hipotético en el que quizá pensamos que estaríamos más a gusto. A nuestro lado tal vez tenemos personas que pueden resultarnos en cierto modo desconocidas, porque no logramos darles

la atención que se merecen. Ese puede ser el primer ámbito en el que podemos volver a dirigirnos a esas personas como haría Jesús.

Herencia de san Josemaría

Cuando san Josemaría invitaba a amar el mundo apasionadamente, solía advertir contra esa «mística ojalatera» que pone condiciones al terreno que quiere evangelizar, pensando: «Ojalá las cosas fueran distintas». Podemos pedir al Señor que nos dé la capacidad de ilusionarnos con la misión que nos ha confiado, con el interés de un hijo que trabaja en las tareas de su propia casa junto a sus hermanos.

Hoy, dirigiendo nuestra mirada especialmente hacia san Josemaría, podemos tomar ejemplo de su fe y su audacia para lanzarse a empresas que parecían imposibles, en un tiempo que, en no pocos aspectos, era mucho más complicado y difícil que el nuestro. Dejémonos contagiar por esa confianza, que nos lleva a amar este mundo que hemos recibido en herencia, y a procurar colmar la nostalgia de Cristo en tantas personas con las que nos encontramos.

Para ello, como para todo, nos apoyamos muy especialmente en la mediación de nuestra Madre Santa María, que vela con amor y paciencia materna por la felicidad de todos sus hijos.

Así sea.

[Volver al contenido](#)

CARTAS Y MENSAJES

Carta sobre la obediencia (10-II-2024)

Queridísimos: ¡que Jesús me guarde a mis hijas y a mis hijos!

1. Hace unos años, os escribí una carta dedicada a la libertad. Cada una y cada uno habremos procurado meditarla y llevarla a nuestra vida diaria. Os recordaba entonces que estamos llamados a hacer las cosas por amor, no simplemente por obligación. Queremos seguir al Señor muy de cerca, cumpliendo su voluntad, movidos por el deseo de corresponder a su amor. Ahora os escribo sobre la obediencia, que a primera vista puede parecer una virtud opuesta a la libertad. Sin embargo, sabemos muy bien que, en realidad, la verdadera obediencia es una consecuencia de la libertad; y que, además, frente a lo que cabría esperar con una mirada simplemente humana, la obediencia cristiana revierte en una libertad cada vez mayor.

Unas décadas atrás, un gran intelectual que estudió a fondo las obras de san Josemaría señalaba una importante aportación de nuestro fundador: el hecho de haber subrayado cómo, en la vida cristiana, existe una cierta prioridad de la libertad sobre la obediencia^[1]. Obedecemos porque *nos da la gana* cumplir la voluntad de Dios, porque ese es el deseo más profundo de nuestra alma. De hecho, una obediencia sin libertad no es digna de la persona humana ni, por tanto, de un hijo o hija de Dios.

El amor, lo sabemos bien, es mucho más que una inclinación más o menos pasajera de la sensibilidad; el amor supone la disposición a dar la vida por alguien (cfr. *Jn* 15,13). Por eso, una de sus manifestaciones más profundas es identificar nuestra voluntad con la de la persona amada: «Quiero lo que quieras, quiero porque quieres, quiero como quieras, quiero cuando quieras...»^[2].

2. Muchas veces habremos considerado, con mayor o menor detenimiento, el plan amoroso de Dios sobre el mundo: la creación y la elevación sobrenatural, por puro amor, para compartir la felicidad de la Trinidad con cada hombre y cada mujer, y para darles una existencia plena, que cumpliría todas las ansias de sus corazones. Pero, desde el principio, el pecado también hizo presencia en el mundo: el pecado de nuestros primeros padres, que fue fundamentalmente una desobediencia.

Sin embargo —no nos cansemos de contemplarlo también, con agradecimiento—, Dios no quiso abandonarnos a nuestra suerte. En una decisión de amor libérrimo, que no podemos entender porque desborda nuestras pobres luces, envió a su Hijo Unigénito para devolvernos la amistad con Él. Cuando Jesús muere en la Cruz por toda la humanidad —por ti y por mí—, entrega su vida en un acto de plena obediencia a la voluntad de su Padre. Libertad y obediencia están intrincadas en la historia de la Salvación. Las lamentables consecuencias de la desobediencia humana son redimidas por la obediencia de Cristo. Su gracia nos da la posibilidad de vivir con la libertad de los hijos de Dios.

3. En estas páginas deseo invitaros a que meditemos juntos en algunos aspectos de la virtud de la obediencia, tan central en los misterios de nuestra fe y, al mismo tiempo, tan presente en la vida de cualquier persona. La necesidad de obedecer es una realidad humana, a muchos niveles, pues existen leyes y normas obligatorias: desde el contenido de la ley natural hasta las leyes de convivencia civil; desde la obediencia de los menores de edad a sus padres hasta la obediencia de quienes voluntariamente se han comprometido seriamente a algo ante otras personas o instituciones. En sentido análogo, también se considera obediencia el que una persona siga su propia conciencia. Y, en un sentido aún más amplio, cabe llamar obediencia al hecho de seguir determinados consejos espirituales.

Como es fácil comprobar, pues estamos metidos de lleno en ella, la cultura actual raramente considera la obediencia como algo positivo: se la ve más bien como una necesidad a veces ineludible, que se procura evitar lo más posible, porque parece contraria al gran valor de la libertad. A esto se suma el hecho de que, en no pocos ambientes, hay una cierta crisis de las figuras de autoridad y una concepción de la dependencia como algo negativo: como una excepción inevitable a la capacidad de juzgar y decidir algo por uno mismo. Así, por ejemplo, la mayor sensibilidad actual ante cualquier tipo de abuso de poder, siendo en sí misma muy positiva y necesaria, puede poner a veces en tela de juicio, injustamente, toda forma de autoridad. En realidad, sucede que existe una especie de tendencia innata a la desobediencia, herencia del pecado original, aquel momento en que «el hombre, tentado por el diablo, dejó morir en su corazón la confianza hacia su creador (cfr. *Gn* 3,1-11) y, abusando de su libertad, *desobedeció* al mandamiento de Dios»^[3].

Para comprender el valor más alto de la obediencia y su conexión existencial con la libertad, necesitamos situarnos por encima de esos niveles necesarios de obediencia en la sociedad humana, y contemplar a Jesucristo. Es este otro aspecto de su centralidad, que ha de ser el objetivo de nuestra vida: que Cristo reine en nuestros corazones y dirija nuestra entera existencia.

«Aprendamos de Jesús a vivir la obediencia. Él ha querido poner en la pluma del Evangelista esa maravillosa biografía que, en latín, tiene solo tres palabras: *erat subditus illis* (Lc 2,51). Fijaos si es necesaria la obediencia para un hijo de Dios, ¡si Dios mismo ha venido para obedecer a dos criaturas, perfectísimas, pero criaturas: Santa María —más que Ella solo Dios— y San José! Y Jesús les obedeció»^[4]. El Hijo de Dios quiso ser plenamente hombre y, como todo buen hijo, obedecer a María y a José, sabiendo que así obedecía a Dios Padre. Y esta obediencia marcó toda su vida en la tierra, hasta la obediencia de la Cruz (cfr. *Flp* 2,8).

Obedecer a Dios

4. En sentido absoluto, solo Dios es digno de obediencia, siempre y en todo momento, porque solo Él conoce plenamente el camino que a cada uno de nosotros nos lleva a la felicidad. «Si escuchas la voz del Señor, tu Dios, esmerándote en poner por obra todos sus mandamientos que te prescribo hoy, el Señor, tu Dios, te hará el más excelso de todos los pueblos de la tierra» (*Dt 28,1*), señala Moisés antes de describir todas las bendiciones que esa obediencia supondría para el pueblo.

De alguna manera, toda la revelación bíblica es una pedagogía hacia la obediencia más inteligente y más libre: la que nos lleva a la plena realización de quienes somos, al identificarse nuestra voluntad con la de Dios, en un sí sin condiciones. Por eso, a través de los profetas, y a pesar de las múltiples traiciones de los suyos, el Señor sigue recordando a su pueblo: «Escuchad mi voz y Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo y andaréis por todo camino por donde os mande, para que os vaya bien» (*Jr 7,23*). Nuestros pequeños planes se engrandecen cuando se integran en los suyos; nunca nos va tan bien como cuando andamos por los caminos de Dios.

Cristo mismo se nos muestra como el hijo obediente. En primer lugar, obediente a María y a José, a parientes y autoridades. Pero, sobre todo, obediente a Dios Padre. Jesús se nutre de hacer la voluntad del Padre: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra» (*Jn 4,34*). Incluso en los momentos más difíciles, el Hijo hace suya la voluntad del Padre, a pesar de la profunda conciencia del dolor que eso le va a suponer: «Padre, si quieres aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya» (*Lc 22,42*). San Pablo escribe que Jesús, «mostrándose igual a los demás hombres, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (*Flp 2,6-8*).

Pero no es solo la muerte de Cristo en sí misma la que nos ha alcanzado la salvación, sino su obediencia libre y amorosa al Padre para hacerse uno de nosotros y dar la vida por cada uno: «Por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos» (*Rm* 5,19). Una obediencia que no se restringe a unos momentos o instancias concretas, sino que es una manera de obrar en todo momento, en una docilidad «hasta el fin» (*Jn* 13,1).

5. A la autoridad nacional y religiosa, que le prohíbe predicar a Jesús, responde san Pedro: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres» (*Hch* 5,29). Pero, comenta Benedicto XVI, «esto supone que conozcamos realmente a Dios y que queramos obedecerle de verdad. Dios no es un pretexto para la propia voluntad, sino que realmente Él es quien nos llama y nos invita, si fuera necesario, incluso al martirio. Por eso, ante esta palabra que inicia una nueva historia de libertad en el mundo, pidamos sobre todo conocer a Dios, conocer humilde y verdaderamente a Dios y, conociendo a Dios, aprender la verdadera obediencia que es el fundamento de la libertad humana»^[5].

Quien *conoce* a Dios se situará en esa continua búsqueda con gran esperanza y confianza: de Él no cabe esperar más que bendiciones, aunque a veces resulten oscuras o incomprensibles, o nos hagan sufrir. En este sentido, también la oración personal se expresa en actitud de obediencia: «Señor nuestro —rezaba san Josemaría—, aquí nos tienes dispuestos a escuchar cuanto quieras decirnos. Háblanos; estamos atentos a tu voz. Que tu conversación, cayendo en nuestra alma, inflame nuestra voluntad para que se lance fervorosamente a obedecerte»^[6].

Voluntad divina y mediación humana

6. Lo que Dios quiere para nosotros se nos presenta con frecuencia de manera mediada. En primer lugar, a través de la Iglesia, cuerpo

místico de Cristo: «La obediencia es la opción fundamental por acoger a quien ha sido puesto ante nosotros como signo concreto de ese sacramento universal de salvación que es la Iglesia»^[7]. Dios también puede hacernos ver su voluntad a través de las personas que nos rodean, revestidas de mayor o menor autoridad, dependiendo de la instancia y del contexto. Saber que Dios nos puede hablar a través de otras personas o de sucesos más o menos corrientes, la convicción de que ahí podemos escucharle, genera en nosotros una actitud dócil frente a sus designios, escondidos también en las palabras de quienes nos acompañan en el camino.

San Josemaría, consciente de lo delicado de esta mediación—escuchar a Dios, pero a través de hombres y mujeres normales—, aconsejaba una actitud de humildad, sinceridad y silencio interior: «A veces el Señor sugiere su querer como en voz baja, allá en el fondo de la conciencia: y es necesario escuchar atentos, para distinguir esa voz y serle fieles. En muchas ocasiones, nos habla a través de otros hombres, y puede ocurrir que la vista de los defectos de esas personas, o el pensamiento de si están bien informados, de si han entendido todos los datos del problema, se nos presente como una invitación a no obedecer. Todo esto puede tener una significación divina, porque Dios no nos impone una obediencia ciega, sino una obediencia inteligente, y hemos de sentir la responsabilidad de ayudar a los demás con las luces de nuestro entendimiento. Pero seamos sinceros con nosotros mismos: examinemos, en cada caso, si es el amor a la verdad lo que nos mueve, o el egoísmo y el apego al propio juicio»^[8].

7. Por otra parte, hay que tener en cuenta que quienes ocupan posiciones de autoridad a diversos niveles no han sido llamados a hacerlo porque sean perfectos. No acudimos a la autoridad por sus cualidades: «¡Qué lástima que quien hace cabeza no te dé ejemplo!... —Pero ¿acaso le obedeces por sus condiciones personales?... ¿O el “*obedite praepositis vestris* —obedeced a vuestros superiores”, de

san Pablo, lo traduces, para tu comodidad, con una interpolación tuya que venga a decir... siempre que el superior tenga virtudes a mi gusto?»^[9].

Esto tampoco quiere decir que no puedan equivocarse quienes dan indicaciones o consejos; ellos son muy conscientes de esto y, en su caso, pedirán perdón. La posibilidad del error, de un modo u otro, según la entidad del asunto y del ámbito del que se trate, siempre podemos vivirla con inteligencia y sinceridad, en un contexto de fe y de confianza sobrenaturales. También con humildad, porque es razonable dudar, al menos un poco, de nuestro propio juicio y dialogar confiadamente con la autoridad cuando nos parece que se ha tratado de una equivocación.

Santo Tomás, por su parte, explica que la obediencia es la virtud que inclina a cumplir el mandato legítimo del superior, en cuanto que esa obediencia manifiesta la voluntad de Dios^[10]. Naturalmente, no todo legítimo mandato es necesariamente el mejor posible; sin embargo, la obediencia será entonces camino de fecundidad, porque a veces el Señor da más valor sobrenatural a la humildad y a la unidad que al hecho de tener más o menos razón. De ahí la importancia de la visión sobrenatural; de no quedarse en una mera valoración humana de las indicaciones recibidas.

En todo caso, quienes tienen autoridad deben extremar la delicadeza para no imponer innecesariamente sus criterios, y para evitar que sus indicaciones o consejos puedan interpretarse en sí mismos como una expresión diáfana de la voluntad de Dios. Como os escribía en la carta del 9-I-2018, «mandar con respeto a las almas es, en primer lugar, respetar delicadamente la interioridad de las conciencias, sin confundir el gobierno y la dirección espiritual. En segundo lugar, ese respeto lleva a distinguir los mandatos de lo que son solo oportunas exhortaciones, consejos o sugerencias. Y, en tercer lugar —y no, por eso, menos importante—, es gobernar con tal confianza en los demás,

que se cuente siempre, en la medida de lo posible, con el parecer de las personas interesadas» (n. 13).

Contemplemos, sobre todo, el ejemplo de Cristo: «Jesús obedece, y obedece a José y a María. Dios ha venido a la tierra para obedecer, y para obedecer a las criaturas»^[11]. Es muy significativo que, tras la respuesta a sus padres en el templo —«es necesario que yo esté en las cosas de mi Padre»— san Lucas añade que Jesús «*erat subditus illis*, les estaba sujeto» (cfr. Lc 2,49-51). El seguimiento de la voluntad de Dios, que debemos buscar siempre y en todo, se encuentra a menudo *en* el seguimiento confiado de algunas personas.

Obediencia y libertad

8. No ha habido en la historia de la humanidad un acto tan profundamente libre como la entrega del Señor en la Cruz (cfr. *Jn* 10,17-18). «El Señor vivió el culmen de su libertad en la Cruz, como cumbre del amor. Cuando en el Calvario le gritaban: “Si eres Hijo de Dios, baja de la Cruz”, demostró su libertad de Hijo precisamente permaneciendo en aquel patíbulo para cumplir a fondo la voluntad misericordiosa del Padre»^[12].

La Cruz, escribía san Josemaría, «no es la pena, ni el disgusto, ni la amargura... Es el madero santo donde triunfa Jesucristo..., y donde triunfamos nosotros, cuando recibimos con alegría y generosamente lo que él nos envía»^[13]. La Cruz nos muestra de manera nítida lo que mencionaba al principio de esta carta: que libertad y obediencia no se oponen, porque de hecho se puede obedecer por amor, y solo se puede amar en libertad. Más concretamente, la obediencia cristiana no solo no es contraria a la libertad, sino que es ejercicio de libertad. «Soy muy amigo de la libertad y precisamente por eso quiero tanto esa virtud cristiana»^[14], escribía también nuestro Padre, refiriéndose a la obediencia.

Siempre es posible hacer lo que se debe hacer «porque me da la gana»: por amor. Y, cuando es por amor a Dios, ese «porque me da la gana» es «la razón más sobrenatural», como aseguraba también san Josemaría. De ahí que no haya «nada más falso que oponer la libertad a la entrega, porque la entrega viene como consecuencia de la libertad»^[15].

9. «Ama, y haz lo que quieras»^[16]: la célebre afirmación de san Agustín significa, como él mismo escribió, que quien obra el bien movido por la caridad no lo hace solamente por necesidad u obligación, pues «la libertad pertenece a la caridad» (*libertas est caritatis*)^[17]. Se entiende así que la ley de Cristo sea «ley perfecta de libertad» (*St* 1,25), pues se resume toda ella, se «recapitula», en el amor (cfr. *Rm* 13,8-9).

En todo podemos actuar libremente, como Cristo, haciendo nuestro lo que nos dicen, por amor. En este sentido, «al obedecer, hay que escuchar, porque no somos instrumentos inertes ni pasivos, sin responsabilidad ni pensamiento. Y luego, con originalidad, con iniciativa, con espontaneidad, poner todas las energías de la inteligencia y de la voluntad en lo que se manda, para ejecutar todo lo que se manda y solo lo que se manda. Otra cosa sería anárquica. La obediencia en la Obra favorece el desarrollo de todos vuestros valores individuales y hace que, sin perder vuestra personalidad, viváis, crezcáis y adquiráis una mayor madurez, siendo la misma persona a los dos años que a los ochenta y dos»^[18]. Esta iniciativa, lógicamente, no se limita a las ocasiones en las que es preciso obedecer, pues en todo momento podemos sugerir, proponer y aportar creatividad allí donde estamos, sin esperar a recibir indicaciones, y siempre en unión con quienes tengan autoridad.

San Basilio Magno explicaba que lo propio de los hijos es obedecer por amor: «O nos apartamos del mal por temor del castigo y estamos en la disposición del esclavo, o buscamos el incentivo de la recompensa y nos parecemos a mercenarios, o finalmente

obedecemos por el bien mismo del amor del que manda (...) y entonces estamos en la disposición de hijos»^[19]. Obedecer por amor no es una forma de voluntarismo que prescinda de la inteligencia; obedecer por amor quiere decir poner en juego todas las potencias del alma, desplegar lo mejor de la inteligencia que razonando busca el bien y de la voluntad que desea realizarlo.

De hecho, sin inteligencia y sin libertad —sobre todo sin libertad interior— no es posible una obediencia plenamente humana. Y, menos aún, una obediencia como la de Jesús. «No concibo —decía nuestro Padre— que pueda haber obediencia verdaderamente cristiana, si esa obediencia no es voluntaria y responsable. Los hijos de Dios no son piedras o cadáveres: son seres inteligentes y libres, y elevados todos al mismo orden sobrenatural»^[20].

10. Pero podemos preguntarnos: ¿es posible obedecer sin entender, o incluso teniendo una opinión distinta sobre un asunto? Es evidente que sí; y también entonces —quizá aún más— puede hacerse por amor y, por tanto, con libertad. Aquí, a menudo, junto con la caridad entrará en juego la fe: obedezco sin comprender o sin ver las cosas del mismo modo, cuando acepto que la indicación me viene de personas prudentes, que pueden juzgar mejor que yo mismo; o cuando acepto que, una vez ponderadas las cosas, es necesario tomar una decisión, y que corresponde a alguien hacerlo. Cuando vemos la gracia del Espíritu Santo en ese juicio y en nuestra disposición a aceptarlo, la obediencia se manifiesta como un acto de fe.

Como afirma santo Tomás, siguiendo en esto a Aristóteles, la voluntad es la facultad que propiamente dirige a la persona^[21], aunque necesita que el entendimiento le presente los objetos de elección. Del corazón viene todo lo bueno y todo lo malo (cfr. *Lc* 6,45): se puede decidir no querer entender, o no querer dialogar para comprender mejor una cuestión. La voluntad —como lo muestra la experiencia— puede dominar de tal modo a la inteligencia que incluso la puede forzar a negar algo objetivamente evidente. Pero la

libre voluntad puede lanzarla también a emprender caminos nuevos, sin haberlo comprendido todo en un determinado momento.

Si, ante las dificultades y sufrimientos, nos encontramos desconcertados, sin comprender, nos ayudará contemplar a Jesús que, en su naturaleza humana, ha querido padecer también ese sufrimiento: al rezar «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (*Mt* 27,46), realiza las palabras proféticas del salmo 22. Su respuesta, vibrante de libertad en medio del dolor, se nutre también de los salmos: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (*Lc* 23,46, cfr. *Sal* 31,6). La obediencia de Jesús repara la desobediencia de Adán (cfr. *Rm* 5,19); toda su vida y muerte es obediencia a Dios Padre y causa de nuestra salvación (cfr. *Flp* 2,6-11).

Obediencia y confianza

11. Obediencia y confianza también se reclaman mutuamente, hasta el punto de que, cuando son genuinas, se pasa de una a otra con naturalidad: allí donde hay confianza, consultar el juicio de otro y, si es el caso, hacerlo propio, suele ser una manifestación normal de que se quiere escoger lo mejor. Al contrario, cuando se debilita la confianza, la obediencia corre el riesgo de transformarse en algo puramente externo, formal y distante. Por eso, para facilitar una obediencia sana es imprescindible un clima de afecto y de benevolencia. Que las personas se sepan queridas y no controladas, que sean efectivamente escuchadas, que noten que se valoran sus opiniones: todas estas actitudes potencian la libertad y, al mismo tiempo, la obediencia.

San Josemaría señalaba que la confianza es la clave para construir una amistad entre padres e hijos: «Si no tienen libertad, si ven que no se confía en ellos, [los hijos] se sentirán movidos a engañar siempre»^[22]. Cuando no hay confianza, rápidamente se crean

distancias y se pierde fácilmente la transparencia, porque la intimidad es un ámbito delicado que necesita de un ambiente seguro para desplegarse. Tratar de asegurar una obediencia meramente externa, sin comunión de voluntades, es como construir una casa sobre arena (cfr. *Mt* 7,26).

En la misión de crear un clima de confianza, tienen mayor responsabilidad quienes ocupan una posición de autoridad en la familia o en un grupo. De hecho, su primer acto de servicio puede consistir en fomentar activamente ese espacio de confianza con todos, al tiempo que van por delante en la búsqueda de la voluntad de Dios para sí mismos y para su misión. Así, apoyándose unos en otros, la buscarán y encontrarán también los demás. Aun con la necesaria organización —la indispensable, porque la Obra es una «organización desorganizada»^[23]—, todos deben poder saberse y sentirse, también en expresión de nuestro Padre, «libres como pájaros»^[24].

Precisamente la necesidad de un contexto de confianza y de calor familiar es lo que llevaba a san Josemaría a señalar que, en la Obra, el mandato más fuerte es un «por favor». No se trataba de una simple cuestión terminológica, sino la indicación de la actitud natural en un ambiente familiar, entre personas adultas, inteligentes y libres. Además, el hecho de que la Obra sea una familia *sobrenatural* hace que la fe y la caridad se sitúen, junto con la confianza, como verdaderos fundamentos tanto del ejercicio de la autoridad como de la obediencia.

Obediencia y fecundidad apostólica

12. El Señor «aprendió por los padecimientos la obediencia. Y llegado a la perfección, se ha hecho causa de salvación eterna para todos los que le obedecen» (*Hb* 5,8-9). La salvación, como fruto de la obediencia de Cristo hasta la muerte de Cruz, ilumina también la

relación entre la obediencia y la fecundidad apostólica de nuestra vida.

Muchas veces habremos meditado aquella escena en que Pedro obedece al Señor, a pesar de que seguir su indicación era poco razonable desde el punto de vista humano: «Guía mar adentro y echad vuestras redes para la pesca» (Lc 5,4). Pensémoslo despacio: ¡cuántas cosas buenas se siguieron de la obediencia de Pedro ante ese *Duc in altum!* «¡Oh poder de la obediencia! —El lago de Genesaret negaba sus peces a las redes de Pedro. Toda una noche en vano. —Ahora, obediente, volvió la red al agua y pescaron *piscium multitudinem copiosam* —una gran cantidad de peces. —Créeme: el milagro se repite cada día»^[25].

13. En la misión apostólica, podemos y debemos tener una personal y amplia iniciativa, fruto del amor a Dios y a los demás y, a la vez, desarrollar, siguiendo a quien las dirige, tantas actividades organizadas en los centros de la Obra, desde la fidelidad a los medios que nos transmitió nuestro Padre. Todo esto, sin olvidar que el medio principal será siempre la oración: «La oración, esa es nuestra fuerza: no hemos tenido nunca otra arma»^[26].

En la dirección de la Obra y en la organización de sus apostolados, la manera de obedecer es la propia de una familia, de una comunión de personas. Pensar en comunión de personas es pensar en comunión de libertades, comunión de iniciativas personales que también son «hacer el Opus Dei», y comunión de generaciones. La convicción de que Dios actúa en el corazón de todos, y de que todos estamos a la escucha de la voluntad divina, hace que surja la obediencia propia de una familia, en la que cada miembro busca activamente colaborar en el proyecto común. Entendida y vivida así, la obediencia es expresión de unidad; de esa unidad que es precisamente condición de fecundidad apostólica: *ut omnes unum sint... ut mundus credat* (Jn 17,21).

Respetando estrictamente la separación entre la dirección espiritual y el gobierno de las personas, hemos de vivir y trabajar siempre llenos de agradecimiento por la vocación cristiana en la Obra, promoviendo las riquezas de cada uno y de cada una para trabajar todos en equipo y en familia.

Cultivar la auténtica virtud de la obediencia nos pone a salvo tanto de la incapacidad de escuchar como del servilismo que solamente ejecuta, sin la mediación de toda la riqueza interior que Dios ha dado a cada persona. Por eso, san Josemaría nos prevenía ante esas posibilidades. Consideraba, por un lado, que «la mayor parte de las desobediencias proviene de no saber “escuchar” el mandato, que en el fondo es falta de humildad o de interés en servir»^[27]. Por otro, precisamente como consecuencia del deseo de escuchar con actitud de servicio, señalaba que «en el Opus Dei obedecemos con la cabeza y la voluntad; no como cadáveres. Yo con cadáveres no voy a ninguna parte; los entierro piadosamente»^[28]. En este sentido, obedecer no es solo ejecutar la voluntad de otra persona, sino colaborar con ella en unión de voluntades y de cabeza, de pensamiento.

La obediencia inteligente de san José

14. En su carta sobre san José, el papa Francisco consideraba cómo «en cada circunstancia de su vida, José supo pronunciar su *fiat*, como María en la Anunciación y Jesús en Getsemaní»^[29]. Cuando san Josemaría tenía que hablar de la obediencia, se refería con frecuencia a san José, porque veía en el patriarca precisamente ese corazón que escucha: atento a Dios y también atento a las circunstancias, a las personas que lo rodeaban. Por ejemplo, en el episodio del regreso de Egipto, nos hace ver cómo «la fe de José no vacila, su obediencia es siempre estricta y rápida. Para comprender mejor esta lección que nos da aquí el Santo Patriarca, es bueno que consideremos que su fe es activa, y que su docilidad no presenta la

actitud de la obediencia de quien se deja arrastrar por los acontecimientos»^[30].

En esta línea, nuestro fundador valoraba precisamente el hecho de que san José, siendo como era un hombre de oración, aplicara su inteligencia a la realidad que tenía delante: «En las diversas circunstancias de su vida, el Patriarca no renuncia a pensar, ni hace dejación de su responsabilidad. Al contrario: coloca al servicio de la fe toda su experiencia humana. (...) Así fue la fe de san José: plena, confiada, íntegra, manifestada en una entrega eficaz a la voluntad de Dios, en una obediencia inteligente»^[31].

Es comprensible que, especialmente para quienes estamos llamados a ser santos metidos en las situaciones de este mundo, muy cambiantes y llenas de desafíos, san Josemaría nos insista en la necesidad de aprender una obediencia inteligente, integrada en nuestra libertad personal.

La obediencia de María

15. En estos últimos años, se ha difundido por el mundo la devoción a la Virgen *desatanudos*, que tiene raíces muy antiguas, porque ya a principios del siglo III escribía san Ireneo de Lyon: «Eva, por su desobediencia, ató el nudo de la desgracia para el género humano; en cambio, María, por su obediencia, lo desató»^[32]. ¡Cuántos nudos, que parecen imposibles de desatar en el mundo y en nuestras vidas, se desharán si, como la Santísima Virgen, vivimos para los planes de Dios!

Comentaba nuestro Padre: «Tratemos de aprender, siguiendo su ejemplo en la obediencia a Dios, en esa delicada combinación de esclavitud y de señorío. En María no hay nada de aquella actitud de las vírgenes necias, que obedecen, pero alocadamente. Nuestra Señora oye con atención lo que Dios quiere, pondera lo que no entiende, pregunta lo que no sabe. Luego, se entrega toda al

cumplimiento de la voluntad divina: he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. ¿Veis la maravilla? Santa María, maestra de toda nuestra conducta, nos enseña ahora que la obediencia a Dios no es servilismo, no sojuzga la conciencia: nos mueve íntimamente a que descubramos la libertad de los hijos de Dios»^[33].

Si, en alguna ocasión, la obediencia se nos presentara en conflicto con la libertad, acudamos a María: Ella nos conseguirá la gracia de descubrir, en la auténtica obediencia, la libertad de los hijos de Dios. Y, con la libertad, la alegría.

Con todo cariño, os bendice

vuestro Padre

Fernando

[Volver al contenido](#)

Unidos en la oración por la pronta recuperación del Papa (19-II-2025)

Queridísimos:

Os escribo estas líneas para animaros a seguir rezando por la salud del Santo Padre, y acompañarlo espiritualmente con nuestro cariño mientras se encuentre en el Policlínico Gemelli.

Desde que fue ingresado en el hospital, el pasado 14 de febrero, el papa Francisco ha querido agradecer en varias ocasiones las manifestaciones de afecto y la oración de toda la Iglesia, y también —de modo especial— el cariño, las cartas y dibujos que le están enviando otros pacientes del hospital, jóvenes y adultos: ¡qué expresión tan gráfica de que la Iglesia es familia!

Como recuerda el apóstol Pablo, “si un miembro sufre, todos sufren con él” (*1Cor* 12,26). La realidad de la comunión de los santos nos lleva a hacer propio todo lo que afecta a los demás. En tantas ocasiones vemos al Papa hacer suyo el sufrimiento ajeno; ahora le queremos devolver ese cariño y atenciones con nuestra oración y cercanía.

Con todo cariño os bendice

vuestro Padre

Fernando

[Volver al contenido](#)

Carta sobre la alegría (10-III-2025)

Queridísimos: ¡que Jesús me guarde a mis hijas y a mis hijos!

1. En esta breve carta —recogiendo la sugerencia que me hizo hace pocas semanas una hermana vuestra—, he pensado reflexionar con vosotros sobre algunos pocos aspectos de la alegría, sobre todo meditando palabras de san Josemaría.

La alegría, en general, es efecto de la posesión y experiencia del bien y, dependiendo del tipo de bien, hay diversas intensidades y permanencias de la alegría. Cuando la alegría no es consecuencia de la experiencia puntual del bien, sino del conjunto de la propia existencia, se la suele considerar felicidad. En todo caso, la alegría y felicidad más profunda es la que tiene su principal raíz en el amor.

Son tiempos difíciles en el mundo y en la Iglesia (y la Obra es una pequeña parte de la Iglesia). En realidad, de un modo u otro, todos los tiempos han tenido sus luces y sus sombras. También por esto es especialmente necesario fomentar una actitud alegre. Siempre y en cualquier circunstancia, podemos y debemos estar contentos, porque así lo quiere el Señor: «Que mi alegría esté en vosotros y vuestra alegría sea completa» (*Jn 15,11*). Lo dijo a los apóstoles y, en ellos, a todos los que vendríamos después; por eso, «la alegría es condición propia de la vida de los hijos de Dios»^[34].

Por el contrario, «la tristeza es un vicio causado por el desordenado amor de sí mismo, que a su vez no es un vicio especial, sino la raíz general de ellos»^[35]. Puede sorprender esta afirmación de santo Tomás, si pensamos, por ejemplo, en el sufrimiento ante la muerte de una persona amada. En realidad, esa situación no llevaría necesariamente tristeza en ese sentido, sino dolor, que no es lo

mismo. De hecho, es experiencia común que no todo dolor ni toda renuncia originan tristeza, especialmente cuando se asumen con amor y por amor. Así, los sacrificios, a veces muy notables, de una madre por sus hijos pueden producir dolor, pero pueden no causar tristeza.

«Lo que se necesita para conseguir la felicidad, no es una vida cómoda, sino un corazón enamorado»^[36]. Todos los que hemos visto y escuchado a nuestro Padre, en Villa Tevere, durante los últimos siete u ocho años de su vida, lo veíamos verdaderamente contento, feliz, aunque eran años en que sufrió mucho, tanto físicamente como, sobre todo, por las graves dificultades que atravesaba la vida de la Iglesia en esos años.

La alegría de la fe

2. La alegría natural elevada por la gracia se manifiesta especialmente en la unión a los planes de Dios. A los pastores de Belén, los ángeles les anuncian la «gran alegría» (*Lc* 2,10) del nacimiento de Jesús; los Magos vuelven a ver la estrella con «una inmensa alegría» (*Mt* 2,10). En fin, los apóstoles se llenaron de alegría al ver resucitado a Jesús (cfr. *Jn* 20,20).

La alegría cristiana no es la simple alegría «del animal sano»^[37], sino fruto del Espíritu Santo en el alma (cfr. *Gal* 5,22); tiende de suyo a ser permanente, porque se fundamenta en él, como nos exhorta san Pablo: «Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos» (*Flp* 4,4).

Esta alegría *en el Señor* es la alegría de la fe en su amor paterno: «La alegría es consecuencia necesaria de la filiación divina, de sabernos queridos con predilección por nuestro Padre Dios, que nos acoge, nos ayuda y nos perdona. —Recuérdalo bien y siempre: aunque alguna vez parezca que todo se viene abajo, ino se viene abajo nada!, porque Dios no pierde batallas»^[38].

Sin embargo, ante dificultades o sufrimientos, nuestra debilidad personal puede hacer que esta alegría decaiga, especialmente por la posible debilidad de la fe actual en el amor omnipotente de Dios por nosotros. «Un hijo de Dios, un cristiano que vive de fe, puede sufrir y llorar: puede tener motivos para dolerse, pero para estar triste, no»^[39]. También por esto, para fomentar —o recuperar— la alegría, conviene actualizar la convicción de fe en el amor de Dios, que nos permite afirmar con san Juan: «Nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene» (1Jn 4,16).

La fe tiende a expresarse de un modo u otro —con palabras o sin palabras— en oración y, con la oración, viene la alegría, porque «cuando el cristiano vive de fe —con una fe que no sea mera palabra, sino realidad de oración personal—, la seguridad del amor divino se manifiesta en alegría, en libertad interior»^[40].

Alegres en la esperanza (Rm 12,12)

3. La fe en el amor que Dios nos tiene conlleva una gran esperanza. Así podemos también entender la afirmación de la Epístola a los hebreos: «La fe es fundamento de las cosas que se esperan» (Hb 11,1). La esperanza tiene por objeto propiamente un bien futuro y posible. Y el bien que la fe nos hace esperar es, fundamentalmente, la plena felicidad y alegría en la definitiva unión con Dios en la gloria. Como nos dice san Pablo, es «la esperanza en lo que os está reservado en los cielos» (Col 1,5). Esta certeza nos da la seguridad de que no nos faltarán los medios para alcanzar esa meta si libremente los acogemos: para comenzar y recomenzar, todas las veces que sean necesarias.

Y cuando se presenta, en modos diversos, una voluntad de Dios ante la que nos sentimos inadecuados e impotentes, podemos tener incluso «la seguridad de lo imposible»^[41], como nuestro Padre al

comienzo de la Obra, en momentos de total ausencia de medios y en un ambiente social profundamente contrario a la vida cristiana.

4. Tenemos, podemos tener siempre, «una esperanza que no defrauda», no por una seguridad en nosotros mismos ni en nada de este mundo, sino «porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado» (*Rm* 5,5).

En ocasiones, las dificultades de diverso tipo pueden hacernos pensar, por ejemplo, que el trabajo apostólico no está resultando eficaz, que no vemos los frutos de nuestro esfuerzo y de nuestra oración. Pero sabemos bien —y nos conviene actualizar con frecuencia esta convicción de fe— que nuestro trabajo no es vano en el Señor (cfr. *1Cor* 15,58). Como también aseguraba nuestro Padre: «Nada se pierde».

La esperanza y la alegría son dones de Dios, y así los pide san Pablo para todos: «Que el Dios de la esperanza os colme de toda alegría y paz en la fe, para que abundéis en la esperanza con la fuerza del Espíritu Santo» (*Rm* 15,13).

La alegría del corazón enamorado

5. El amor a Dios y a los demás está unido, con la alegría, a la fe y también a la esperanza. «Quien ama tiene la alegría de la esperanza, de llegar a encontrar el gran amor que es el Señor»^[42].

Son diversas las expresiones del amor, que coinciden precisamente en lo esencial: desear el bien de la persona amada (y, en la medida de lo posible, procurarlo) y la alegría consiguiente al conocer ese bien por fin presente.

En el caso del amor al Señor, ¿incluye desear para Dios un bien que no tenga? Sabemos que él, al crearnos libres, ha querido correr el *riesgo* de nuestra libertad^[43]. Podemos no dar a Dios algo que

anhela: nuestro amor. De alguna manera, la alegría del amor a Dios no es solo el aspecto del amor consistente en el bien que supone para nosotros, sino además la alegría de poder darle a él nuestro amor.

El amor, como fuente de alegría, se manifiesta de modo especial en la entrega a los demás, procurando ser, a pesar de nuestros defectos, «sembradores de paz y de alegría»^[44]. Así, además, nos alegramos al ver la alegría de los demás y, como nuestro Padre, podemos decirles con verdad: «Mi alegría es vuestra alegría»^[45].

6. «El amor verdadero exige salir de sí mismo, entregarse. El auténtico amor trae consigo la alegría: una alegría que tiene sus raíces en forma de Cruz»^[46]. Sobre todo, la Cruz asumida por amor a Dios es fuente de bienaventuranza. Así nos lo enseña el Señor: «Bienaventurados cuando os injurien, os persigan y, mintiendo, digan contra vosotros todo tipo de maldad por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo: de la misma manera persiguieron a los profetas de antes de vosotros» (Mt 5,11-12). En realidad, todas las bienaventuranzas describen las raíces de la alegría: «Las bienaventuranzas te llevan a la alegría, siempre; son el camino para alcanzar la alegría»^[47].

Muchas son las causas que pueden conducir a perder la alegría; especialmente la experiencia actual de la propia debilidad, la conciencia de los propios pecados. Pero la fe en el amor de Dios y la esperanza segura que a esa fe se acompaña fundamentan, como afirma san Josemaría, «la profunda alegría del arrepentimiento»^[48]. También entonces, a pesar de nuestras limitaciones y defectos, con la ayuda del Señor, y nuestro cariño, podemos «hacer amable y fácil el camino a los demás»^[49].

A la santísima Virgen, Madre de Dios y Madre nuestra, invocamos como *Causa nostrae laetitiae*. Que ella nos ayude a estar siempre contentos y a ser sembradores de paz y de alegría en todas las circunstancias de nuestra vida. En especial, se lo pedimos ahora en

este año jubilar de la esperanza, muy unidos al sufrimiento del papa Francisco.

Con todo cariño os bendice

vuestro Padre

Fernando

[Volver al contenido](#)

Mensaje por el fallecimiento del papa Francisco (21-IV-2025)

En estos momentos de dolor, junto a toda la Iglesia dirigimos nuestra oración al Señor por el alma de nuestro querido papa Francisco. Dios habrá premiado su entrega generosa al servicio del Pueblo de Dios y a todo el mundo.

El Papa tenía gran fe en la misericordia de Dios y una de las principales orientaciones de su pontificado ha sido precisamente anunciarla a los hombres y mujeres de hoy. Con su ejemplo, nos ha impulsado a acoger y experimentar la misericordia de Dios, que no se cansa de perdonarnos; y, por otro lado, ser misericordiosos con los demás, como él ha hecho incansablemente con tantos gestos de ternura que son parte central de su magisterio testimonial.

San Josemaría nos decía: «Acoge la palabra del Papa, con una adhesión religiosa, humilde, interna y eficaz: ¡hazle eco!» (*Forja*, 133). Ojalá el ejemplo del papa Francisco nos lleve a hacer eco de ese testimonio, a seguir caminando como apóstoles de la misericordia en un mundo atravesado por las llagas de la indiferencia y la violencia.

Acudamos a Santa María, *Mater spei* —como le gustaba llamarla a Francisco— en la que «todo en su vida fue plasmado por la presencia de la misericordia hecha carne» (*Misericordiae Vultus*), para que también nosotros un día podamos contemplar a Dios cara a cara.

[Volver al contenido](#)

Mensaje para unirse al duelo y a los ritos fúnebres por el papa Francisco (21-IV-2025)

En medio del dolor por el fallecimiento de nuestro querido papa Francisco y del agradecimiento a Dios por su generoso testimonio, escribo este mensaje para comunicaros una noticia inmediata.

Como sabéis, estaba prevista la celebración en Roma del X Congreso general ordinario de la Obra, en estas dos semanas, hasta el 5 de mayo.

Después de escuchar a la Asesoría central y al Consejo general, teniendo en cuenta que —por lo inminente de las fechas de inicio— la mayoría de los congresistas ya han llegado a Roma, se ha decidido que el Congreso quede reducido al mínimo imprescindible: la renovación de los cargos del Consejo general y la Asesoría central, que están previstos que se nombren o renueven cada ocho años.

Aprovecharemos estos días para vivir en comunión con toda la Iglesia el duelo y los ritos fúnebres por el Santo Padre. Todas las regiones del Opus Dei estaréis de algún modo presentes en la Ciudad Eterna a través de vuestras hermanas y vuestros hermanos congresistas.

Las otras cuestiones que se iban a tratar en el Congreso, que os mencionaba en el mensaje del 8 de abril, se estudiarán más adelante, pues ahora es momento de luto, oración y unidad con toda la Iglesia.

Como os dije en mi mensaje anterior, acudamos a Santa María, Madre de la Esperanza, para que en este periodo de sede vacante sea consuelo y guía para todos en la Iglesia.

[Volver al contenido](#)

Mensaje con ocasión de la elección del papa León XIV (8-V-2025)

Queridísimos: ¡que Jesús me guarde a mis hijas y a mis hijos!

Os escribo estas líneas para compartir con vosotros la alegría porque la Iglesia y el mundo tienen un nuevo vicario de Cristo: el papa León XIV. Desde el momento en que fue anunciado su nombre en el balcón de la Basílica de San Pedro, hemos ofrecido nuestra oración por él y por la inmensa misión que tiene por delante.

En momentos como este, la fe de la Iglesia reluce con particular esplendor en la unidad de corazones y de oración por el padre común y por todos los hermanos. Hoy de una manera especial nos interpela ese consejo que san Josemaría plasmó en *Forja*: “Ama, venera, reza, mortifícate —cada día con más cariño— por el Romano Pontífice, piedra basilar de la Iglesia, que prolonga entre todos los hombres, a lo largo de los siglos y hasta el fin de los tiempos, aquella labor de santificación y gobierno que Jesús confió a Pedro” (n. 134).

Resuenan en nosotros las palabras que nos acaba de dirigir antes de dar la bendición: “Seamos discípulos de Cristo. Cristo nos precede, el mundo necesita su luz. La humanidad le necesita como el puente para ser alcanzados por Dios y su amor”. Como nos ha pedido el Papa, oremos juntos “por esta nueva misión, por toda la Iglesia y por la paz en el mundo”.

Por providencia de Dios, hemos vivido el duelo por el santo padre Francisco más cerca de todas y de todos, con la presencia de personas de tantos países que vinieron para participar en el congreso general, recientemente celebrado.

Procuraremos orientar el camino empezado en las asambleas regionales, a partir del horizonte que el Espíritu Santo nos abra a través del ministerio del papa León XIV, servir a la Iglesia, a la sociedad y a cada persona, para acercarles el calor del Evangelio en un mundo atravesado —tantas veces— por la frialdad de la indiferencia, la dureza de la violencia y la pobreza, y el flagelo de la soledad.

Acompañemos con nuestro cariño y oraciones al nuevo Romano Pontífice, siguiendo el ejemplo de nuestro fundador, que quiso grabar estas entrañables palabras en Villa Tevere, la sede central de la Obra: “¡Oh, cómo brillas, Roma! Cómo resplandeces desde aquí, con un panorama espléndido, con tantos monumentos maravillosos de antigüedad. Pero tu joya más noble y más pura es el Vicario de Cristo, del que te glorías como ciudad única”.

En este día de las fiestas de la Virgen de Pompeya y de Nuestra Señora de Luján, *vayamos todos con Pedro a Jesús por María* —especialmente en las romerías que hagáis con vuestros amigos y amigas durante el mes de mayo— para que llene de bendiciones al Papa y a toda la Iglesia.

Con todo cariño os bendice,

vuestro Padre

Fernando

[Volver al contenido](#)

DISCURSOS Y CLASES

Clase sobre la disponibilidad y el celibato en el Opus Dei

(20-I-2024)

Colegio Romano de la Santa Cruz, Roma

Esta clase consta de dos partes, una sobre la disponibilidad de los numerarios y otra, relacionada con esta, sobre el celibato. Las ideas que vayan saliendo servirán tanto para vuestra reflexión personal como para la labor de formación que tengáis con vuestros hermanos. Que cada uno vea cómo las vive, cómo las aplica, cómo le sirven para ayudar a los demás.

Respecto a la disponibilidad, lo primero que podemos hacer es recordar unas palabras de nuestro Padre: «Todos con vocación divina, los numerarios han de darse directamente e inmediatamente al Señor en holocausto, entregando todo lo suyo, su corazón entero, sus actividades sin limitación, su hacienda, su honra» (*Instrucción para la obra de san Gabriel*, n. 113).

Fijémonos en lo primero que dice: «corazón entero». La disponibilidad del corazón no consiste en tener el corazón abierto para que entre cualquier cosa, sino para que quepan en él todas las personas que están a nuestro alrededor, encomendadas a nuestro cuidado. Entregar un corazón entero implica evitar disquisiciones y separaciones, para querer a todos por igual; para querer la labor de la Obra como expresión de nuestro amor a Dios; para entregar al Señor todo lo que somos y todo lo que tenemos.

La disponibilidad del corazón se manifiesta en la disponibilidad eficaz, real, concreta, de nuestro tiempo. Una disponibilidad para las tareas que se tengan encomendadas. No es esta una simple disponibilidad material, sino sobre todo del corazón, que consiste en

poner la voluntad y el afecto en esa actividad; también cuando cueste, estando dispuesto a todos los cambios que sean necesarios.

Habitualmente en la Obra cada uno desempeña su trabajo profesional en su ambiente, santificando las realidades temporales. Pero, como recordaba don Javier en una carta, a veces «no hay más remedio que algunas hijas y algunos hijos míos recorten su actividad profesional —o incluso la dejen de lado completamente, al menos por algún tiempo—, para dedicarse a ayudar a sus hermanos en la vida espiritual y dirigir la labor apostólica» (Javier Echevarría, *Carta pastoral*, 28-XI-1995, n. 16). A esto debe añadirse, como el mismo don Javier explicaba tantas veces, que el trabajo de dirección de las labores, y la misma labor de dirección espiritual —que es lo fundamental que tienen encomendadas las personas que forman los consejos locales—, son también tareas que se pueden llamar profesionales en cuanto a su seriedad y a la necesidad de preparación.

Por otra parte, la disponibilidad no es solo una actitud pasiva, un «estar dispuesto a lo que me digan»: a cambiar de centro, de encargo apostólico, de ciudad, de país, de continente, porque por ahora no se puede cambiar de planeta... Ciertamente, también es eso, pero no basta. Hace falta iniciativa e interés, poner el corazón y nuestros talentos al servicio de la Obra; es decir, disponer lo que tenemos y somos para vivir nuestra vocación. En efecto, parte de la disponibilidad consiste en pensar cómo mejorar, qué sugerir...: detalles que manifiestan que se siente el Opus Dei como algo de cada uno.

Sin más ataduras que el amor

El corazón, en sentido bíblico, no se refiere solo a lo sensible, sino a la persona entera, y muy especialmente a su voluntad, es decir, a su libertad. Un aspecto fundamental de nuestra disponibilidad es que

esta debe ser vivida como libertad, no como falta de libertad. Uno puede decir: «Yo estoy aquí, a lo que me digan», y, luego, al recibir un nuevo encargo, experimentarlo como una limitación a la propia libertad. Cuando, en realidad, la libertad más grande consiste en no tener más ataduras que el amor.

Esto es aplicable a todos los que estamos en la Obra, pero especialmente, de un modo material más completo, a los numerarios: no tener ninguna atadura, ni de trabajo, ni de centro, ni de país. No sentirse atados a nada. Y ese no sentirnos atados a nada es libertad, libertad espiritual, libertad de alma.

Lógicamente, esto no significa vivir desarraigados, ser gente que vive flotando en el aire. El no estar atado a nada es compatible con estar muy enraizados en lo que hacemos, con los pies en el suelo y en nuestro trabajo, asumiendo como muy nuestro el encargo y ocupaciones que tengamos, y volcarnos en lo que hacemos con todas nuestras capacidades humanas, con ilusión profesional, como si fuera siempre lo definitivo. Porque la libertad no consiste en una ausencia de limitaciones externas, sino en no estar atados a nada más que al amor de Dios y, en consecuencia, al amor a los demás, a la Obra, a las almas.

Puede que alguna vez —porque todos experimentamos debilidades hasta que nos muramos— percibamos como una falta de libertad determinadas exigencias, cambios, cargos, etcétera. Entonces será una renovada ocasión para profundizar en nuestro amor, para que se afiance la libertad del alma.

Nuestro Padre hablaba de un grupo clavado en la cruz: «Nuestro Señor no quiere una personalidad efímera para su Obra: nos pide una personalidad inmortal, porque quiere que en ella —en la Obra— haya un grupo clavado en la Cruz: la Santa Cruz nos hará perdurables, siempre con el mismo espíritu del Evangelio, que traerá el apostolado de acción como fruto sabroso de la oración y del

sacrificio» (*Instrucción sobre el espíritu sobrenatural de la Obra*, n. 28). Aquí no dice quién es este grupo clavado en la cruz, pero, por el contexto, se entiende que se trata de los numerarios. En realidad, todos tenemos que estar clavados en la cruz, de un modo u otro. Pero, en este caso, nuestro Padre habla de un modo específico, especial, de estar clavados en la cruz: el de los numerarios, que deben estar siempre disponibles a cambiar de trabajo, de situación...; ocasiones todas de unirse a la cruz. Y cuando unimos intencionalmente a la cruz del Señor las cosas que nos cuestan, dejan de pesar, aunque sigan pesando. Hay una aparente contradicción.

Hemos visto tantas veces en la vida de nuestro Padre cómo era capaz, por gracia de Dios, de estar sufriendo mucho y, al mismo tiempo, estar muy contento. Así nosotros tenemos la posibilidad de vivir la entrega, también cuando cueste, como fuente de alegría.

Es importante que, cuando se hable a una persona sobre la posibilidad de *pitar* como numerario, se le explique este aspecto esencial del camino. También es bueno que en la formación que vaya recibiendo durante los primeros años se incida en esta idea, aunque quizá en el momento al interesado le pueda parecer algo muy lejano.

Lógicamente, los directores tendrán en cuenta las circunstancias de las personas y su capacidad real de acometer un cambio. Gracias a Dios, en la Obra no funcionamos a base de órdenes militares, porque, dentro de la radicalidad de la entrega, somos familia y milicia.

Respecto a esta disponibilidad radical, podemos recordar también unas palabras de nuestro Padre en la tercera de sus campanadas. Son palabras preciosas, incluso desde un punto de vista literario, y a la vez tan expresivas que no hay riesgo de quedarse solo en lo bonito:

«He de agradecer al Señor su gran bondad, porque mis hijas y mis hijos me han proporcionado, en este casi medio siglo, tantas y tantas alegrías, precisamente con su adhesión firme a la fe, su vida reciamente cristiana y su total disponibilidad —dentro de los deberes

de su estado personal, en el mundo— para el servicio de Dios en la Obra. Jóvenes o menos jóvenes, han ido de acá para allá con la mayor naturalidad, o han perseverado fieles y sin cansancio en el mismo lugar; han cambiado de ambiente si se necesitaba, han suspendido un trabajo y han puesto su esfuerzo en una labor distinta que interesaba más por motivos apostólicos; han aprendido cosas nuevas, han aceptado gustosamente ocultarse y desaparecer, dejando paso a otros: subir y bajar».

«Es el juego divino de la entrega, al que mis hijos han respondido conscientes de su responsabilidad ante Dios de sacar adelante la Obra en bien de las almas. El Señor se ha lucido y, sobre vuestra generosidad, ha volcado su eficacia santificadora: conversiones, vocaciones, fidelidad a la Iglesia en todos los rincones del mundo. Así brota el fruto sobrenatural de un entregamiento sin condiciones. Y esto, en la Obra, se pide a todos: porque ha de ser siempre lo ordinario, lo natural» (De nuestro Padre, *Carta 14-II-1974*, n. 5).

Una paternidad sin límites

Después de esta primera parte, empezar a hablar de celibato conlleva un riesgo: podría dar la impresión de que la disponibilidad constituyera su dimensión más fundamental. Ciertamente, el célibe está mucho más disponible que aquel que está casado y tiene hijos, pero su camino no consiste solo en esto, y ni siquiera principalmente. El celibato es, sobre todo, un don de Dios de especial identificación con Jesucristo. Y así es como hay que verlo, porque de ahí deriva todo lo demás, también la disponibilidad. Los numerarios, y por todo lo que se refiere al celibato, también los agregados, tienen la función de ser testimonios vivos de la entrega a Dios en medio del mundo.

El celibato no es una limitación de lo humano. Basta mirar a Jesucristo para convencerse de ello: si alguien ha encarnado la humanidad perfecta, ese es él. Y siendo él la plenitud del hombre, no

se puede decir que el matrimonio sea una condición indispensable para alcanzar dicha plenitud. Aunque, para quien tenga vocación matrimonial —generalmente la mayoría de las personas—, esta constituya un auténtico camino de santificación y de plenitud.

Por eso, en la labor apostólica no vale la pena quedarse en las comparaciones. En realidad, lo importante es lo que Dios quiere de cada persona. No podemos caer en el error de realizar valoraciones utilitaristas, sobre qué es más y qué es menos. La pregunta fundamental, en cambio, es la siguiente: ¿qué es lo que Dios quiere de mí? Porque lo que Dios quiere para cada uno será lo que le hará feliz, lo que le llevará a su plenitud. Y además —saliendo un poco del tema del celibato—, que nadie piense que el matrimonio es más fácil que el celibato. Aunque el celibato inicialmente suponga una renuncia mayor, obvia y evidente, el matrimonio supone un sacrificio, una entrega y unas dificultades que pueden ser mucho mayores que las de la vida del célibe. Pero por eso precisamente no conviene hacer comparaciones: lo mejor siempre será lo que Dios quiera para cada uno.

Para los numerarios y agregados, el celibato posee una dimensión de disponibilidad. Pero no una simple disponibilidad fáctica, de tiempo, sino marcada por la paternidad espiritual: el celibato implica una mayor capacidad para dedicarse a una familia más amplia. En la Obra tenemos una familia inmensa, y el célibe contribuye a crear ese aire de familia que es tan esencial. Vivir plenamente el sentido del celibato según el espíritu de la Obra no conlleva una disminución de la paternidad, sino un aumento. Y por eso todos los numerarios, estén o no en consejos locales, tienen la función de cuidar de la gente de Casa.

No hay que extrañarse de que a veces surjan tentaciones en el corazón —y no solo en la carne—. A toda persona le llegan en algún momento, y es algo normal. Así que no sería lógico plantearse dudas por el hecho de experimentar de vez en cuando esa atracción natural

hacia una mujer. Al trabajar en ambientes profesionales con compañeras de trabajo, habrá que cuidar la prudencia y la guarda de los sentidos, porque la atracción hacia las mujeres no desaparece. Se trata de una lucha en sentido positivo: no es cuestión de vivir con el corazón cerrado. En cierto sentido sí, pero, a la vez, debe estar muy abierto al mundo entero, desde el amor a Jesucristo. No renunciamos a una vida enamorada y a todo lo que esto supone: afectos, deseos, pasión, creatividad, abnegación... Una persona célibe dirige todas esas energías, propias de un enamorado, hacia Dios y hacia las personas y tareas concretas que en la Obra tenemos confiadas.

Quizá nos viene a la cabeza aquel punto de *Camino*: «¿Cómo va ese corazón? —No te me inquietes: los santos —que eran seres bien conformados y normales, como tú y como yo— sentían también esas “naturales” inclinaciones. Y si no las hubieran sentido, su reacción “sobrenatural” de guardar su corazón —alma y cuerpo— para Dios, en vez de entregarlo a una criatura, poco mérito habría tenido.

«Por eso, visto el camino, creo que la flaqueza del corazón no debe ser obstáculo para un alma decidida y “bien enamorada”» (*Camino*, n. 164).

La guarda del corazón comporta la guarda de los sentidos, prudencia, perseverancia y lucha, pero una lucha de amor, por ir creciendo en amistad con Dios, con su gracia; requiere sinceridad con nosotros mismos y en la dirección espiritual, para que nos ayuden; y fomentar la disponibilidad en el celibato. Y, sobre todo, que no falte la alegría, un bien muy necesario para lograr la fidelidad: en el amor desinteresado a los demás encontraremos muchas veces una felicidad profunda, que nos llevará a tener un corazón cada vez más semejante al de Jesucristo.

[Volver al contenido](#)

Ponencia sobre la vivificación cristiana de las instituciones educativas (26-VII-2024)

Universidad de los Andes, Santiago de Chile

Introducción

Hablaré sobre un tema que conocéis muy bien: la identidad cristiana de la universidad. Lógicamente, el concepto de identidad cristiana es un concepto amplio, con manifestaciones diversas, pero todas ellas tienen una gran importancia, no solo —por así decir— por lo de cristianas, sino muy singularmente en cuanto que referidas a la universidad.

En este sentido, la primera idea que me parece interesante recordaros, aunque ya la conocéis sin duda, es que esta unión entre universidad y cristianismo no es una unión artificial. Basta pensar que las universidades nacieron históricamente desde el cristianismo. Todas, porque en el fondo, el deseo de saber, el deseo de profundizar en el conocimiento del mundo, de las personas, de la realidad, es profundamente cristiano. No es solo cristiano, sino que lo es profundamente; y en su origen conlleva por naturaleza, cuando adquiere un desarrollo más completo, el conocimiento de Dios.

Entonces, efectivamente, la dimensión cristiana tiene una posición privilegiada en el conocimiento humano y, por eso mismo, en el conocimiento universitario.

Identidad cristiana personal

Para entrar en materia, aunque sea brevemente, porque el tema daría mucho de sí, sugiero pensar en la identidad cristiana de la universidad como corporación, como institución; pero a la vez pensar en la identidad cristiana personal de quienes trabajan en la universidad. Pues aquella identidad institucional estará, como recordaremos brevemente, en una serie de medidas organizativas que, si no fuesen informadas por la identidad cristiana de las personas, quedarían como un molde prácticamente inútil y artificial, inoperante porque, en el fondo, la primacía de la persona es siempre lo capital.

Eso no significa que en la universidad todos tengan que ser cristianos, pero sí que, para que la institución tenga una inspiración cristiana, hace falta al menos un núcleo de vida cristiana personal que vivifique la estructura cristiana organizativa; un núcleo de vida cristiana sin el cual lo institucional quedaría bastante muerto.

Es necesaria, pues, una presencia personal cristiana y, a la vez, una apertura cristiana hacia quienes, sin ser cristianos, o siendo cristianos no practicantes, cooperan con su trabajo en la universidad.

Esta identidad cristiana personal es necesario que se dé en muchas personas, como un núcleo que irradia sentido cristiano de la vida, y tiene una multitud de aspectos. Puede ser vista como la vida cristiana de cada persona, que lleva a la identificación con Jesucristo. Es algo impresionante identificarnos con Jesucristo; tiene una riqueza enorme, porque es la plenitud humana misma: Cristo, perfecto Dios, es el perfecto hombre.

Por lo que se refiere a una universidad, podríamos fijarnos en algunas dimensiones de esa plenitud humana que implica el cristianismo. Propio de Cristo como perfecto hombre es, muy especialmente, la entrega a los demás. Es decir, la dimensión cristiana personal lleva consigo, en la universidad como en cualquier

otro lugar, la auténtica dedicación a los demás, el servicio a los demás.

El servicio y la preocupación por los demás tienen también una dimensión que se proyecta en lo institucional y que forma parte, llamémoslo así, del espíritu de la institución. Es decir, forma parte del ambiente, del espíritu con el que se desarrollan las actividades: un espíritu cristiano precisamente por la dimensión de entrega a los demás, de servicio, de preocupación, de lucha contra el individualismo.

La universidad es esa *universitas studiorum* según la noción clásica. El cardenal Ratzinger explicaba que el concepto de universidad es lo más opuesto a la simple adición o suma de carreras o de institutos, porque tiene que haber una verdadera unidad, la que procede de la preocupación de unos por otros. No es universitario encerrarse personalmente en lo propio; y tampoco lo es para cada instituto o cada facultad, porque cabe siempre a niveles diversos una colaboración, un sentirse parte de esa unidad que da el espíritu universitario, un interés positivo de cooperar, un estar abiertos a otros.

A veces es fácil pensar que lo propio tiene poco que ver con lo de los demás, porque es muy especializado. Uno puede decir: «¿Qué tengo yo que ver con tal cosa de la ingeniería o de la filosofía?» En realidad, siempre tiene mucho que ver, sobre todo en el orden de las personas: ellas tienen mucho que ver entre sí.

Identidad cristiana institucional

Veremos algunos aspectos concretos de la identidad cristiana de tipo institucional, referida al conjunto. Uno de esos aspectos es el esfuerzo por la excelencia profesional que, sin duda, depende de cada persona, pero es también una característica de la institución como tal. Es decir, el esfuerzo por la excelencia profesional depende de la

capacitación de cada persona, de cada profesor, pero también de cada empleado en tareas no académicas, en lo que le corresponda.

Excelencia profesional

¿Qué tiene que ver la excelencia profesional con el cristianismo? Ya lo he mencionado antes en un contexto más general: Cristo es perfecto hombre y perfecto Dios, y por eso la dimensión cristiana exige la excelencia profesional, que no es simplemente una cuestión humana de excelencia, de virtud humana, de calidad humana; es también una realidad cristiana. Tantas veces san Josemaría predicó el llamado a la santificación del trabajo, que implica como base necesaria el amor al trabajo bien hecho. Porque lo sobrenatural —lo cristiano— y lo humano no son dos ámbitos separados. Lo cristiano es lo humano elevado al orden divino, al orden sobrenatural.

Por tanto, una exigencia de la identidad cristiana es la perfección humana del trabajo bien hecho. No habría identidad cristiana sin un esfuerzo positivo por alcanzar la excelencia profesional.

Primacía de la persona

Otro aspecto quizá menos evidente de la dimensión universitaria es la primacía de la persona. En una universidad puede parecer que la primacía corresponde al conjunto, a la seguridad de que todo funcione. Pero no: la primacía corresponde a la persona. Siempre a la persona.

Quizás recordéis aquella sentencia clásica, que puede entenderse bien y puede entenderse mal, según la cual en la humanidad el individuo tiene prioridad sobre la especie, sobre el conjunto. Vale más la persona que la humanidad entera. Parece una afirmación absurda, pero tiene un sentido verdadero. Porque lo que vale realmente es cada persona, y la totalidad vale porque se compone de personas, una a una. Cada persona sumada es el gran valor de la

humanidad. Y esto tiene consecuencias prácticas universales; por ejemplo, que no se puede matar a un inocente para salvar al conjunto. Habrá quien diga: «Si puedo salvar la vida de mil matando a uno, compensa». Pero no, no podemos matar a uno para salvar a muchos.

Esto, ¿qué aplicación puede tener en el mundo universitario? La misma que en todos los ámbitos humanos: hay que cuidar a cada una de las personas. Los profesores tienen que estar pendientes, en la medida de lo posible, del valor que tiene cada alumno. Hay que preocuparse de cada persona. Y esto en todos los niveles de la actividad universitaria. Lo que más vale es cada persona, única e irrepetible, y cuidar a cada persona es como de verdad se cuida el conjunto. Así se edifica más plenamente la comunidad universitaria.

La presencia institucional de la Iglesia

La identidad cristiana de la universidad supone también la presencia —llamémosla de algún modo— institucional de la Iglesia. Es decir, tiene que haber de algún modo una presencia sacerdotal, con capellanes que atiendan a quienes libremente lo deseen. Es algo que se ofrece, no se impone. También es interesante, en la medida de lo posible, y en alguna medida siempre lo es, que la capellanía no sea un mundo aparte. Puede ocurrir que, por un lado, esté la universidad con sus cátedras, y en un rincón un par de sacerdotes para que llegue el que quiera. Si no hay más remedio se hará así, pero en la medida de lo posible es conveniente que la capellanía también tenga una función universitaria propiamente dicha. Es decir, que haya clases de doctrina cristiana, de teología, de antropología cristiana, y que la capellanía tenga no solo una tarea de atención pastoral, sino que pueda ofrecer una dimensión académica de la fe cristiana, con clases de un tipo u otro.

Armonía entre fe y razón

Otro aspecto de la identidad cristiana institucional es lo que podríamos llamar la armonía entre fe y razón en todas las enseñanzas.

Esa armonía es un concepto muy amplio. Por ejemplo, desde las matemáticas puede alguien decir: «¿Qué tiene que ver con mi materia la armonía entre la fe y la razón?» Pues también tiene que ver, porque la fe lo ilumina todo. La fe es una luz que alumbra todo nuestro obrar. Esa persona puede decir: «La fe no me dice cómo resolver los problemas matemáticos». Y es cierto, pero la fe también influye en la actitud con que se afrontan las matemáticas. Y las matemáticas, como cualquier otra materia, son también una manifestación de la Inteligencia divina.

Todo lo que es racional en el mundo procede de la mente de Dios. No se trata de que un profesor, cada vez que explica un teorema, se tenga que remontar a lo alto y subrayar su relación con la mente de Dios creador. Pero de algún modo, si el pensar matemático se tiene muy incorporado a la inteligencia creyente, de un modo natural y espontáneo surgirá la conciencia de que Dios está en toda la creación, y es Él quien sustenta la realidad misma. Allí entra en juego la capacidad que todos tenemos de presentar las cosas de un modo u otro. Habrá personas con más imaginación, que sean capaces de dar luz a una materia de un modo más asequible. El hecho de que la presencia de Dios ilumina todas las ciencias es una realidad no siempre fácil de hacer presente, pero sí puede estarlo como un interés, como una ilusión, y se puede decir que al menos gustaría poder explicarlo.

A propósito, ahora recuerdo a un profesor prestigioso, de matemáticas justamente, que transmitía una visión atea del mundo mediante las matemáticas. Eso significa que también, en sentido contrario, se puede transmitir una visión cristiana del mundo, incluso con las matemáticas. ¿Cómo? Que el matemático se lo piense. En fin, la dimensión cristiana puede estar mucho más presente de lo

que nos imaginamos, tal como están, por desgracia, y más presentes de lo que pensamos, otras dimensiones, como las del marxismo o el positivismo. Ignoro si en este país, pero en muchos sitios sí que lo están, en muchos órdenes del conocimiento. También el cristianismo puede y debe hacerse presente, sin forzar en absoluto las cosas, porque la realidad de todo lo creado está sostenida por el poder de Dios. Siempre es posible proponer una visión cristiana en todos los niveles del saber.

Ciertamente, hay aspectos académicos complejos, como los de tipo biológico, sobre todo cuando está de por medio la dignidad de la persona humana. Allí la visión de fe tiene mucho que decir. Hay temas límite en los que se debe tener prudencia y, si es el caso, pedir consejo, sobre todo en las cuestiones médicas y biomédicas, en la ética médica y en otras del estilo.

La libertad

Otra realidad capital en la vida universitaria es la libertad. Propio del espíritu cristiano es el amor a la libertad. San Josemaría, lo recordáis muchos, nos decía que era parte de la herencia que, en lo humano, quería dejar a sus hijos en la Obra: el amor a la libertad.

El amor a la libertad en la universidad es de gran trascendencia, justamente porque es una virtud esencialmente cristiana. En este sentido, hay que respetar todo lo que es opinable, no solo como si fuera algo donde no hay más remedio que ceder, sino como una riqueza positiva, para no imponer nunca como verdad o como necesidad aquello que no lo es.

Ciertamente hay muchas cosas opinables que uno puede defender con calor, porque está convencido, como en materias científicas, sociales, culturales. Los profesores explican desde su ciencia ideas opinables, y pueden defenderlas con pasión, pero respetando siempre el límite de lo que no es evidente ni absolutamente

necesario, es decir, respetando la libertad de pensar y expresar opciones contrarias. En ocasiones puede parecer que no es fácil, pero si uno respeta la libertad de los alumnos, le es fácil exponer con vigor cosas opinables de las que uno está convencido: con vigor, pero exponiéndolas como opinables.

Debe respetarse también la libertad de vivir y moverse en el interior de la universidad, es decir, de promover en ella todo un ambiente de libertad. Lógicamente, se hará así a la luz de un ideario que alumnos y profesores, aun los que no sean cristianos, han de respetar: unas ideas madre, unos principios, escritos o no, que constituyen la identidad esencial de la institución.

En toda sociedad humana hay un mínimo de normas que deben acatarse. Es importante también enseñar que la libertad no está reñida con las normas ni con las obligaciones. Todos tenemos obligaciones, queramos o no. Por ejemplo, tenemos obligación de respetar las leyes del tráfico: ante un semáforo rojo hay que detenerse. La vida entera está llena de normas, y la universidad no es una excepción. Son normas de convivencia, de buen funcionamiento, de buena educación, etc., tanto para los profesores como para los alumnos, tanto para los directores como para los administrativos, porque lo contrario sería caótico.

Pero lo importante es que se viva en libertad. Y no solo en aquello a lo que no se está obligado, sino también para vivir libremente lo obligatorio. Esta es la clave para ser libres: enseñar a vivir libremente lo obligatorio. ¿Y es posible eso? Es posible y, en el fondo, es necesario para la plenitud humana, porque, si no, estaríamos siempre sintiéndonos coartados por las normas y leyes de toda especie.

Tanto por parte de los profesores como de los alumnos, en todo lo que es obligatorio en la universidad para su buena marcha, es necesario que se viva en libertad.

¿Y cómo es posible vivir en libertad lo que es obligatorio? Es muy fácil de decir, pero en la vida real hay que esforzarse para que sea vida. Se puede vivir en libertad lo obligatorio si se hace con amor, porque es el amor la fuerza de la libertad. Hasta tal punto que, de alguna manera, se identifica el amor con la libertad. Y ¿podemos amar lo obligatorio? Podemos amarlo. Es evidente que se puede amar lo obligatorio, y se puede amar cuando se ve el bien que eso lleva consigo. Porque lo que se ama es el bien. Y cuando descubrimos el bien del semáforo rojo, un bien que es digno de amor, nos detenemos libremente. Y así con todo. Hay que ver el bien de la norma para amar la norma; y amando la norma, somos libres. Esto hay que enseñarlo, transmitirlo, vivirlo: transmitirlo, en primer lugar, a los profesores, y también a los alumnos. Enseñar que somos libres también cuando obedecemos.

La libertad es un bien típicamente cristiano. Lo reconoció incluso Hegel cuando decía que la libertad es cristiana desde su origen. Porque es el cristianismo el que ha traído al mundo la verdadera libertad. Antes del cristianismo no había propiamente una verdadera libertad. Bueno, en este juicio hay también algo que es opinable.

Autoridad como servicio

Otro aspecto importante, y típicamente cristiano, es el sentido de la autoridad como servicio. La verdadera autoridad en todos los niveles, cuando es bien vivida, se ejerce como un auténtico servicio. Y este hecho tiene una dimensión interesante, y es que los cargos universitarios (de rectores, decanos, directores de departamento, etc.), además de tener un periodo limitado, son un servicio y se ejercen como servicio. Y por esta razón se dejan con la misma disponibilidad con que se han tomado.

Si a alguien le gustara ser decano para siempre, no sería apropiado, porque ese servicio quita tiempo a lo propio de uno, que es la

investigación y la docencia. Hay que dedicar tiempo a ser rector, a ser decano, a ser director de departamento, porque no hay más remedio. Se hace con gusto, pero lo que uno más desearía es su propia investigación, la enseñanza, las publicaciones, lo académico en suma. No hay más remedio que haya un rector, no hay más remedio que haya decanos, pero se trata de puros servicios, y hay que entenderlos así. Gracias a Dios, así se vive, y por eso los recambios se viven con toda naturalidad. Se dice: «Qué bien, gracias a Dios dejo de ser decano, porque ahora me puedo dedicar más a lo que más me interesa». Pero antes se ha puesto todo el corazón y todo el trabajo en ser rector, ser decano o ser lo que haya hecho falta.

La colegialidad

La colegialidad en el gobierno de la universidad es otro aspecto relevante. ¿Qué tiene esto que ver con la identidad cristiana? Tiene mucho que ver, porque la colegialidad en el gobierno de la universidad, que en la práctica se puede dar de modos muy distintos, con un sistema u otro, es lo que salva de una tiranía. Quien manda, ya sea a nivel global en la universidad, en un departamento o en un instituto, no puede ser un tirano que toma las decisiones por cuenta propia y exclusiva.

San Josemaría, refiriéndose a la Obra en general, pero luego aplicable a todas las labores en que la Obra procura un empuje espiritual, decía: «Yo al tirano lo he matado como traidor por la espalda; no admito a los tiranos ni a los dictadores». No los hay en la Obra, tampoco los hay en esta universidad, desde luego, gracias a Dios. Hay que agradecer que la autoridad no sea nunca tiránica, porque no lo es. Y habrá modos distintos de vivir la colegialidad, es decir, de contar con la opinión de otros: que nunca sea uno solo quien pone la mente y decide. Aunque luego, por cuestión de funcionamiento, uno al final tenga que decidir personalmente, siempre debe haber un consenso, siempre hay que escuchar a los

demás. Saber escuchar. La escucha no es solo el hecho físico de oír; hay que oír de veras lo que otros piensan. Y no solo oír: hay que escuchar, atender, estar dispuestos a aprender de lo que nos dicen los demás.

La justicia

Otro aspecto importantísimo: la justicia. La identidad cristiana exige también, como parte de la plenitud humana, la virtud de la justicia que, a su vez viene elevada por la caridad. La justicia se manifiesta en el trato con las personas, en el interés por las personas, y en la lucha contra el egoísmo personal. Y ha de tener también unas dimensiones institucionales. Algo que podría parecer secundario y no lo es: los sueldos, lo que se paga a la gente. Tiene que haber justicia: los sueldos tienen que ser proporcionados al trabajo que se realiza. A veces no tenemos suficientes medios, y hay que recortar los gastos, sí; pero los gastos se recortan en todos los niveles, cuando es necesario. Siempre hay que buscar que haya en esta materia una verdadera justicia distributiva.

Pero no basta la justicia, aunque sea necesaria; también debe haber caridad. Puede haber ocasiones en que la justicia sea dolorosa: por ejemplo, cuando haya que despedir a alguien o decirle que no se le renueva el contrato. Como en toda institución humana, estas cosas pueden suceder. Entonces hay que practicar la justicia y la caridad, las dos cosas.

Hay que atender a las personas a quienes haya que despedir, cuando no haya más remedio que darles un disgusto. Hay que hacerlo, en la medida de lo posible, con la mayor delicadeza, por espíritu cristiano, por la identidad cristiana de la universidad. No se puede tratar mal a nadie si queremos ser cristianos, aunque en ocasiones haya que tomar decisiones dolorosas. Siempre se pueden tomar decisiones dolorosas cuidando el cariño, la caridad que es cariño: eso es

también la primacía de la persona, de la que hablamos antes en otro contexto.

La dimensión pública de la identidad cristiana

Para terminar, la identidad cristiana debe tener una dimensión pública, no confesional en este caso concreto, pero sí pública: lo personal y lo institucional de un ente tan público como una universidad, en cuanto a su identidad cristiana, tendrá unas manifestaciones públicas. Esto ha de notarse, por ejemplo, en la promoción y en los folletos que se distribuyan. De algún modo tiene que percibirse en las publicaciones y actividades públicas que se realicen en la universidad. Si hay un congreso, pongamos nuevamente el ejemplo de las matemáticas: no es que necesariamente deba darse una exposición explícita del cristianismo pero, de un modo u otro, en muchas otras actividades, aflorará espontáneamente el hecho de que hay una realidad cristiana en el fondo y en la forma.

Sobre cada uno de estos puntos, como es fácil de ver, se podría hablar mucho, pero se trata de cosas que, por una parte, conocéis, y por otra, gracias a Dios, practicáis. Pero es bueno tener siempre en la mente que somos cristianos. Y a quienes en la universidad no lo sean, se les exige un mínimo de respeto y, sobre todo, se les trata con respeto a ellos, a su modo de ser y a su modo de pensar.

[Volver al contenido](#)

Clase sobre la esperanza (noviembre de 2024)

Colegio Romano de Santa María, Roma

La bula de convocación del Jubileo 2025, que hizo pública el papa Francisco, comienza con unas palabras de san Pablo dirigidas a los romanos, que dan nombre también al documento: «La esperanza no defrauda» (*Rm 5,5*), *spes non confundit*. Estas palabras encierran un contenido muy profundo. Cuando tenemos verdadera esperanza, esta no falla. Podemos fallar nosotros, pero la esperanza nunca, porque Dios es fiel a su amor por nosotros y a sus promesas.

Es cierto que, a veces, podemos tener esperanza en cosas que no suceden: por ejemplo, esperamos en la eficacia de una gestión apostólica concreta o en el resultado de una conversación, y puede ocurrir que los frutos no lleguen. ¿Significa esto que la esperanza ha defraudado? No, porque la esperanza que se fundamenta en el amor de Dios por nosotros nos permite decir con seguridad, como afirmaba nuestro Padre, san Josemaría: «¡Nada se pierde!» (*Forja*, n. 278). Lo que hacemos por el Señor, lo que realizamos siguiendo el querer de Dios, es siempre eficaz, aunque no veamos los resultados de inmediato. Quizá los veamos de otro modo, en otro momento, o tal vez no los veamos en esta vida. Quizá es un fruto distinto al que esperábamos. Así, podemos tener la segura esperanza de que nada se pierde.

Después de esta breve introducción, esta clase consistirá básicamente en releer algunos textos del Papa —de la bula de convocación del Jubileo 2025—, de nuestro Padre y, naturalmente, de la Sagrada Escritura. Mi intención al leerlos y comentarlos brevemente es que nos den la ocasión de fomentar una disposición

en el alma que permita que nuestra esperanza crezca. La esperanza sobrenatural es un don de Dios, no se puede obtener solo con las fuerzas humanas, pero sí podemos disponer el alma para recibir los dones de Dios, especialmente la fe, la esperanza y la caridad.

¿Qué es la esperanza?

La esperanza es una virtud que nos lleva a confiar en que vamos a obtener un bien futuro, más o menos arduo, pero posible. Estos son los tres requisitos: futuro, arduo y posible. No tendría sentido una esperanza que no cumpliese estos criterios. Por ejemplo, no puedo decir que tengo esperanza de viajar mañana a la luna; sería una esperanza “loca”, porque no es posible. Tampoco es esperanza desear algo que no es arduo. No tengo esperanza, en sentido estricto, de que dentro de tres horas estaré en mi casa. Aunque en esta vida nada es seguro al cien por cien, hay cosas que, humanamente hablando, no son propiamente objeto de esperanza.

La esperanza es una virtud humana fundamental, porque todos esperamos algo. Siempre estamos esperando los frutos de nuestro trabajo, esperando bienes posibles, esperando el fin de todo tipo de situaciones. Pero, como he recordado ya al principio, la esperanza es también una virtud sobrenatural, teologal. ¿Qué se espera con la virtud sobrenatural de la esperanza? La vida eterna, la unión con Dios, la salvación, la felicidad inmensa del cielo. Esa es la gran esperanza. Participar en la vida de Dios es una realidad que es posible alcanzar porque Dios mismo nos la ofrece.

Existe ya una esperanza humana, natural, necesaria, en el corazón de toda persona. Escribe el Papa: «En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana» (*Spes non confundit*, n. 1). La esperanza, aunque no sea de algo seguro humanamente, tampoco es de lo

imposible; es una expectativa del bien, una posibilidad de que ese bien llegue.

El objeto de la esperanza teologal, que lleva a plenitud también la natural, es la salvación, la felicidad eterna con Dios. Dice san Pablo: «La esperanza en lo que nos está reservado en los cielos» (*Col* 1,5). Esta esperanza en la felicidad en el cielo está unida a la fe en el amor de Dios por nosotros y en los medios que él ha puesto para que lleguemos al cielo: la Eucaristía, la oración...

Tan importante es la esperanza en la vida eterna, que el Concilio de Trento condenó a quienes sostenían que estaba mal tener esperanza en la vida eterna y que uno debía hacer las cosas sin pretender alcanzar la recompensa de llegar al cielo. El Concilio dice: «Si alguien afirma que una persona justificada comete pecado por actuar correctamente movido por la esperanza de la recompensa eterna, sea anatema» (Concilio de Trento, ses. VI, can. 31). La esperanza en la recompensa eterna no solo no está mal, sino que es algo que Dios quiere y va unida a la fe y a la caridad.

El fundamento de la esperanza

¿Cuál es el fundamento de la esperanza? La respuesta es sencilla: la fe. Como se expresa en la Carta a los hebreos: «La fe es fundamento de las cosas que se esperan» (*Hb* 11,1). ¿Qué fe es esta? La fe en el amor de Dios por nosotros. Una fe que da seguridad a la esperanza, porque se fundamenta en algo que no falla nunca: el amor inquebrantable de Dios por cada uno.

El Papa afirma que «la esperanza efectivamente nace del amor y se funda en el amor que brota del corazón de Jesús traspasado en la cruz» (*Spes non confundit*, n. 3). Y cita inmediatamente a san Pablo en su Carta a los romanos: «Porque si siendo enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más ahora que estamos reconciliados seremos salvados por su vida» (*Rm* 5,10).

Así, la esperanza nace de la seguridad de la fe en el amor de Dios por nosotros.

Necesitamos fomentar en nuestra vida esta fe en el amor de Dios, que es un amor concreto. No se trata de un amor abstracto hacia la humanidad en general, sino de un amor personal, dirigido a cada uno de nosotros en este momento y siempre. El Señor nos mira, está dentro de nosotros con la gracia que nos eleva y santifica, y nos ama de manera muy personal. Este amor es nuestra fuerza, la que nos hace esperar en algo que, siendo arduo, es posible: que lleguemos a ser santos, que es la meta de lo que esperamos: la unión definitiva y plena con Dios.

Es importante recordar que, en la vida espiritual, en la lucha ascética, a la hora de comenzar y recomenzar, siempre es necesario vivir de esperanza. Una esperanza con fundamento. No en nuestras fuerzas, como si fuera una lucha que debemos ganar a toda costa, sino fundamentada en el amor de Dios. Dios cuenta con nuestra debilidad, pero sobre todo cuenta con su infinita potencia, que se identifica con su amor por nosotros.

Es también importante considerar que en Dios se identifican el conocimiento y el amor. Él nos conoce y nos ama infinitamente. Y, en concreto, el espíritu del Opus Dei nos impulsa a considerar que el amor de Dios nos hace verdaderamente hijas e hijos suyos. Esta conciencia de la filiación divina fortalece nuestra esperanza, como explica san Josemaría en una de sus homilías: «A mí, y deseo que a vosotros os ocurra lo mismo, la seguridad de sentirme —de saberme— hijo de Dios me llena de verdadera esperanza que, por ser virtud sobrenatural, al infundirse en las criaturas se acomoda a nuestra naturaleza, y es también virtud muy humana» (*Amigos de Dios*, n. 208).

La virtud sobrenatural de la esperanza eleva la capacidad natural humana de esperar en el bien, aunque sea difícil. Sabernos hijos de

Dios nos lleva a tener una esperanza segura en la meta. La experiencia de las propias miserias podría quizá llevar a aspirar como mucho a salvarse, como si la salvación no coincidiera con la santidad, considerando la santidad como “utopía ascética”. Ser santo es el fin, y si se acaba la vida sin suficiente santidad, se pasará por el purgatorio hasta llegar a serlo. Es difícil alcanzar la santidad sin esfuerzo, por eso la vida de santificación es ardua, pero la esperanza de alcanzarla se hace posible con la gracia de Dios.

Como acabo de recordar, con palabras de nuestro Padre, el tono de nuestra esperanza está marcado por la filiación divina. Tenemos un motivo extraordinario para tener esperanza de ser santos, para pensar en la eficacia de nuestra vida: que somos hijas e hijos amados por Dios. Tantas veces lo recordamos, ahora con unas palabras de san Juan: «Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él» (1Jn 4,16). Esto es de la esencia de la vida según el Evangelio: conocer y creer en el amor de Dios por nosotros, sabiendo que somos hijos de Dios gracias a su amor. Y actualizar esta fe.

Esta fe en el amor de Dios lleva a vivir confiados en la providencia. Es decir, sabiendo que no estamos abandonados al azar del mundo. No es que Dios nos quiera mucho y luego andemos solos por nuestra cuenta. Dios nos ama y, respetando nuestra libertad, nos acompaña constantemente. El suyo no es un amor lejano, sino providente. El Papa Benedicto XVI, en su encíclica sobre la esperanza, *Spe salvi*, escribe que «Dios es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto» (n. 31). La fe en este amor concreto de Dios por nosotros es el fundamento de nuestra esperanza. En contraste, san Pablo en su Carta a los efesios describe a los gentiles como gente «sin esperanza y sin Dios en este mundo» (Ef 2,12). La esperanza está basada en Dios, en su amor concreto y personal. Aunque existan

esperanzas humanas, están limitadas a esta vida y no se extienden más allá. Sin Dios no se puede tener verdadera esperanza en algo definitivo.

La certeza de que Dios está empeñado

La esperanza cristiana tiene una característica que es aparentemente contradictoria: la certeza. ¿Podemos tener certeza de algo que es posible, pero no inmediato ni completamente seguro? Sí: tenemos una *esperanza segura*, fundamentada en la voluntad de Dios, en que él es fiel a su amor por nosotros.

«Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación» (1Tes 4,3). Esto no significa solo que Dios quiera que seamos santos, sino que él mismo está empeñado —por decirlo de algún modo— en nuestra santificación. Dios no solo nos da los medios —la revelación, los sacramentos...— sino que, sin forzar nuestra libertad —dándonos la libertad— nos da también todas las gracias necesarias para que lleguemos a la meta. Tenemos la *esperanza segura* de llegar a la meta si queremos, porque la gracia no nos faltará: Dios es fiel.

Como reflejan las palabras de san Pablo en la Epístola a los efesios: «Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, aunque estábamos muertos por nuestros pecados, nos dio vida en Cristo; por gracia habéis sido salvados, y con él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos por Cristo Jesús» (Ef 2,4-7). El Apóstol no dice «nos hará sentar en los cielos», sino «nos hizo sentar en los cielos». Esta fuerza de la esperanza lleva a la certeza, sin dejar de ser esperanza.

San Josemaría escribió: «Estoy feliz con la certeza del cielo que alcanzaremos, si permanecemos fieles hasta el final» (*Amigos de Dios*, n. 208). Aunque podría parecer contradictorio «estar seguro de algo que no es seguro», en realidad no es contradictorio. En eso consiste la esperanza cristiana verdadera. Tenemos tal seguridad en

el amor de Dios, que podemos tener una esperanza cierta y segura. Esta esperanza se sobrepone a nuestras miserias y defectos, y nos lleva a la seguridad de que, como decía nuestro Padre, aunque nos moriremos con defectos, podemos ser santos porque el Señor, con nuestra correspondencia, nos llevará a una santidad que consiste en la plenitud del amor. Y la plenitud del amor es enteramente compatible con tener defectos, siempre que esos defectos no se acepten ni se quieran, sino que luchemos por amor una y otra vez contra ellos, aunque no se logre vencerlos totalmente.

Por tanto, estamos ciertos de que iremos al cielo si somos fieles, si permanecemos en su amor. Y, además, tenemos la seguridad de que seremos fieles si queremos, si libremente perseveramos en el amor, porque la gracia de Dios no nos va a faltar.

La seguridad de lo imposible

La esperanza cristiana no es una esperanza quimérica, porque contamos con la gracia de Dios. Por eso, en el plano sobrenatural, pensando tanto en nuestra santificación personal, como en la eficacia permanente de la labor apostólica de la Obra, tanto en la vida personal como en nuestro empeño por sacar el Opus Dei adelante, debemos tener en cuenta lo que decía san Josemaría sobre «la seguridad de lo imposible» (*Carta* 29, n. 60). La esperanza hace posible «tener la seguridad de lo imposible».

La seguridad de lo imposible, en primer lugar, de ser santos, porque cuando experimentamos nuestra debilidad o nuestra limitada capacidad, parece imposible que podamos llegar a ser santos. Sin embargo, tenemos la seguridad de que podemos, porque poseemos la fe en el amor de Dios, que es el fundamento de la esperanza.

Es también muy bonito el recuerdo que san Pablo hace en su Epístola a los romanos de la figura de Abraham, quien esperó contra toda esperanza. Nuestro Padre solía recordar mucho esta expresión:

«Esperar contra toda esperanza». Nuevamente, dicho así, parece una contradicción, pero entendido correctamente, es la plenitud de la esperanza. Significa que podemos esperar también cuando humanamente no hay motivo.

La esperanza cristiana, por tanto, tiene un fundamento firme: el ofrecimiento de Dios mismo de la unión con él, que en eso consistirá la gloria del cielo. Pero esa esperanza se expresa también en muchos aspectos de la vida diaria. Es muy importante la esperanza apostólica. Como escribe san Pablo en la Primera epístola a los corintios: «Sabed que vuestro trabajo no es vano en el Señor» (1Cor 15,58). Nuestro Padre quiso poner las palabras latinas de este texto en el dintel de piedra de una puerta de la Villa Vecchia, en Roma: *Semper scientes quod labor vester non est inanis in Domino*. Nada de lo que hacemos es vano ante Dios.

El Papa, en *Spes non confundit*, invita a transmitir esperanza, cuando escribe: «Que no falte una atención inclusiva hacia cuantos hallándose en condiciones de vida particularmente difíciles experimentan la propia debilidad» (n. 11). Es muy importante dar esperanza, porque mucha gente parece no tenerla. Vivir sin esperanza, vivir sin verdaderas metas que valgan la pena, es paralizante. Hay que dar esperanza en el apostolado, en la atención a las personas de Casa a las que ayudamos, de un modo u otro. Hemos de ser personas que dan esperanza, que no ponen más énfasis en las dificultades que en las soluciones. Hay que ser positivos, ser transmisores de esperanza.

Necesitamos vivir de esperanza también al experimentar las dificultades personales. Todos tenemos dificultades de un modo u otro: ante la experiencia de los propios defectos, en el trabajo, de salud, de todo tipo. En la vida podemos encontrar, y encontramos, dificultades. El Papa, en *Spes non confundit*, cita largamente el texto de la Epístola a los romanos: «¿Quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo? ¿Las tribulaciones, las angustias, la persecución, el

hambre, la desnudez, los peligros, la espada? Pero en todo esto obtenemos una amplia victoria gracias a aquel que nos amó. Porque tengo la certeza de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (*Rm* 8,35-39). Es un texto extraordinario, para meditarlo muchas veces en la oración.

El Papa comenta brevemente: «He aquí por qué esta esperanza no cede ante las dificultades, porque se fundamenta en la fe y se nutre de la caridad» (*Spes non confundit*, n. 3). Y de este modo, hace posible que sigamos adelante en la vida. Es así, por muchas dificultades que atravesemos. ¿Qué nos va a separar del amor de Dios? ¿Los principados, las potestades, la muerte, la vida, la espada, los peligros, el hambre? Nada nos puede apartar, si no queremos alejarnos nosotros. Porque «nada nos puede separar del amor de Dios —dice san Pablo—, manifestado en Cristo Jesús» (*Rm* 8,39). Solo nosotros nos podemos separar del amor de Dios. Solo nosotros. Ni el demonio, ni la enfermedad, ni las contrariedades. Solo nuestra propia libertad. Por eso, ante las dificultades podemos tener siempre una gran esperanza en el amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús.

¿Dónde está tu esperanza?

También en este contexto, es estupendo releer el siguiente texto de nuestro Padre, en la *Instrucción para la labor de san Rafael*: «“Trabajad, llenos de esperanza: plantad, regad, confiando en el que da el incremento, Dios” (*1Cor* 3,7). Y, cuando el desaliento venga, si esta tentación permitiera el Señor; ante los hechos aparentemente adversos; al considerar, en algunos casos, la ineficacia de vuestros trabajos apostólicos de formación; si alguien, como a Tobías padre, os preguntara: “*ubi est spes tua?*, ¿dónde está tu esperanza?...”, alzando vuestros ojos sobre la miseria de esta vida, que no es vuestro

fin, decidle con aquel varón del Antiguo Testamento, fuerte y esperanzado, “*quoniam memor fuit Domini in toto corde suo*” (Tb 1,13), porque siempre se acordó del Señor y lo amó con todo su corazón: “*Filii sanctorum sumus, et vitam illam expectamus, quam Deus daturus est his, qui fidem suam nunquam mutant ab eo*”; “somos hijos de santos, y esperamos aquella vida que Dios ha de dar a quienes nunca abandonaron su fe en él” (Tb 2,18)» (Instrucción, 9-I-1935, n. 19, recogido en *Crónica* de febrero de 2025, cfr. AGP, Biblioteca, Po1). Ante las dificultades, hemos de trabajar llenos de esperanza; hemos de plantar, confiando en Dios, que da el incremento. No confiando en nuestras fuerzas, sino poniéndolas al servicio del Señor en toda la labor apostólica. Una vez más, sabiendo que nuestra esperanza está en la seguridad del amor de Dios por nosotros.

Por tanto, esperanza en la entrega, con generosidad. Vale la pena ser generosos en el apostolado, en todo lo que supone el esfuerzo de ir al encuentro de la gente. También la mortificación por la labor apostólica, que supone dedicación de tiempo, superar dificultades, etc.

San Josemaría, estando en Venezuela, comentó: «Me acordaba de cuando comenzamos la labor hace tantos años. Empecé con tres, y ahora son tantos miles, cientos de miles. Pero había esperanza. Cuentan de Alejandro Magno que, mientras se preparaba para una batalla, antes repartió todos sus bienes entre sus capitanes. Y uno de ellos le dijo: “Pero, Señor, ¿y a ti qué te queda?”. A lo que él respondió: “A mí me queda la esperanza”». Y añadió: «Yo os veo, y me queda la esperanza» (De nuestro Padre, Apuntes de su predicación, 10-II-1975). Es así. Estas palabras nos pueden llevar a tener esperanza en los demás. Cuando experimentéis vuestra debilidad personal, os podéis llenar de esperanza al ver a vuestros hermanos. Y esa esperanza está llamada a extenderse al mundo entero.

Paz, oración, alegría

El Papa habla de tener esperanza en la paz en el mundo, una paz que está muy ausente. No solo por las principales guerras que hay, que son tremendas y tristes, sino por la falta de paz en muchos ambientes de las sociedades. Decía nuestro Padre: «No hay paz en las conciencias» (*En diálogo con el Señor*, n. 101). El Papa menciona «que el primer signo de esperanza se traduzca en paz para el mundo, el cual vuelve a encontrarse sumergido en la tragedia de la guerra» (*Spes non confundit*, n. 8). Esperanza en que el mundo irá mejor, ciertamente, porque es también esperanza en la eficacia del apostolado. Pero con realismo; no sabemos qué pasará, no podemos predecir el futuro.

De hecho, el Apocalipsis y las predicciones que hace el Señor en el Evangelio sobre el fin del mundo son muy dramáticas. Pero eso no nos quita la esperanza; es más, nos impulsa a que, en lo que esté de nuestra parte, todo vaya a mejor. Pensando en la situación actual, en algunos países vivimos en ambientes muy descristianizados. Cada vez hay más gente que, siendo católica, no frecuenta los sacramentos. Hay ciudades en países tradicionalmente creyentes, donde había una práctica religiosa amplísima, donde ahora solo va a Misa los domingos un tanto por ciento muy pequeño de la población. Pero, a la vez, hay otros lugares donde las cosas están mucho mejor. Y, en unos sitios y en otros, podemos tener la convicción de que la gente es buena, como decía don Javier: «¡Cuánta gente buena hay en el mundo!». En tantas ocasiones lo que falta es formación. Por eso, las dificultades que encontremos en la labor apostólica nunca deben ser motivo de desánimo, sino ocasión para rezar más, para lanzarnos, para acercarnos a las personas y poder ayudarlas, con la amistad y la confianza. Cuanto más difícil es el ambiente, más cuenta el Señor con nosotros; no porque seamos mejores, sino porque él nos ha dado mucha formación, a pesar de que seamos tan poca cosa. Por lo tanto, ¡fuertes en la esperanza!

Y esto se aplica a todo. ¿Qué esperanza tenemos en la oración? El Señor ha dicho: «Pedid y recibiréis» (*Jn* 16,24). Es impresionante. *Pedid y recibiréis*, son palabras absolutamente verdaderas. Ciertamente, a veces pedimos y no recibimos, pero podemos pensar que recibimos de otro modo, o que no pedimos bien. En fin, otras veces pedimos bien y parece que no recibimos. Por ejemplo, pedimos por una intención apostólica determinada o para que se cure una persona, y no se cura... Entonces, ¿ha sido inútil la oración? No. Aunque no hemos obtenido lo que pedíamos, esa oración no ha sido ineficaz. Podemos estar *seguros en la esperanza*, por la fe en la palabra de Dios. Nada se pierde.

Por último, esperanza con alegría. «Alegres en la esperanza» (*Rm* 12,12), dice san Pablo. Y no es una esperanza de novela rosa, todo bonito, por eso añade: «Alegres en la esperanza, pacientes en la tribulación, constantes en la oración». San Josemaría nos lo decía así: «Optimistas, alegres: ¡Dios está con nosotros! Por eso, diariamente me lleno de esperanza» (*Memoria del beato Josemaría Escrivá*, p. 115). Optimistas, alegres porque Dios está con nosotros. La virtud de la esperanza nos hace ver lo positivo, lo bonito de la vida, porque vemos en todo, aun sin entender, el amor de Dios. Por eso, cuando nos sentimos un poco desanimados, pesimistas, tristes, reaccionemos pronto, con un acto de fe grande en el fundamento de esta esperanza alegre: hoy, ahora, Dios me está amando con locura. Cada uno tiene que decir esto, pensarlo con un acto de fe profundo. Y eso nos levanta.

Hablando de esperanza, nos viene al pensamiento y al corazón la santísima Virgen, *Spes nostra*. Ella es la madre de nuestra esperanza, la que nos consigue del Señor esta gracia de la esperanza, para tenerla y para darla, como dice san Pedro: «Debemos estar siempre dispuestos a dar razón de nuestra esperanza» (*1P* 3,15).

* * *

Termino con la espléndida frase de san Pablo: «Que el Dios de la esperanza os colme de toda alegría y paz en la fe, para que abundéis en la esperanza con la fuerza del Espíritu Santo» (*Rm* 15,13). Os aconsejo que la leáis y meditéis mucho. Que estemos contentos y, cuando haya motivos humanos para no estarlo, pensemos que por encima de todo motivo humano hay uno mucho más grande, que es el fundamento de nuestra esperanza: el amor de Dios por nosotros.

[Volver al contenido](#)

Conferencia “Eucaristía y sacerdocio” en el centenario de la ordenación sacerdotal de san Josemaría (27-III-2025)

Zaragoza, España

En esta celebración del centenario de la ordenación sacerdotal de san Josemaría, me detendré principalmente en unos pocos textos suyos, sobre algunos aspectos de la relación entre sacerdocio y Eucaristía. Son textos que, junto a su contenido doctrinal, expresan también la viva experiencia de su alma sacerdotal.

Voy a fijarme primero en el sacerdocio en cuanto ordenado a la Eucaristía, después en la importancia que esta tiene en la santificación del sacerdote y, finalmente, su papel en la misión pastoral que el presbítero está llamado a realizar.

Sacerdocio para la Eucaristía

La Eucaristía, concretamente el sacrificio eucarístico, es central en la vida cristiana. San Josemaría lo resumía en la expresión “centro y raíz”; por ejemplo, en el siguiente texto de una de sus cartas: “Siempre os he enseñado, hijas e hijos queridísimos, que *la raíz y el centro* de vuestra vida espiritual es el Santo Sacrificio del Altar, en el que Cristo Sacerdote renueva su Sacrificio del Calvario, en adoración, honor, alabanza y acción de gracias a la Trinidad Beatísima”^[50].

Tan metida estaba esta idea en su alma y en su corazón, que la repitió con frecuencia de palabra y por escrito^[51]. Al mismo tiempo, añadía que, si el Sacrificio eucarístico es “el centro y la raíz de la vida

del cristiano, lo debe ser de modo especial de la vida del sacerdote”^[52].

A san Josemaría le debió suponer una honda alegría que, años más tarde, un texto del Concilio Vaticano II tan significativo como el Decreto *Presbyterorum Ordinis*, al hablar de la relación entre sacerdocio y Eucaristía, se sirviera de esa misma expresión al afirmar que el Sacrificio eucarístico es “centro y raíz de toda la vida del presbítero”^[53].

a) Centro y raíz de la vida del presbítero

En realidad, es lógico que se insista en este punto en el caso del sacerdote. Como escribió Benedicto XVI, “la relación intrínseca entre Eucaristía y sacramento del Orden se desprende de las mismas palabras de Jesús en el Cenáculo: «haced esto en conmemoración mía» (Lc 22,19). En efecto, la víspera de su muerte, Jesús instituyó la Eucaristía y fundó al mismo tiempo *el sacerdocio de la nueva Alianza*. (...) Nadie puede decir «esto es mi cuerpo» y «éste es el cáliz de mi sangre» si no es en el nombre y en la persona de Cristo, único sumo sacerdote de la nueva y eterna Alianza (cf. *Hb* 8-9)”^[54].

El papa Francisco ha subrayado cómo esa identificación con Cristo sacerdote se extiende a la entera vida del presbítero. Este “no puede decir: «Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros», y no vivir el mismo deseo de ofrecer su propio cuerpo, su propia vida por el pueblo a él confiado”^[55].

Esta honda transformación del presbítero está íntimamente ligada a la Eucaristía. San Josemaría lo comentaba en una homilía: “Por el Sacramento del Orden, el sacerdote se capacita efectivamente para prestar a Nuestro Señor la voz, las manos, todo su ser; es Jesucristo quien, en la Santa Misa, con las palabras de la Consagración, cambia la sustancia del pan y del vino en su Cuerpo, su Alma, su Sangre y su

Divinidad. En esto se fundamenta la incomparable dignidad del sacerdote”^[56].

b) Dignidad y debilidad

Desde estas consideraciones sobre la relación entre sacerdocio y Eucaristía, se entiende que esta sea a la vez el centro hacia el que todo converge e, inseparablemente, la raíz de esta convergencia. Es *centro*, pues, si Dios es quien atrae hacia sí en Cristo todo y a todos, la Eucaristía es el lugar en que tiene lugar la ofrenda del mundo al Padre, por Cristo, con Él y en Él. Al mismo tiempo, “el mismo Cristo se pone en manos de los sacerdotes, que se hacen así *dispensadores de los misterios* —de las maravillas— *del Señor* (1Cor 4,1)”^[57].

¿Es posible en la tierra una acción más elevada? La acción más propia de Cristo, Sumo Sacerdote misericordioso y fiel, mediador de la nueva alianza (cfr. *Hb* 2,17 y 9,15), queda en manos de su criatura. Por él se eleva el culto de adoración al Padre, y por él llegan los dones divinos a los fieles.

Así lo expresa el Concilio Vaticano II: los presbíteros “ejercitan su oficio sagrado, sobre todo, en el culto eucarístico, en el que, representando la persona de Cristo, y proclamando su Misterio, unen las oraciones de los fieles al sacrificio de su Cabeza, Cristo (...), que se ofrece a sí mismo al Padre, como hostia inmaculada (cfr. *Hb* 9,11-28)”^[58].

Se entiende que no pueda ser otro el centro de la vida del sacerdote. Más aún, se puede decir que la santa Misa constituye el fin principal de la ordenación, el acto en que “todo el ministerio sacerdotal encuentra su plenitud, su sentido, su centro y su eficacia”^[59].

Ciertamente, la dignidad del *sacerdocio* se encuentra con la conciencia que tiene *cada sacerdote* de su propia indignidad, y eso mismo constituye el primer motivo para procurar vivir muy unido al Señor^[60]. En la misma celebración de la Eucaristía, las oraciones que

el sacerdote reza en secreto y en las que se dirige en nombre propio al Señor le ayudan, como recuerda el Misal, a ser consciente de su misión, y así poder realizarla con mayor atención y piedad. Esas oraciones suelen tener un carácter penitencial y las encontramos en momentos clave de la celebración eucarística: antes de proclamar el Evangelio, al concluir el Ofertorio y preparándose a entrar en la gran Plegaria eucarística, al disponerse para comulgar el Cuerpo y Sangre de Cristo.

El sacerdote es consciente de que, por la gracia que recibe en la ordenación y por la acción del Espíritu Santo en la Iglesia, al acercarse al altar, no es él quien se dispone a celebrar el culto al Padre, sino que es Cristo mismo quien, en él, “renueva en el Altar su divino Sacrificio del Calvario”^[61]. El gesto externo de revestirse con los ornamentos sacerdotales recuerda al celebrante esta verdad. En efecto, al vestirse con los ornamentos, pone de manifiesto el acontecimiento interior y la tarea que de él deriva: revestirse de Cristo, entregarse a Él como Él se entregó por nosotros. Los ornamentos no son signos de poder o de superioridad: son símbolos que recuerdan a todos —y en primer lugar a los mismos sacerdotes— que ahora no están actuando como personas particulares, sino *in persona Christi* y también *in persona ecclesiae*. De ese modo, las vestiduras sagradas recuerdan también que los celebrantes no son dueños, ni de la celebración ni de la comunidad, sino servidores^[62].

c) Eucaristía y otras funciones sacerdotales

La centralidad de la Eucaristía en la vida del presbítero no es obstáculo para afirmar, como hace el Decreto *Presbyterorum Ordinis*, que los presbíteros “tienen como obligación principal el anunciar a todos el Evangelio de Cristo”^[63]. Y esto no sólo porque la predicación del Evangelio precede cronológicamente a la celebración de la Eucaristía, sino también y sobre todo porque la predicación conduce hacia la Eucaristía, y de ésta —de Cristo que se entrega a la

Iglesia— toma la fuerza de ser palabra de vida eterna (cfr. *Jn* 6,68) [64]. De hecho, como consideraré más adelante, toda la actividad del sacerdote brota de la Eucaristía como de su más íntima fuente. La celebración de la Eucaristía no es la única función sacerdotal; sin embargo, se entiende que sea su principal y más constitutiva misión, también porque en ella se resumen todos los misterios de la fe cristiana.

Eucaristía y santificación del sacerdote

Considerando qué es la Eucaristía, se entiende bien que san Josemaría escribiera: “El sacerdocio pide —por las funciones sagradas que le competen— algo más que una vida honesta: exige una vida santa en quienes lo ejercen, constituidos —como están— en mediadores entre Dios y los hombres” [65].

a) La Eucaristía y la conformación con Cristo

En la configuración con Cristo Cabeza, propia del ministerio ordenado, el Decreto *Presbyterorum Ordinis* señala que los sacerdotes “se ordenan a la perfección de la vida por las mismas acciones sagradas que realizan cada día, como por todo su ministerio, que desarrollan en unión con el Obispo y con los presbíteros” [66].

El Sacrificio eucarístico, en el que realiza su misión o función principal, es al mismo tiempo para el sacerdote —como para todo cristiano— el principal medio de santificación, de identificación con Cristo. En palabras de Benedicto XVI: “si la santa Misa se vive con atención y con fe, es formativa en el sentido más profundo de la palabra, pues promueve la configuración con Cristo y consolida al sacerdote en su vocación” [67].

Este aspecto formativo profundo, que tiene la misma celebración, resulta lógico si se tiene presente que “las palabras y los ritos

litúrgicos son expresión fiel, madurada a lo largo de los siglos, de los sentimientos de Cristo y nos enseñan a tener los mismos sentimientos que él; conformando nuestra mente con sus palabras, elevamos al Señor nuestro corazón”^[68]. La Santa Misa se convierte así en una *escuela de vida*.

Por otra parte, la identificación con Cristo en la misma celebración lleva, en ocasiones a que “el Señor haga descubrir a cada uno de nosotros en qué debe mejorar, qué vicios ha de extirpar, cómo ha de ser nuestro trato fraterno con todos los hombres”^[69].

Así pues, en la celebración y por vías distintas, la existencia del sacerdote se va convirtiendo en una *existencia eucarística*. No solo porque se alimente de la Eucaristía y tenga su celebración como el acto central de su vida, sino también porque, en todo, el sacerdote vive en la misma actitud con la que Cristo se hace alimento de sus hermanos los hombres.

b) Desde la Trinidad para llevar el mundo a la Trinidad

Ampliando un poco la mirada, comprendemos que en el encuentro con Cristo en la Eucaristía se recibe “la donación misma de la Trinidad a la Iglesia”^[70]. En efecto, la Santa Misa es la acción en la que se manifiesta máximamente el amor de la Trinidad. “La plegaria al Padre —explica san Josemaría— se hace constante. El sacerdote es un representante del Sacerdote eterno, Jesucristo, que al mismo tiempo es la Víctima. Y la acción del Espíritu Santo en la Misa no es menos inefable ni menos cierta. *Por la virtud del Espíritu Santo*, escribe San Juan Damasceno, *se efectúa la conversión del pan en el Cuerpo de Cristo*”^[71]. En la Eucaristía, la persona humana se diviniza, y de la Eucaristía brota la alegría, fruto del Espíritu Santo, característica de la existencia cristiana.

La Eucaristía es, pues, la realidad en torno a la cual se articula la vida espiritual del presbítero: es su raíz y su centro, su fuente y la

anticipación sacramental de su meta definitiva. Esta centralidad y radicalidad otorga al cristiano, y concretamente al sacerdote, la capacidad de convertir toda actividad cotidiana en culto a Dios. Es esta una enseñanza en la que san Josemaría insistió, especialmente al dirigirse a fieles corrientes, con un trabajo en medio del mundo, pues incumbe a todos aquellos que participan en el sacerdocio de Cristo, sea en el sacerdocio común, sea en el sacerdocio ministerial.

El sacerdote es consciente de haber sido escogido entre sus hermanas y hermanos para presentar al Padre la ofrenda de la Iglesia, que Cristo mismo asume y hace propia. En este sentido, san Josemaría se esforzaba por hacer del día *una Misa*, procurando que ese acto de culto se fuera desbordando, como él mismo enseñaba, en jaculatorias, en visitas al Santísimo, en ofrecimiento del trabajo y de las relaciones cotidianas^[72].

c) Don y tarea

Que la Eucaristía sea efectivamente el centro y la raíz de la vida del presbítero constituye no solo un *don*, sino también una *tarea* personal de correspondencia a lo que se ha recibido de Dios. San Juan Pablo II escribió en una de sus Cartas de jueves santo a los sacerdotes: “Celebremos siempre con fervor la Sagrada Eucaristía. Postrémonos con frecuencia delante de Cristo Eucaristía. Entremos, de algún modo, «en la escuela» de la Eucaristía”^[73].

Los detalles en que se puede manifestar el deseo de cuidar la santa Misa son innumerables, como creativa es la capacidad de amar que tiene una persona. Lo importante es no perder de vista que, como predicaba san Josemaría, “la vida litúrgica es vida de amor; amor a Dios Padre, por Jesucristo en el Espíritu Santo, con toda la Iglesia”^[74]. Ese amor no es una realidad abstracta, sino muy concreta: encarnada. Al fundador del Opus Dei le gustaba repetir que “tenemos que ser muy humanos; porque, de otro modo, tampoco

podremos ser divinos”^[75]. Y lo explicaba de un modo muy elocuente: “fijaos en que Dios no nos declara: en lugar del corazón, os daré una voluntad de puro espíritu. No: nos da un corazón, y un corazón de carne, como el de Cristo. Yo no cuento con un corazón para amar a Dios, y con otro para amar a las personas de la tierra. Con el mismo corazón con el que he querido a mis padres y quiero a mis amigos, con ese mismo corazón amo yo a Cristo, y al Padre, y al Espíritu Santo y a Santa María”^[76].

El amor del sacerdote a la santa Misa, el esfuerzo por darle la centralidad que objetivamente le corresponde, puede expresarse de mil modos distintos. Por ejemplo, san Josemaría solía dividir el día en dos partes: la primera mitad para dar gracias por la Comunión, y la otra mitad, para prepararse para el día siguiente.

Otro aspecto en que quisiera fijarme es su recurrente invitación a celebrar la Eucaristía con calma. Resulta muy actual esa sugerencia, en este mundo marcado por la distracción y la prisa. En un tono muy personal, confiaba a un grupo de sacerdotes algo que había vivido recientemente, durante una ceremonia universitaria: “Mientras no me tocaba hablar, estuve pensando mucho en el amor de los sacerdotes a Nuestro Señor, y cómo no se lo sabemos mostrar porque tenemos mucha prisa casi siempre. ¡Demasiada! Los enamorados no la tienen. Fijaos cómo se acompañan, una y otra vez... No se deciden a separarse”. Y a continuación les animaba: “Celebrad la Santa Misa con calma. ¡Que esperen! Luego haremos una espléndida labor, si hemos sabido no tener prisa, porque verdaderamente, *in persona Christi*, realizamos una honda tarea sacerdotal”^[77].

d) Acompañar al Señor en el sagrario

Junto a la celebración de la santa Misa, en la que se realiza de modo especial la relación personal del sacerdote con la Eucaristía, la presencia permanente de Cristo en el Sagrario constituye un

recordatorio constante para dar a toda la existencia una orientación eucarística precisa.

La Eucaristía es para el sacerdote una presencia viva que consuela y da firmeza. Como escribió san Juan Pablo II: “muchos sacerdotes, a través de los siglos, han encontrado en ella el consuelo prometido por Jesús la tarde de la Última Cena, el secreto para vencer su soledad, el apoyo para soportar sus sufrimientos, el alimento para retomar el camino después de cada desaliento, la energía interior para confirmar la elección de fidelidad”^[78].

En la biografía de san Josemaría son importantes, ya en su adolescencia en Logroño, los largos tiempos que pasaba en oración, por las tardes, junto al sagrario de La Redonda. Al encontrarnos ahora en Zaragoza, es imposible no recordar las noches que pasó en oración en una de las tribunas que se asomaban sobre el presbiterio de la iglesia del Seminario de San Carlos. Mantuvo esa misma devoción a lo largo de los años, y es conocido el modo en que promovió el culto eucarístico, en momentos en que en muchos sitios se ponía en duda la fe de la Iglesia.

En uno de sus viajes a América, recomendaba a los sacerdotes que hicieran mucha compañía al Santísimo Sacramento. Quería que en todos aumentase la piedad eucarística, y les hacía notar que “sin hacerlo porque os vean las personas de vuestra iglesia, los feligreses de vuestra parroquia, no os ha de importar que os vean. Si estáis pendientes del Señor, y la gente conoce vuestro amor, os preguntará los motivos; y podéis hablar entonces de ese enamoramiento que os tiene que llenar toda la vida”^[79].

Como se desprende de estas sencillas palabras, la correspondencia del sacerdote al don eucarístico, como centro de su vida espiritual, se desborda en la acción guiada por la caridad pastoral.

Eucaristía y caridad pastoral

La caridad pastoral lleva a que el sacerdote sea servidor de todos. En una de sus cartas, san Josemaría escribía que los sacerdotes, “siguiendo el ejemplo del Señor —que no vino a ser servido sino a servir: *non veni ministrari, sed ministrare* (Mt 20,28)—, hemos de saber poner nuestros corazones en el suelo, para que los demás pisen blando”^[80]. Esta actitud no nace de una mera decisión ética, sino que tiene su fuente en la relación personal con Dios, con ese Dios que se abaja y se entrega hasta el punto de hacerse alimento de su criatura en la Eucaristía.

a) Una existencia eucarística

La fuerza espiritual para vivir la propia vida como una entrega a los demás surge eminentemente de la unión con el mismo Jesucristo en el sacrificio eucarístico^[81]. En él se hace sacramentalmente presente el sacrificio de la Cruz, don total de Cristo a su Iglesia, como testimonio supremo de su ser Cabeza y Pastor, Siervo y Esposo. De este modo, la Eucaristía es *raíz y centro* también de la dimensión pastoral de la vida del presbítero. En palabras de san Juan Pablo II: “la caridad pastoral del sacerdote no sólo fluye de la Eucaristía, sino que encuentra su más alta realización en su celebración, así como también recibe de ella la gracia y la responsabilidad de impregnar de manera *sacrificial* toda su existencia”^[82].

Dicho de otro modo, el sacerdote está llamado a vivir una *existencia eucarística*, esto es, una vida a imagen del sacrificio de Cristo que celebra en la santa Misa. El papa Francisco lo explicaba en el Jubileo de los Sacerdotes del año 2016: “en la celebración eucarística encontramos cada día nuestra identidad de pastores. Cada vez podemos hacer verdaderamente nuestras las palabras de Jesús: «*Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros*». Este es el sentido de nuestra vida, son las palabras con las que, en cierto modo, podemos renovar cotidianamente las promesas de nuestra ordenación”^[83].

En última instancia, la caridad pastoral, que se confiere al sacerdote en el sacramento del Orden, es un don que se actualiza en cada Eucaristía y que debe traducirse en el día a día en una conducta correspondiente.

b) Corresponder al don recibido, conformarse con ese don

Al celebrar la Eucaristía, es preciso procurar identificarse con la entrega de Cristo, encarnándola en la propia vida. San Josemaría lo explicaba de modo gráfico en una de sus homilías: “El que no labra el terreno de Dios, el que no es fiel a la misión divina de entregarse a los demás, ayudándoles a conocer a Cristo, difícilmente logrará entender lo que es el Pan eucarístico. Nadie estima lo que no le ha costado esfuerzo”^[84].

Luego desarrollaba esa idea sirviéndose de una imagen de la Escritura, y poniendo el acento en la identificación con Jesucristo: “Para apreciar y amar la Sagrada Eucaristía, es preciso recorrer el camino de Jesús: ser trigo, morir para nosotros mismos, resurgir llenos de vida y dar fruto abundante: ¡el ciento por uno! Ese camino se resume en una única palabra: amar. Amar es tener el corazón grande, sentir las preocupaciones de los que nos rodean, saber perdonar y comprender: sacrificarse, con Jesucristo, por las almas todas”^[85].

Y concluía san Josemaría: “Para amar de ese modo, es preciso que cada uno extirpe, de su propia vida, todo lo que estorba la Vida de Cristo en nosotros: el apego a nuestra comodidad, la tentación del egoísmo, la tendencia al lucimiento propio. Sólo reproduciendo en nosotros esa Vida de Cristo, podremos transmitirla a los demás; sólo experimentando la muerte del grano de trigo, podremos trabajar en las entrañas de la tierra, transformarla desde dentro, hacerla fecunda”^[86].

Si la Eucaristía es para el sacerdote el lugar “central y radical” de su identificación con Cristo y con su don salvífico, la caridad pastoral le llevará necesariamente a conducir a los fieles a esta misma fuente de vida, en la que está también el ejercicio principal del sacerdocio común de los fieles. Eso lo puede hacer el sacerdote no sólo con su predicación, sino también “viviendo” él mismo la Misa con esta fe: celebra la Eucaristía por la Iglesia y en presencia de la Iglesia —incluso aunque el pueblo no participe— y también por eso su vida está llamada a imitar el sacrificio de Cristo, quien “amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella” (*Ef* 5,25).

En definitiva, el ministro no puede limitarse a ser un canal inerte por el que pasan la palabra y los sacramentos de la Iglesia: debe adaptar su vida al carácter sacramental que ha recibido, que lo conforma con Cristo, orientando toda su existencia hacia esa entrega plena que encuentra su centro y raíz en la celebración de la Eucaristía en beneficio de toda la Iglesia. “Un sacerdote —explica san Josemaría— que vive de este modo la Santa Misa -adorando, expiando, impetrando, dando gracias, identificándose con Cristo- y que enseña a los demás a hacer del Sacrificio del Altar el centro y la raíz de la vida del cristiano, demostrará realmente la grandeza incomparable de su vocación, ese carácter con el que está sellado, que no perderá por toda la eternidad”^[87].

Cuanto más se comprende la lógica de la Cruz presente en la santa Misa, tanto más se vive el ministerio como don total de sí mismo. Refiriéndose a la gracia propia de la plenitud del sacerdocio, el *Catecismo de la Iglesia Católica* afirma: “Esta gracia le impulsa a anunciar el Evangelio a todos, a ser modelo de su rebaño, a precederlo en el camino de la santificación identificándose en la Eucaristía con Cristo Sacerdote y Víctima, sin miedo a dar la vida por sus ovejas”^[88].

c) Vivir para los hermanos, vivir para la Iglesia

Los sacerdotes —imitando aquello de lo que se ocupan: la entrega total de Cristo— obtienen de la Eucaristía la fuerza espiritual necesaria para sacrificarse gozosamente al servicio de sus hermanos, especialmente por quienes más lo necesitan, por aquellos que son “descartados” por el mundo.

En efecto, la existencia eucarística del sacerdote se expresa en mil detalles de atención y cuidado. Especialmente se manifiesta en la misericordia con la que acoge a quienes acuden a la Iglesia buscando la reconciliación, y en el amor con el que va en busca de quienes no conocen a Cristo o se han alejado de él. A través de todos los aspectos de su ministerio, prepara y guía a todas las personas hacia el encuentro con Jesús en la Eucaristía, consciente de la necesidad que todos tenemos de un encuentro personal con Jesucristo.

Finalmente, conviene considerar que la centralidad y radicalidad de la Eucaristía en el ministerio del presbítero, como don y como tarea, tiene una dimensión eclesial evidente y esencial, ya que “la Eucaristía, en la que el Señor nos entrega su Cuerpo y nos transforma en un solo Cuerpo, es el lugar donde permanentemente la Iglesia se expresa en su forma más esencial: presente en todas partes y, sin embargo, sólo *una*, así como *uno* es Cristo”^[89].

La doble dimensión universal y particular de la Iglesia se proyecta también sobre el ministerio sacerdotal, y es principalmente en la Eucaristía donde el sacerdote puede y debe sentir solicitud por toda la Iglesia y, con la Iglesia y en la Iglesia, solicitud por todo el mundo. En este sentido, el sacerdote en el altar, como Cristo en el Gólgota, carga sobre sí el peso de las necesidades, de las dificultades, de los sufrimientos de toda la humanidad^[90]. El papa Francisco se refería a esta misma idea: “El sacerdote celebra cargando sobre sus hombros al pueblo que se le ha confiado y llevando sus nombres grabados en el corazón. Al revestirnos con nuestra humilde casulla, puede hacernos bien sentir sobre los hombros y en el corazón el peso y el rostro de nuestro pueblo fiel, de nuestros santos y de nuestros

mártires, que en este tiempo son tantos”^[91]. El Sacrificio eucarístico no sólo es un gran bien para el sacerdote, sino que constituye su ministerio principal para el bien de todos^[92].

Conclusión

El sumo sacerdote es sólo Cristo, que con el Sacrificio de la Cruz da vida a la comunidad de los fieles y asegura su presencia vivificante a toda la Iglesia en la celebración eucarística. En la Eucaristía, el Señor reúne visiblemente a su Pueblo sacerdotal, destinado a alabar a Dios, ejerciendo el sacerdocio bautismal.

Cristo, como Cabeza de la Iglesia, se hace presente en ella a través de sus ministros; de aquellos que, en virtud del sacramento del Orden, son constituidos instrumentos suyos para el bien de todo el Pueblo de Dios. La Iglesia, una vez engendrada por la acción del Espíritu Santo, mediante la predicación, el Bautismo y la celebración del santo Sacrificio, sigue viviendo, se expande y se difunde gracias a la fuerza de la Eucaristía, que es el acto supremo de culto y la fuente principal de salvación, de la entrega de Dios a nosotros.

“Así se entiende —dice san Josemaría— que la Misa sea el centro y la raíz de la vida espiritual del cristiano. Es el fin de todos los sacramentos. En la Misa se encamina hacia su plenitud la vida de la gracia, que fue depositada en nosotros por el Bautismo, y que crece, fortalecida por la Confirmación”^[93].

No querría terminar estas consideraciones sin una referencia a la Santísima Virgen. En el artículo que san Josemaría escribió en 1974 sobre la Virgen del Pilar, se lee: “Para mí, la primera devoción mariana —me gusta verlo así— es la Santa Misa”.

Y enseguida explicaba el modo en que él veía la presencia de María en el santo sacrificio: “Cada día, al bajar Cristo a las manos del sacerdote, se renueva su presencia real entre nosotros con su Cuerpo, con su Sangre, con su Alma y con su Divinidad: el mismo Cuerpo y la

misma Sangre que tomó de las entrañas de María. En el Sacrificio del Altar la participación de Nuestra Señora nos evoca el silencioso recato con que acompañó la vida de su Hijo, cuando andaba por la tierra de Palestina. (...) En ese insondable misterio, se advierte como entre velos, el rostro purísimo de María, Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa de Dios Espíritu Santo”^[94].

Por eso, concluía: “El trato con Jesús, en el Sacrificio del Altar, trae consigo necesariamente el trato con María, su Madre. Quien encuentra a Jesús, encuentra también a la Virgen sin mancha”^[95].

[Volver al contenido](#)

Conferencia “Santificar el trabajo, transformar el mundo: un liderazgo con sentido cristiano” (30-VI-2025)

50.º aniversario del IESE, Madrid, España

Es para mí un placer y un orgullo estar con vosotros con ocasión del 50 aniversario de las actividades del IESE en Madrid, motivo de profunda alegría viendo el desarrollo de una iniciativa de formación que ha ayudado a muchas personas a crecer en profesionalidad y a descubrir el sentido profundo (humano, social, cristiano) del trabajo, realidad muy querida por san Josemaría y central en sus enseñanzas. Precisamente, en esta intervención, me centraré principalmente en algunos textos suyos.

Habéis construido una de las escuelas de dirección de empresas más prestigiosas del mundo, así que, juzgando por los resultados externos, habéis hecho un buen trabajo. Os quería animar para que, junto con vuestros éxitos externos avalados por los *rankings* de escuelas de dirección de empresas más relevantes, apuntarais también con denuedo hacia otros éxitos internos que aún tienen más valor para cada uno de vosotros desde la perspectiva de Dios. Esos éxitos internos, que son compatibles con éxitos y fracasos desde el punto de vista de negocio, son fruto del trabajo bien hecho, por amor.

Para esos éxitos internos importa no solo qué hacemos y con qué resultados, sino también cómo trabajamos y por qué. Es así, a través de esos éxitos internos, como el impacto de esta escuela llegará aún más lejos.

Realidad y valor humano del trabajo

Como decía san Josemaría: “El trabajo, todo trabajo, es testimonio de la dignidad del hombre, de su dominio sobre la creación. Es ocasión de desarrollo de la propia personalidad. Es vínculo de unión con los demás seres, fuente de recursos para sostener a la propia familia; medio de contribuir a la mejora de la sociedad, en la que se vive, y al progreso de toda la Humanidad”^[96].

San Josemaría habla aquí del porqué del trabajo en general. Para vosotros, el porqué de vuestro trabajo se refleja en la misión del IESE: Formáis a líderes que aspiran a tener un impacto profundo, positivo y duradero sobre las personas, las empresas y la sociedad a través de la excelencia profesional, la integridad y el espíritu de servicio.

Verdaderamente, si cumplís bien ese propósito tan inspirador, llegareis al corazón mismo de la sociedad. Mejoraréis el mundo desde dentro. Pues ese propósito tan noble que perseguís se puede vivir en todas vuestras actividades, no solo aquellas con mayor valor estratégico que tomáis en el IESE desde la alta dirección. Todo trabajo puede tener un gran valor desde el punto de vista interior.

Ya en el mismo orden natural, “la dignidad del trabajo depende no tanto de lo que se hace, cuanto de quien lo ejecuta que, en el caso del hombre, es un ser espiritual, inteligente y libre”^[97].

Es decir, la dignidad natural del trabajo radica, pues, en la dignidad espiritual de la persona humana, y será mayor o menor en función de la mayor o menor calidad o bondad que ese trabajo tenga en cuanto acción espiritual. Esta calidad o bondad depende esencialmente de la libertad: del amor —no como pasión o sentimiento, sino como *dilectio* o amor electivo del fin— en cuanto acto propio de la libertad^[98].

Como explicaba Juan Antonio Pérez López, se trata de fomentar en nosotros y en las personas que formamos los motivos transcendentales: el interés por servir bien a los clientes, la conexión

humana con las personas, el compromiso con el propósito de la empresa en que se trabaje. Eso es en buena parte lo que nos estimula para servir más y mejor. Y eso se puede hacer a la vez que se consiguen también los resultados estratégicos que las empresas necesitan y que las personas oportunas desarrollan las competencias requeridas.

También en este contexto resultan muy iluminantes, y ciertamente exigentes, las siguientes palabras de san Josemaría: “Conviene no olvidar, por tanto, que esta dignidad del trabajo está fundada en el Amor. El gran privilegio del hombre es poder amar, trascendiendo así lo efímero y lo transitorio. Puede amar a las otras criaturas, decir un tú y un yo llenos de sentido. Y puede amar a Dios, que nos abre las puertas del cielo, que nos constituye miembros de su familia, que nos autoriza a hablarle también de tú a Tú, cara a cara”^[99].

Me llegó hace poco una historia inspiradora que salió hace muchos años en la revista *Forbes* y que ilustra esa conexión humana, ese amor manifestado a través del trabajo. Lo escribió una enfermera de urgencias en un hospital americano que fue testigo de un asombroso acto de liderazgo:

“Eran las 10:30 p. m. aproximadamente. La habitación estaba hecha un desastre. Estaba terminando de trabajar en el historial antes de irme a casa. El médico con el que me encantaba trabajar estaba formando a un nuevo médico, que había hecho un trabajo muy respetable y competente, diciéndole lo que había hecho bien y lo que podría haber hecho de manera diferente. Luego puso su mano sobre el hombro del joven médico y dijo: «Cuando terminaste, ¿viste al joven de limpieza que entró a limpiar la habitación?» El joven le miraba sin entender. El médico mayor dijo: «Se llama Carlos. Lleva aquí tres años. Hace un trabajo fabuloso. Cuando entra, limpia la habitación tan rápido que tú y yo podemos atender a nuestros próximos pacientes rápidamente. Su esposa se llama María. Tienen cuatro hijos». Luego nombró a cada uno de los cuatro niños y dio la

edad de cada uno. El médico mayor continuó diciendo: «Vive en una casa alquilada a unas tres cuerdas de aquí, en Santa Ana. Han venido de México hace cinco años. Su nombre es Carlos», repitió. Luego dijo: «La semana que viene me gustaría que me cuentes algo sobre Carlos que no sepa ya. ¿De acuerdo? Ahora, vamos a ver cómo están el resto de los pacientes»”.

La enfermera quedó sorprendida: “Recuerdo estar allí de pie escribiendo mis notas de enfermería, atónita, y pensar: Acabo de presenciar un liderazgo impresionante”.

A veces se puede perder de vista ese tono humano cuando pensamos en el trabajo desde la perspectiva de competir con otras empresas para conseguir más beneficios en vez de pensar en servir a las personas con atención y cuidado, con amor. Naturalmente, las empresas tampoco pueden perder de vista la estrategia ni el beneficio, que es señal de un servicio de calidad prestado de manera responsable y eficiente. Pero tan importante como los resultados económicos, o más, es servir con amor al trabajo y con amor a las personas.

Su valor sobrenatural: la santificación del trabajo

“Para un cristiano, esas perspectivas se alargan y se amplían. Porque el trabajo aparece como participación en la obra creadora de Dios, que, al crear al hombre, lo bendijo diciéndole: «Procread y multiplicaos y henchid la tierra y sojuzgadla, y dominad en los peces del mar, y en las aves del cielo, y en todo animal que se mueve sobre la tierra» (Gn 1,28). Porque, además, al haber sido asumido por Cristo, el trabajo se nos presenta como realidad redimida y redentora: no solo es el ámbito en el que el hombre vive, sino medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora”^[100].

¿Qué quiere decir eso de santificar el trabajo?

Consideremos dos aspectos fundamentales esencialmente unidos entre sí, y en los que el fundador del Opus Dei insistió en innumerables ocasiones.

En primer lugar, resulta patente que la dimensión sobrenatural del trabajo no es algo yuxtapuesto a su dimensión humana natural: el orden de la Redención no añade algo extraño a lo que el trabajo es en sí mismo en el orden de la Creación; es la misma realidad del trabajo humano la que es elevada al orden de la gracia; santificar el trabajo no es “hacer algo santo” mientras se trabaja (como esparcir gotas de agua bendita sobre el escritorio), sino precisamente hacer santo el trabajo mismo. El segundo aspecto, inseparable y, en cierto modo, consecuencia del anterior, es que el trabajo santificado es santificador: el hombre no solo puede y debe santificarse y cooperar a la santificación de los demás y del mundo mientras trabaja, sino precisamente mediante su trabajo, haciéndolo humanamente bien, sirviendo a las personas por amor a Dios.

Este espíritu cristiano en la realización del trabajo ha de preparar el mundo a reconocer mejor a Dios y así también contribuir a la sostenibilidad, a la paz, a la justicia social. “Es necesario —recuerda León XIV— esforzarse por remediar las desigualdades globales, que trazan surcos profundos de opulencia e indigencia entre continentes, países e incluso dentro de las mismas sociedades”^[101].

Y, como explicaba san Josemaría, hay una necesaria relación entre la santificación del trabajo profesional y la reconciliación del mundo con Dios: “Unir el trabajo profesional con la lucha ascética y con la contemplación —cosa que puede parecer imposible, pero que es necesaria, para contribuir a reconciliar el mundo con Dios—, y convertir ese trabajo ordinario en instrumento de santificación personal y de apostolado. ¿No es este un ideal noble y grande, por el que vale la pena dar la vida?”^[102].

Podemos vivir ese ideal noble y grande en el trabajo, sea cual sea; tener siempre esta perspectiva de servir a la sociedad, “*A world to change*”, como decís en vuestra publicidad. Me gusta ver que en vuestro propósito habláis de un liderazgo que sea bueno para las personas, las empresas y también para la sociedad. Desde las empresas se puede hacer mucho bien a la sociedad, aunque también es cierto que no todo lo que la sociedad necesita se puede conseguir a través de las empresas, ya que estas están limitadas por la necesidad de ofrecer un servicio concreto y de generar beneficios, lo cual es parte de su fin. También hacen falta estados, comunidades, y familias responsables. En vuestra formación, por tanto, esforzaos por llegar a la persona en su totalidad, también en su dimensión espiritual para que, desde esas personas bien formadas, contribuyamos a servir a la sociedad, también en su dimensión espiritual. Esto es fruto de la santificación de vuestro trabajo bien hecho por amor.

Para transformar el mundo tenemos que empezar por nosotros mismos y dejar espacio a Dios en nuestras vidas. El trabajo es uno de los espacios en los que Dios quiere estar presente en nuestras vidas y motivaciones. Hay unas conocidas palabras del Fundador del Opus Dei que encierran una brevísima y esencial delimitación del concepto de santificación del trabajo, en forma de consejo práctico: “Pon un motivo sobrenatural a tu ordinaria labor profesional, y habrás santificado el trabajo”^[103]. No se trata de hacer cosas distintas, como trabajar en entidades benéficas sin ánimo de lucro, sino de hacer las mismas cosas de siempre de manera distinta, con un motivo sobrenatural que nos estimula a poner más esfuerzo y más amor.

Es decir, la actividad de trabajar se hace santa cuando se realiza por un motivo sobrenatural. Pero no ha de entenderse esta afirmación como una especie de “moral de las solas intenciones”; no se trata, en términos clásicos, de dar la primacía al *finis operantis* como independiente del *finis operis*, que quedaría privado de su propia

relevancia. El *finis operantis* es la motivación del que trabaja, que puede estar movida por motivos de diversa índole. El *finis operis* es lo que se trata de conseguir con la actividad, que puede ser servir al cliente, terminar un informe, conseguir una meta. Para servir efectivamente con nuestro trabajo no es suficiente tener buenas intenciones, sino llegar a los hechos concretos. “Para servir, servir”, como decía san Josemaría.

El orden sobrenatural asume y eleva esta realidad humana, de modo que el trabajo es santo si “nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor” y si este amor es aquella “caridad de Dios que ha sido derramada en nuestros corazones, por el Espíritu Santo que nos ha sido dado”^[104]. Cuando vivimos esa unidad de vida de la que tanto hablaba san Josemaría, esa caridad de Dios se derrama por todas las actividades de nuestro trabajo: informes, llamadas, detalles pequeños terminados con amor. El *finis operantis* penetra e informa desde dentro el *finis operis* y todo nuestro actuar.

El trabajo es santo, se santifica, cuando está imperado e informado por el Amor a Dios y a los demás por Dios. Esta es la sustancia de aquel “motivo sobrenatural” que basta poner al trabajo para santificarlo; y se entiende aún mejor que esa “intención” tiende *per se* a la perfección humana del trabajo mismo: “No podemos ofrecer al Señor algo que, dentro de las pobres limitaciones humanas, no sea perfecto, sin tacha, efectuado atentamente también en los mínimos detalles: Dios no acepta las chapuzas. «No presentaréis nada defectuoso», nos amonesta la Escritura Santa, «pues no sería digno de Él» (*Lv* 22,20). Por eso, el trabajo de cada uno, esa labor que ocupa nuestras jornadas y energías, ha de ser una ofrenda digna para el Creador, *operatio Dei*, trabajo de Dios y para Dios: en una palabra, un quehacer cumplido, impecable”^[105].

Pero no hay que confundir trabajar con perfección con el perfeccionismo que puede salir del orgullo y de la falta de orden. Hemos de trabajar bien, dentro de lo razonable, sabiendo que

tenemos muchas ocupaciones que reclaman nuestra atención, a las cuales también tenemos que llevar el amor de Dios.

El trabajo santificado no es solo trabajo por Dios y para Dios, sino que es, a la vez y necesariamente, trabajo de Dios, porque es Dios quien santifica; Él es quien ama primero y hace posible nuestro amor por medio del Espíritu Santo, de quien nuestra caridad es una participación.

Para que Dios trabaje en nosotros y a través de nuestro trabajo (para que nuestro trabajo sea *opus Dei*) hace falta abrirle a Dios espacios en nuestro día, espacios de oración y escucha —en casa, en el despacho, en la calle, en la iglesia—, para conseguir esa unidad con Dios que permite que Dios entre en todo nuestro actuar.

Santificar el trabajo, en sentido objetivo, externo, estructural (por ejemplo, las finanzas o la contabilidad), es inseparable no solo de santificar con el trabajo (en el día a día, a través del esfuerzo concreto por conseguir unas metas específicas y servir a ciertas personas), sino también de santificarse en el trabajo (creciendo en amor), que es la consecuencia necesaria e inmediata de santificar el trabajo en su aspecto subjetivo (en cuanto acción de la persona).

Ciertamente, un trabajo subjetivo no santificado puede cooperar a la santificación del mundo, en la medida en que contribuya al establecimiento de unas estructuras sociales, económicas, etc., naturalmente eficaces y justas, lo cual es parte imprescindible de la ordenación según Dios de esas estructuras. Pensad aquí por ejemplo en los Objetivos de Desarrollo Sostenible de las Naciones Unidas. Sin embargo, solo un trabajo subjetivo santificado y, por tanto, santificante de quien lo realiza, coopera necesariamente no solo a configurar un mundo justo, sino también a informarlo con la caridad de Cristo, a santificarlo. Naturalmente, esta santificación del mundo desde dentro requiere no una sino muchas personas que santifiquen su trabajo y se santifiquen en su trabajo en todas las profesiones.

San Josemaria lo afirmaba también con la expresión “se han abierto los caminos divinos de la tierra”. Hacen falta muchos y muchas que quieran caminar esos caminos para elevar al mundo desde dentro, no a través de campañas organizadas y posiblemente ideológicas, que pueden ser polarizadoras, sino a través del crecimiento interior de cada uno en su propio sitio, abierto a las personas de su alrededor y acogiendo así la gracia de Dios que quiere derramar fe, esperanza y caridad alrededor nuestro.

La peculiar relevancia del trabajo directivo

Tenéis por delante un gran propósito, el de educar líderes de empresas que crearán el contexto en el que muchos otros trabajen y se desarrollen como personas mediante su trabajo. Es una gran tarea preparar a personas con tanta responsabilidad.

Muchas veces no tendrán recetas claras sobre cómo interpretar un problema o resolver una situación. En general, el trabajo directivo comporta un conjunto de actividades, como prever, organizar, coordinar y controlar el desarrollo y los resultados de la actividad de una organización. Ante una realidad tan compleja y variable, se entiende que, a la hora de teorizar sobre la naturaleza o de analizar la práctica del trabajo directivo, surjan interpretaciones más o menos diversas^[106]. Por eso, la formación de un directivo no requiere solo memorizar principios o recolectar herramientas de marketing, finanzas, estrategia o contabilidad, sino llegar a un entendimiento prudencial que normalmente se adquiere con una experiencia bien asimilada.

La responsabilidad de un directivo exige ejercitar la prudencia, que es la virtud más propia del trabajo directivo. Me viene a la memoria una conocida afirmación de santo Tomás de Aquino: “Que los sabios nos enseñen, que los santos recen por nosotros, que los prudentes nos gobiernen”. A través de vuestras sesiones, a través del método

del caso, vuestros alumnos aprenden a ejercitar la prudencia, a hacerse las preguntas clave, a profundizar en los argumentos, a entender los puntos de vista de otros sin prejuicios, y a cambiar de opinión. En su expresión más general, la acción prudente requiere un suficiente conocimiento del pasado (los precedentes de los asuntos), la atención a las circunstancias que delimitan el asunto presente, y la previsión de efectos futuros de las posibles decisiones.

“La prudencia, además de ser el hábito perfectivo de este tipo de actividad (*praxis*), es la única virtud intelectual cuyo objeto es moral, es decir, actúa como una especie de ‘puente’ entre ambas dimensiones que permite conciliar el pensamiento con la acción. En cuanto hábito moral, perfecciona intrínsecamente al agente, es decir, (...) la clase de persona en la que uno se convierte dirigiendo”[\[107\]](#). Ejercitando la prudencia a la hora de dirigir, los participantes de vuestros programas crecerán como personas moral e intelectualmente y serán capaces de crear entornos en los que otras personas crezcan, y contribuyan así a mejorar la sociedad.

Otras características de un buen trabajo directivo me parece que son la apertura y la flexibilidad.

Apertura de mente, para aprender de la experiencia y del estudio. Apertura para entender los cambios que se requieren en los nuevos tiempos. Apertura para acoger y valorar sugerencias o explicaciones de otros, sin prisas ni admitir prejuicios. Saber escuchar. Apertura para no cortar iniciativas arbitrariamente, sino promoverlas y encauzarlas. Apertura para captar y aceptar oportunidades de cambios; en particular, apertura mental para cambiar de opinión: como decía san Josemaría, “no somos como los ríos que no se pueden volver atrás”. En fin, apertura de corazón, para comprender y querer a los demás. Esa apertura nos lleva a aceptar a los otros como son, sin juzgar y sin dejarse llevar por prejuicios, a la vez que les podemos desafiar a ser mejores. Consiste en ser puente también para personas que piensan distinto. Se puede trabajar muy bien con

personas con otra fe o sin fe, y que siguen estilos de vida que os pueden chocar, personas que tienen siempre, o casi siempre, un fondo bueno sobre el que se puede construir una amistad y un proyecto común dentro de la empresa.

Por lo que se refiere a la flexibilidad, es obvio que se opone a la rigidez, pero que no se opone a la fortaleza. Se trata de la capacidad de aceptar y decidir excepciones necesarias o convenientes. En este contexto, me parece interesante mencionar también la importancia de fomentar la libertad interior de los colaboradores de todos los niveles profesionales, dando la razón de lo que se manda. Se trata de que quieran hacer su trabajo bien para servir mejor. En este mismo sentido, un buen trabajo directivo evita un excesivo control y un excesivo detalle a la hora de encargar algo. El *micromanagement* como manera de dirigir crea marionetas, no personas maduras con criterio propio.

También cabe mencionar la importancia de saber delegar atendiendo a las circunstancias de las personas y de los ambientes. Me viene a la memoria lo que escribe san Josemaría, en un contexto más amplio: “No se pueden emplear con todos los mismos medios. También en esto es necesario imitar el comportamiento de las madres: su justicia es tratar de modo desigual a los hijos desiguales”^[108]. Algunos, los más jóvenes, necesitan seguimiento y retroalimentación para adquirir cuanto antes la experiencia que necesitan para hacer su trabajo bien. Otros, más maduros, necesitan de *coaching* a través del cual vayan aprendiendo a tomar decisiones propias. Y llega un momento en el que pueden trabajar sin seguimiento alguno porque el directivo puede delegar en ellos con confianza plena y sin preocupaciones. Pero unos y otros necesitan la confianza, cercanía y amistad de sus directivos.

La actividad directiva exige de ordinario encauzar hacia una común finalidad elementos y acciones en sí mismos diversos. Es necesaria, entonces, una suficiente capacidad de síntesis, que, manteniendo la

atención que distingue los diversos elementos del asunto, los consigue unir en una común dimensión final. Aquí entra lo que muchos denominan el propósito de la empresa, que incluye prestar atención a sus muchos *stakeholders* para que la actividad directiva a la vez unifique los esfuerzos de todos.

La peculiar relevancia del trabajo directivo radica, como es obvio, en que de ese trabajo depende en buena parte la eficacia del trabajo de otras personas, su crecimiento personal a través del trabajo, y la cultura y tono de la empresa. De ahí un peculiar aspecto de la responsabilidad de los directivos. La posición de directivo no es un privilegio sino un servicio y una responsabilidad que consiste en crear un contexto efectivo para el trabajo de otros. Por tanto, un directivo ha de fomentar la disposición interior que empuja a acometer decididamente los propios deberes. Educáis a esos directivos no solo a través de las clases y los trabajos en equipo, sino también creando un tono de trabajo bien hecho —los jardines bien cuidados, las pizarras limpias, las clases bien preparadas con cierres impactantes y claros— y de alegría y cercanía humana, de cuidado de las personas. En fin, ese tono de amistad en el que todos se dan cuenta de que realmente importan, que se les quiere, explica la apertura y alegría que se ven en vuestra escuela y en las reuniones de antiguos alumnos.

[Volver al contenido](#)

ARTÍCULOS Y ENTREVISTAS

El Debate, España (22-VI-2024)

—¿Qué se mantiene y qué ha cambiado en la Obra durante todo este tiempo?

—En el Opus Dei hay un espíritu de fondo, un mensaje significativo sobre la santidad en medio del mundo, que no ha cambiado: es el núcleo inmutable que le da sentido, porque, como sucede en las instituciones, si el Opus Dei existe es precisamente para conservar y difundir en el tiempo un determinado mensaje. Al mismo tiempo, ya el fundador, san Josemaría, teniendo clara la necesidad de mantener intacto ese espíritu decía que, con el tiempo, las formas pueden y deben cambiar. En cien años, la sociedad y la Iglesia han evolucionado mucho, y el Opus Dei también, pues es parte de la Iglesia y de la sociedad.

Las transformaciones que han implicado fenómenos como la globalización, la conquista femenina del espacio público, las nuevas dinámicas familiares, etc., encuentran reflejo en el Opus Dei como institución y en la vida real de sus miembros. Saber cambiar —modelando cualquier cambio desde lo esencial— es un requisito para poder seguir siendo fieles a una misión.

*—¿Cómo afectan al Opus Dei las nuevas disposiciones papales?
¿Inciden en el día a día de la institución?*

—Lo jurídico y lo vital son ámbitos que van unidos y que, al mismo tiempo, tienen sus distinciones. En el día a día de los laicos, que están inmersos en los asuntos de este mundo, las nuevas disposiciones no modifican el modo de vivir su vocación a la Obra. Por lo que se refiere al Opus Dei en cuanto institución, estamos trabajando con el Dicasterio del Clero para realizar las adecuaciones

a los estatutos, tal como lo ha pedido el Santo Padre en el motu proprio *Ad charisma tuendum*. Como estamos todavía en el proceso de estudio de dichas adecuaciones, no le puedo adelantar el resultado. Sí le puedo asegurar que, en el desarrollo de estos trabajos, se ha establecido un clima de diálogo y de confianza, propio de la Iglesia en cuanto familia de Dios.

—¿No se clericaliza una institución de la Iglesia cuya razón de ser son los laicos? ¿Hasta qué punto esas medidas pueden afectar al objetivo de los laicos de ser santos en medio del mundo?

—El mensaje del Opus Dei se dirige principalmente a los laicos y laicas, hombres y mujeres en medio del mundo, que son desde el principio la inmensa mayoría dentro de la Obra, y su razón de ser.

Del mismo modo que no se deberían absolutizar los carismas, tampoco hay que hacerlo con el derecho. Por eso el Opus Dei ha pasado por diversas soluciones institucionales para encontrar la fórmula más adecuada en la que se integre, por un lado, la custodia del carisma y, por otro, una figura jurídica que le dé un lugar en la Iglesia y refleje su naturaleza sin encorsetarla ni ahogarla.

—¿Buscará el Opus Dei del siglo XXI un nuevo molde jurídico, en lugar de la prelatura personal, que se adapte mejor a las nuevas formas de vida cristiana?

—La figura jurídica de prelatura personal se adaptó muy bien al espíritu del Opus Dei y a sus apostolados. Como le comentaba anteriormente, nos encontramos en pleno diálogo con la Santa Sede para la adecuación de los estatutos. Como comprenderá, no sería prudente que me refiriera a un posible nuevo molde jurídico antes de terminar el proceso en el que estamos trabajando desde hace casi dos años.

La elasticidad del derecho canónico puede ayudar a combinar el deseo de la Santa Sede y de la Obra misma de empujar la misión de

la Iglesia en un mundo cambiante, encontrando soluciones adecuadas sin quiebras institucionales.

—Camino del centenario, cuando el Opus Dei cuenta con obispos y arzobispos en todo el mundo, ¿no sería adecuado que el prelado sea también obispo?

—Si me permite la aclaración, hay que tener en cuenta que los pocos obispos y arzobispos que proceden del Opus Dei en el mundo, lo son de las propias iglesias particulares y, por tanto, responden solo al Papa, no tienen ningún otro superior.

Pienso que el hecho de que el beato Álvaro y monseñor Javier Echevarría recibieran la consagración episcopal fue muy bueno para reforzar la comunión eclesial durante esos años, de 1991 a 2016. Actualmente, la cuestión estriba en seguir fielmente las disposiciones del Santo Padre, más que en detenerse en que sea más o menos adecuado.

—¿Por qué una parte de la jerarquía eclesiástica ha visto al Opus Dei como un movimiento rival o una iglesia paralela cuando los fieles de la Obra lo son también de las diócesis territoriales?

—Percibo, en general, aprecio por parte de la jerarquía y las demás instituciones de la Iglesia. Las personas de la Obra somos conscientes de navegar en la misma barca de la Iglesia, en la que conviven espiritualidades y sensibilidades distintas. Todos tienen su lugar en esa barca y cada uno aporta el carisma recibido de Dios y confirmado por la autoridad eclesial. Resaltaría más bien la relación fraterna entre instituciones y la aspiración a una verdadera comunión eclesial, en primer lugar con el Santo Padre.

Si ha habido recelos con alguna institución de la Iglesia, quizás se deba a las relaciones humanas imperfectas, que deberíamos intentar resolver día a día, con normalidad. A veces, los malentendidos también proceden de la comprensible dificultad histórica de dar

espacio a nuevas realidades portadoras de una novedad que, al principio, puede resultar sorprendente. Me gusta pensar que son algo del pasado.

—¿Cuál es la situación actual del desarrollo del Opus Dei en el mundo? ¿Hay planes específicos de expansión de cara al centenario? ¿En qué países hallan más dificultades?

—Se podría decir que el desarrollo del Opus Dei transcurre como el del resto de la Iglesia en el mundo. La Obra en su conjunto ha crecido en los últimos años, pero eso no significa que crezca en todas partes o que lo haga de la misma manera.

Por ejemplo, la Obra crece en países como Nigeria, Estados Unidos o Brasil, mientras que su labor cuesta más en otros lugares, como en Europa y Asia. Los obstáculos externos provienen a veces de la secularización ambiental, de ciertos estilos de vida que dificultan formar familias duraderas o comprender el celibato o las vocaciones dedicadas al servicio y al cuidado. También hay obstáculos a los que todo cristiano en medio del mundo debe hacer frente, como el peligro de la mundanización. Como no existe un contexto de fe compartido, se requiere una especial finura de corazón para ser coherente con los propios compromisos familiares o vocacionales.

Desde el punto de vista geográfico, la diversidad cultural y religiosa es muy amplia. No es lo mismo encarnar una vocación cristiana en ciudades de mayoría musulmana como Mombasa (Kenia) o Surabaya (Indonesia), que en Lisboa o Varsovia. Como saben bien las personas de la Obra que viven en estos lugares, la siembra evangelizadora mira a un horizonte de decenios, como en China o Corea del Sur. En estos países, junto a las dificultades, se advierte también un fuerte dinamismo eclesial traducido en conversiones, bautizos de jóvenes y adultos, etc.

Por otra parte, la Obra se encuentra desde hace unos años en un momento de reestructuración de circunscripciones con el fin de

mejorar el gobierno y la acción apostólica. En todo caso, con independencia de las programaciones y reestructuraciones, es Dios mismo el que se abre paso en cualquier tipo de sociedad, tocando el corazón de las personas, porque solo Él es la respuesta a los anhelos y esperanzas del ser humano.

—El Opus Dei fue la primera organización católica que admitió como cooperadores a los no católicos. ¿Es, ante todo, un signo de ecumenismo?

—En 1950, cuando san Josemaría obtuvo de la Santa Sede autorización para admitir en el Opus Dei, como cooperadores, a hombres y mujeres no católicos, el movimiento ecuménico llevaba ya bastante tiempo en marcha, tanto dentro de la Iglesia católica como en el marco de las demás confesiones cristianas. Fue una manifestación más de ese impulso natural a la unión de todos los creyentes en Jesucristo. Desde entonces, ha habido muchos frutos de amistad y diálogo con personas de otras confesiones religiosas.

—¿Cómo deben actuar los cristianos ante el ambiente creciente de polarización política y social en tantas partes del mundo?

—En lo opinable, con mucha libertad. Como cristianos, con caridad y comprensión. Y como decía san Josemaría: “Siempre como sembradores de paz y alegría”, aunque a veces resulte difícil en ambientes encrespados y polarizados. Es importante querer y comprender a la gente, aunque a veces piensen distinto.

[Volver al contenido](#)

Avvenire, Italia (26-VI-2024)

—El Opus Dei está embarcado en un auténtico “viaje”, invitado por el Papa, para redescubrir la frescura y la fuerza de sus orígenes. En este viaje, ¿qué está saliendo a la luz?

—En todas las naciones donde el Opus Dei está presente tienen lugar las llamadas “asambleas regionales”, que se celebran cada 10 años. Son momentos preciosos de diálogo y reflexión. Se descubre el deseo de ir a lo esencial, al carisma, encontrando el modo de vivirlo y comunicarlo mejor en las circunstancias actuales. Por ejemplo, una cuestión que emerge de estas asambleas es el deseo de fundamentar cada vez más el trabajo apostólico de la Obra en la amistad sincera y en la transformación del corazón, antes que en estructuras, obras o actividades.

—El método que ha señalado para esta reflexión es una amplia consulta en la que están participando todos los miembros del Opus Dei y también otras personas que no forman parte de la Prelatura. ¿Nos puede explicar las razones por las que, en clave sinodal, se ha inclinado por esta opción?

—Como la Iglesia en su conjunto, el Opus Dei es familia, y cuando una familia tiene que tomar una decisión importante (retos o prioridades) se escucha a todos. Nos pusimos en contacto con la Secretaría del Sínodo, que nos animó a vivir las asambleas regionales de la Prelatura como un momento especial de escucha. Cada asamblea tuvo momentos de encuentro a nivel local, con grupos de discusión, cuestionarios, intercambios intergeneracionales. Este proceso fue simultáneo a la participación de muchos miembros del

Opus Dei en las fases diocesanas del Sínodo sobre la sinodalidad en sus respectivas diócesis.

—El Opus Dei se encamina también hacia el centenario de su fundación: ¿qué pasos están previstos y qué se espera de esta larga preparación?

—En los años que preceden al centenario, queremos interrogarnos sobre las necesidades y los desafíos de la Iglesia y del mundo. Queremos profundizar en nuestra identidad y estudiar cómo la Obra puede contribuir a la santificación de la vida ordinaria a través de su carisma. En este tiempo, por tanto, miraremos al conjunto de nuestro horizonte apostólico (la Iglesia y el mundo) y a la parte, hacia dentro (la Obra), con la esperanza de que ambas miradas converjan en un momento de gracia. Cuando pienso en el centenario del Opus Dei, me viene a la mente una oración que el beato Álvaro dirigía personalmente al Señor: “Gracias, perdón, ayúdame más”. En cierto sentido, en el momento actual todos deberíamos vivir esta aspiración.

—¿Cómo va la revisión de los estatutos?

—Como decía el Papa, se trata de que los ajustes preserven el carisma y la naturaleza del Opus Dei, sin encorsetarlo ni ahogarlo: por ejemplo, subrayando su carácter secular, y el hecho de que más del 98% de los miembros son laicos, hombres y mujeres que viven su vocación en la calle, en la familia, en el trabajo. Para ello, se están manteniendo una serie de reuniones entre representantes del Dicasterio del Clero y cuatro canonistas del Opus Dei, tres profesores y una profesora. Como estamos todavía en medio de este proceso, no puedo dar más detalles. Pero puedo asegurarle que los trabajos se están desarrollando en un clima de diálogo y confianza.

—La secularidad, tan característica del Opus Dei, con la idea central de la santificación del trabajo y de la vida cotidiana, es uno de los rasgos más importantes de la Iglesia en todo el postconcilio:

es como si el “tesoro” de la Obra se hubiera convertido en patrimonio de toda la catolicidad. Este rasgo, tan importante en su espíritu, ¿dice hoy algo nuevo al Opus Dei?

—Recuerdo que el día de la canonización de san Josemaría, un conocido dirigente sindical de Polonia dijo a los periodistas que, como representante de los trabajadores, se sentía de fiesta porque tenían un nuevo “santo patrón”. En realidad, la santificación del trabajo es un tesoro que Jesús nos mostró durante los treinta años de su vida oculta, trabajando y manteniendo así a su familia. San Josemaría lo recordaba con especial fuerza. Hoy, de todos modos, aunque este mensaje se haya convertido en patrimonio de toda la Iglesia, queda mucho todavía por hacer para redescubrir el papel fundamental de los laicos, su responsabilidad eclesial y sus infinitas posibilidades de evangelización de la sociedad.

—Laicos son casi todos los miembros del Opus Dei, que están por tanto inmersos en las realidades del mundo, atentos a lo que sucede, desde las grandes heridas de la humanidad hasta las nuevas oportunidades que se abren. ¿Cómo participa la Obra en los cambios y sufrimientos de nuestro tiempo?

—Las guerras en curso, el problema de la soledad y de la pobreza y, en general, el sufrimiento de tantas personas no pueden quedar en materia de noticias de actualidad, sino que deben implicar a todos. En sus catequesis en Sudamérica, san Josemaría animó a miles de personas a tener un corazón grande, imitando a Cristo en la cruz, que tenía los brazos abiertos para acoger a todos, sin distinción. Así deberá actuar cada miembro de la Obra para aliviar el sufrimiento, llevando el amor de Dios a los rincones más apartados de la sociedad. Dios confía a todos los bautizados la tarea divina de construir el mundo (la familia, el barrio, el progreso, las artes, el ocio) como hijos suyos.

—Secularidad significa también estar preparado para afrontar nuevos retos: ¿qué espera de los miembros de la Obra y qué ve surgir en el mundo por iniciativa suya?

—Las iniciativas de los miembros se adaptan y surgen en función de las nuevas necesidades. Por ejemplo, en Madrid ha nacido el hospital Laguna para atender a enfermos terminales; personas de la Obra con sus amigos en Colombia han creado un grupo para apoyar a los presos; oigo hablar de otros miembros del Opus Dei en países del Este de Europa que acogen a familias víctimas de la guerra; también me da especial alegría una iniciativa de familias que ayudan a otras familias a vivir cristianamente, siendo un apoyo las unas para las otras y extendiendo esa ayuda a otros amigos, a otros matrimonios... Son algunos ejemplos de cómo combatir la pobreza material y espiritual, que nos recuerdan lo que san Josemaría hizo desde el principio con los enfermos y necesitados en el Madrid de los años 30 del siglo pasado, tratando de implicar a los primeros jóvenes que le seguían. Pero la respuesta a los nuevos retos sociales se concreta especialmente a través del trabajo profesional, tratando de generar relaciones de justicia —condiciones laborales, pago de impuestos...—, de servicio, de amistad. La dimensión social del cristiano, aunque con diferentes manifestaciones, debe interpelarnos a todos para intentar transformar nuestra vida en donación, en siembra de paz y alegría.

—Escribía recordaba a menudo a sus hijos espirituales su deber de «servir a la Iglesia como la Iglesia quiere ser servida»: ¿qué lectura hace hoy de esta famosa frase suya?

—Yo diría que su significado no ha cambiado desde el día en que fue pronunciada: el amor a la Iglesia y al Papa está en el ADN del mensaje de san Josemaría. Desde un punto de vista práctico, esto se traduce en ayudar lo más eficazmente posible en las diócesis donde viven y a las que pertenecen los miembros del Opus Dei. Por ejemplo, hay muchos laicos que colaboran activamente en catequesis

o cursos prematrimoniales en sus parroquias, en iniciativas de servicio como Cáritas, en actividades con jóvenes, etc. Del mismo modo, recibo muchas peticiones de obispos diocesanos para que tal o cual sacerdote colabore en una parroquia, en un hospital, en un determinado servicio a la diócesis. Siempre que es posible, estamos encantados de colaborar.

—¿Qué indica hoy una iniciativa típicamente laical como las escuelas del grupo FAES (Famiglia e Scuola, Familia y Escuela), en las que participan personas vinculadas a la Obra y muchos de sus amigos, también no creyentes?

—Cincuenta años de esta institución son un patrimonio importante al servicio de la familia en la educación de los hijos. Me alegro de este hito y animo a las familias a seguir por este camino, con esa simpatía y capacidad resolutive tan típicas de los italianos.

[Volver al contenido](#)

El Mercurio, Chile (28-VII-2024)

—Al Opus Dei se le suele caracterizar con tres adjetivos: conservador, poderoso y hermético. ¿Por qué ocurre eso? ¿Qué adjetivos le gustaría que se usaran para caracterizar al Opus Dei y su labor?

—Cada cual puede tener sus opiniones y sus motivos para valorar la realidad. Si algunas personas lo perciben así, será porque hay algo objetivo y/o subjetivo que pueda causar esa impresión. Dar a conocer mejor lo que es la Obra, en parte, es tarea de cada miembro: vivir de modo auténtico la propia vocación. Es algo grande y maravilloso, aunque entiendo que se requiere una perspectiva de fe para comprenderlo con profundidad. De todos modos, pienso que, humanamente, quien conoce de cerca el Opus Dei podrá percibir a personas normales, con virtudes y defectos. Me gustaría que se nos conociera como gente alegre, sencilla y serena, pacífica, con la que es fácil trabar amistad, personas de mentalidad abierta y comprensiva. También que se reconociese la variedad de los fieles del Opus Dei, y no solo a los pocos que adquieren una cierta relevancia pública. Se vería así que cada uno y cada una lucha por vivir a fondo la fe, conviviendo con sus propios defectos e intentando poner sus talentos al servicio de su familia, sus amigos y de la sociedad.

—¿Cuál definiría usted como el aporte del Opus Dei a la vida de la Iglesia?

—La principal aportación del Opus Dei es acompañar a los laicos (98% de sus miembros) para que sean protagonistas de la misión evangelizadora de la Iglesia en medio del mundo, uno a uno. Los laicos no son meros receptores o actores secundarios, sino

protagonistas de la evangelización, que pueden llevar el calor y la amistad de Cristo allí donde hace más falta: a las aulas, a las poblaciones, a los campos de fútbol, a los hospitales, a las oficinas, a las familias, a los pobres y a los ricos... a todos. Se trata de una labor de acompañamiento espiritual, de vivificación cristiana, que evita interferir en sus legítimas opciones terrenas: sus acciones en la sociedad, con sus aciertos y sus errores, serán responsabilidad suya, no de la Iglesia ni del Opus Dei. Atribuir al Opus Dei las iniciativas políticas, empresariales o sociales de sus fieles sería clericalismo.

—Usted nació en 1944 en el exilio, en París. Hoy se recuerdan los dramáticos momentos que entonces vivía Europa, que su familia vivió en el exilio en Francia. ¿Esta experiencia los marcó de alguna forma?

—Durante la guerra civil española mi padre sirvió en el ejército republicano: eso hizo que, al terminar la contienda, tuviera que exiliarse en París. Era veterinario militar y tuvo un primer trabajo para cuidar los animales de un circo. Poco tiempo después, consiguió trabajar en un laboratorio y pudo traerse con él a la familia. Gracias a Dios, las represalias que, algunos años después, mi padre sufrió al volver a España fueron leves y pudo desarrollarse en el campo de la investigación en biología animal. Por lo demás, yo era un niño y viví todo aquello sin ser muy consciente. Aun así, quizá la reflexión sobre esa experiencia me vacunó contra la seducción de cualquier tipo de violencia y contra la tentación de identificar la religión con determinadas opciones políticas.

—Estudió física y luego teología, una mezcla singular. ¿Qué aspectos de la física han iluminado su camino religioso?

—Tanto la física como la teología son, cada una a su modo, conocimiento de la realidad: no solo no son contradictorias, sino que se complementan. No puedo decir que el estudio de la física me abriera los ojos a la realidad de Dios, pues ya era creyente por

tradición familiar y por convicción personal. Pero investigar en la realidad física concreta me ayudó a ver bajo otra perspectiva el mundo como creado por Dios.

—En su juventud, convivió con san Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei. En este contexto cotidiano, ¿qué rasgos de él le llamaban la atención?

—Llegué a Roma en 1967 y viví en la misma casa que él hasta su muerte en 1975, pero allí nos alojábamos unas 200 personas. A pesar de ser tantos, uno se sentía muy querido, arropado por su alegría y su afecto. En una ocasión, delante de muchas personas, me hizo una pregunta y se dio cuenta inmediatamente de que me ponía en un aprieto; sin darme tiempo a contestar, añadió un comentario colateral que hacía innecesaria mi respuesta. Esos pequeños detalles se repetían a diario. Sobre todo, me impactó su unión con Dios, que era manifiesta cuando le oías hablar en un momento de predicación o en un encuentro familiar. En lo humano, subrayaría su amor a la libertad y su buen humor.

—El papa Francisco llamó a reforzar «el carisma esencial» del Opus Dei. ¿Cómo definiría ese carisma?

—Lo describiría como la búsqueda de Dios, el encuentro con Dios, y el ayudar a muchas otras personas a ese mismo encuentro, en la vida ordinaria, en el trabajo, en la familia, en la calle. En palabras del papa Francisco, se trata de “difundir la llamada a la santidad en el mundo, a través de la santificación del trabajo y de las ocupaciones familiares y sociales”.

—¿Debe experimentar revisiones este carisma, que se configuró hace casi 100 años?

—En 100 años, la sociedad y la Iglesia han evolucionado mucho, y el Opus Dei también, pues es parte de ellas. No somos indiferentes a fenómenos como la globalización, la conquista femenina del espacio

público, las nuevas dinámicas profesionales y familiares, etc. Como afirmaba san Josemaría, cambian los modos de hacer y de decir, pero permanece la esencia, el espíritu. Saber cambiar, en ese sentido, es necesario para ser fieles a una misión, pero se debe modelar cualquier cambio desde lo esencial, desde ese núcleo que no podemos modificar, porque, como todo carisma, es un regalo de Dios.

—¿Fue una sorpresa la decisión del papa Francisco sobre la estructura del Opus Dei?

—El Santo Padre nos advirtió con una cierta antelación del motu proprio *Ad charisma tuendum*. Los cambios principales de ese documento afectan a aspectos estructurales y organizativos, que el prelado no sea obispo, entre otras cosas, pero no tocan la misión o la sustancia del Opus Dei. La modificación de los estatutos es una respuesta a esa petición del Papa. Ahora mismo, se trabaja sobre esto con el Dicasterio del Clero, en un clima de diálogo y de confianza.

—A algunos les llama la atención la juventud de algunas vocaciones al Opus Dei. ¿Son libres de decidir su vocación, por ejemplo, jóvenes de 16 años?

—La libertad es un requisito imprescindible para cualquier vocación. La incorporación al Opus Dei solamente es posible a los 18 años, con la mayoría de edad. Si alguien piensa que tiene vocación, puede empezar antes un proceso de discernimiento, pero sabiendo que no forma aún parte del Opus Dei y siempre con el permiso expreso de sus padres. Desde el momento en que se pide la admisión en la Obra hasta su incorporación definitiva, hay una serie de etapas formativas, que duran al menos 6 o 7 años. Cada año la persona debe manifestar su deseo de continuar: no es un proceso automático, sino que interpela al discernimiento y a la libertad personales de un modo muy profundo.

Las actividades de formación espiritual que promueve el Opus Dei entre los jóvenes, con implicación de los padres, son una semilla para ayudarles a conocer y testimoniar su fe, a querer a su familia, a prepararse para ser buenos profesionales y ciudadanos. La mayoría descubre que su vocación está en el matrimonio, otros en el celibato laical; quizás otros optan por el sacerdocio o la vida religiosa... Como dice el Papa, al dirigirse a los jóvenes, se trata de “descubrirse a uno mismo a la luz de Dios y hacer florecer el propio ser”.

—Desde el Vaticano se pide ahora un informe anual sobre la situación del Opus Dei, no cada cinco años, como antes. ¿Tiene que ver con la necesidad de mayor transparencia y control?

—Ese cambio de periodicidad es consecuencia del cambio de Dicasterio. Ahora, el interlocutor inmediato del Opus Dei es el Dicasterio para el Clero, y en ese dicasterio los informes se entregan cada año, no cada cinco, como ocurría en el Dicasterio de los Obispos. Independientemente de esto, qué duda cabe de que la Iglesia, y la Obra como parte de ella, está mejorando en el modo de dar a conocer de forma clara y comprensible los datos más relevantes de su actividad, así como sus motivaciones.

La transparencia, bien entendida y bien aplicada, favorece la confianza que, como usted señala, ha quedado muy cuestionada por los casos de abusos. En este sentido, desde 2013 existe en el Opus Dei un protocolo para la protección de menores y personas vulnerables, que formaliza unas medidas de prudencia que se vivían en la Obra desde hacía décadas e incorpora la normativa más reciente de la Iglesia. Por otro lado, se está trabajando en la creación de canales especiales de sanación y resolución para acoger a las personas que quieran ser escuchadas.

—Aunque en menor medida que otras instituciones, se han planteado denuncias de abusos por parte de integrantes del Opus Dei, también en Chile. Usted ha expresado su perdón por las «faltas

y pecados de miembros del Opus Dei». ¿Cuáles son esas faltas y pecados?

—Las faltas y pecados personales los conoce cada uno. A la vez, no se puede ignorar que hay personas que han pertenecido al Opus Dei o han estado en contacto con la Obra y que se han sentido heridas por modos de hacer o han visto quebrada su confianza en quienes hacían cabeza o en la institución. Teniendo en cuenta que lo que se pretende en la Obra es recorrer un camino de santidad y encuentro con Cristo, pensar que hay personas que en este camino no han encontrado la felicidad, me causa personalmente dolor y es invitación a una sana labor de examen para detectar las causas, para ver cómo reparar según cada situación, estudiar qué se puede mejorar, etc. Los motivos de estas heridas pueden ser muy variados. Lo que me causa más dolor es que no siempre hayamos sabido acompañar bien a las personas en el discernimiento de su vocación, en el acompañamiento espiritual, o ante una difícil situación familiar o personal.

—Hoy se vive un gran clamor por dar más espacio a la mujer, muchas veces relegada a través de la historia. ¿Cómo lo vive el Opus Dei?

—Efectivamente, en las últimas décadas, la mujer ha ido ampliando su espacio en la vida pública, enriqueciéndola con su aportación insustituible. En la Iglesia ha crecido su protagonismo a todos los niveles, también con nombramientos en puestos de responsabilidad dentro de la curia vaticana, por ejemplo. En el Opus Dei, las mujeres han estado desde el inicio en el gobierno junto a san Josemaría y sus sucesores, y son autónomas con respecto a los hombres en el liderazgo de sus apostolados. Conforme crece la presencia femenina en el gobierno de las empresas o instituciones, más mujeres del Opus Dei, al igual que sus coetáneas, asumen puestos de responsabilidad, y es bonito ver el alcance que su servicio puede prestar.

—*Nuestro país experimenta cambios en materia religiosa. La encuesta Bicentenario de la UC muestra una significativa baja en la adhesión de los jóvenes a la religión católica. ¿Hay que asumir que los católicos caminan a ser un grupo minoritario?*

—No vivo en Chile, y por tanto, no conozco en profundidad la situación, pero me atrevería a decir que sería un error atrincherarse, una reacción natural cuando uno se encuentra en minoría. Al contrario, como discípulos de Jesucristo, deberíamos sentir como propias las aspiraciones, las necesidades y sufrimientos de todas las personas y trabajar codo con codo con ellas.

Después del huracán causado por la crisis de los abusos, por ejemplo, muchos católicos han emprendido la vía del acompañamiento de las personas heridas, y la Iglesia en Chile ha puesto en marcha medidas de prevención y de promoción de ambientes de confianza y libertad, que son imprescindibles para retomar su vigor en la sociedad, y que son claves para que estos delitos no vuelvan a ocurrir. Una Iglesia herida en sus miembros puede transmitir a Cristo y tiene mucho que aportar: ayudar, colaborar, sanar, sin buscar un interés personal o institucional, ni soluciones apresuradas. Este es el camino que veo que ha emprendido la Iglesia en Chile, la vía para recuperar la credibilidad y sobre todo para llevar la cercanía de Jesucristo a muchísimas personas.

—*¿La baja en las vocaciones que experimenta la Iglesia Católica alcanza también al Opus Dei?*

—En los países más secularizados, compartimos las mismas dificultades que el resto de la Iglesia. En los lugares donde esta crece, pienso en Nigeria, Brasil, Estados Unidos, el Opus Dei también crece. En concreto, aumenta el número de laicos y laicas que, inspirados por san Josemaría, desean buscar la santidad y están abiertos a formar una familia. Disminuyen, en cambio, las personas que acogen el celibato, un don de Dios que quizá hoy se entiende

menos, aunque sea tan enriquecedor para la Iglesia. Desde hace algún tiempo, fallecen más de mil miembros del Opus Dei al año; aun así, gracias a Dios, hay un pequeño crecimiento en números totales, aunque en una realidad eclesial lo que importa es la unión con Dios y no las cifras o las estructuras.

[Volver al contenido](#)

Semana, Colombia (17-IX-2024)

—En el 50 aniversario de la catequesis de san Josemaría en Latinoamérica, usted vuelve a visitar la región. ¿Cree que la realidad del Opus Dei en estos países se acerca al sueño de Escrivá?

—Cuando san Josemaría estuvo en América, animó a soñar grandes aventuras de servicio cristiano. Sin obviar las dificultades y errores humanos, doy gracias a Dios por el desarrollo del Opus Dei en Colombia y en el resto del continente. Al mismo tiempo, la lógica de Dios permite mirar con más perspectiva los resultados humanos, los números y los éxitos o fracasos externos, pues lo esencial es facilitar que se produzca un encuentro con Jesucristo en el corazón de muchas personas, y eso solo Dios lo puede ver.

—¿Qué espera del Opus Dei en los próximos 50 años?

—Proyectado en el tiempo, me gustaría que el Opus Dei fuera propagador de amistad, de fe manifestada en obras, de libertad de espíritu y creatividad para llevar a cabo la misión evangelizadora de la Iglesia y colaborar en la construcción de una sociedad justa.

—¿En qué consiste el servicio que un miembro de la Obra —como también se le dice al Opus Dei— le puede prestar a la Iglesia?

—La vocación específica de los miembros del Opus Dei —que en su inmensa mayoría son laicos, solo 2 por ciento son sacerdotes— llama a un encuentro personal con Cristo en la familia, en el trabajo, en las relaciones sociales, sabiendo que la búsqueda de la santidad no es algo para supermujeres ni superhombres, sino para gente de carne y hueso, con aciertos y errores. La «santidad en medio de la calle» que

predicaba san Josemaría impulsa a buscar soluciones dignas a los problemas de cada contexto y de cada tiempo.

—¿Cuál es o debe ser el papel de los laicos en la Iglesia?

—Como ha subrayado el Concilio Vaticano II, a los laicos pertenece por propia vocación la tarea de vivificar cristianamente los asuntos temporales: es decir, el trabajo, la familia, el comercio, la cultura, etcétera. Su papel es contribuir a la santificación del mundo, reflejando un poco el amor de Cristo en cada lugar y circunstancia; y aquí es donde queda mucho camino por recorrer. Pienso, por ejemplo, en la formación de los laicos en bioética o justicia social, en su conciencia de ser protagonistas en la evangelización. La misión del laico no se agota en la “ocupación de puestos” en estructuras eclesiales.

—En 1946, cuando san Josemaría pidió la aprobación jurídica del Opus Dei, le dijeron que había llegado con un siglo de anticipación. Teniendo en cuenta la cercanía de la Obra a su primer centenario, ¿cree que la reforma a sus estatutos, pedida por la Santa Sede, se relaciona con aquella respuesta dada al fundador?

—En 1946, el Opus Dei estaba establecido en cuatro países y hoy en 70. En ese momento resultaba sorprendente un mensaje dirigido especialmente a los laicos sobre la búsqueda de la santidad en medio del mundo y se veía anticipatorio, a pesar de su enraizamiento en el Evangelio. Puedo asegurarle que la actual modificación de los estatutos solicitada por el Santo Padre se está realizando, precisamente, con este criterio fundamental de ajustarse al carisma, que hoy es más comprendido y compartido. El derecho, tan necesario, sigue a la vida, al mensaje encarnado, para dar apoyo y continuidad a la vida.

—La mayoría de los miembros del Opus Dei son mujeres, que en su mayoría están casadas. ¿Cómo dar más brillo a quienes entregan su vida a Dios desde el matrimonio?

—El matrimonio es un camino de santidad: en el Opus Dei todos los miembros —casados, solteros o célibes— compartimos una misma vocación, misión y responsabilidad. Los casados viven con la conciencia de que su amor a Dios pasa a través de su familia, sus amistades y la labor que desempeñan en el mundo. Esto tiene un enorme potencial transformador de servicio. En cuanto a las mujeres, que como usted señala son mayoría, san Josemaría entendió que sin ellas la Obra estaba incompleta. No se entendería el Opus Dei sin su aporte insustituible, igual que no se entiende la familia, el mundo del trabajo o la vida social sin ellas.

—El papa Francisco ha señalado la crisis de vocaciones como una «hemorragia para la Iglesia». Usted le entregó su vida a Dios desde joven y luego se ordenó sacerdote. ¿Por qué hoy es más difícil que las personas consideren la vocación al celibato apostólico?

—El mundo actual enfrenta el desafío de volver a creer en el compromiso; en un amor para toda la vida que llena de alegría y libertad. Para muchos, el compromiso aparece como un límite, cuando en realidad Dios siempre abre horizontes luminosos. Diría que es fundamental recuperar la virtud de la esperanza.

—«En la Iglesia hay espacio para todos», dijo el papa Francisco en la Jornada Mundial de la Juventud 2023 en Lisboa. ¿Qué significa exactamente esa apertura y cómo puede el Opus Dei dar a entender ese mensaje?

—El propio san Pablo afirma que Dios quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. El Papa ha señalado esta universalidad como un eje central de su magisterio. San Josemaría hablaba a sus hijos espirituales de tener los brazos abiertos a todos. En un tiempo de polarización, divisiones y muros, los seguidores de Cristo tenemos marcado un camino muy claro que recorrer.

—En el Opus Dei hay gente de todas las edades. ¿Qué puede hacer usted, como padre y prelado, para fomentar la cooperación

intergeneracional en la Obra?

—En mi casa, en Roma, convivimos desde una persona de 102 años hasta otra que aún está en sus 30. Entre otras muchas cosas, los mayores aportan su experiencia, los jóvenes su ilusión y su vitalidad. Deberíamos afrontar la vivencia intergeneracional con cariño, sabiendo que a veces implica sacrificios por ambas partes.

—A algunas personas del Opus Dei se les reconoce por sus aportes a la sociedad, como colegios, universidades y labores sociales. Sin embargo, también enfrentan narrativas en su contra. ¿Por qué cree que surgen estas narrativas y cómo contrarrestarlas?

—A veces pienso que estas narrativas que usted menciona nos ayudan a purificarnos de la tentación de pensar que no necesitamos corregir nada y más aún de sentirnos satisfechos. Como todos, necesitamos reflexionar sobre el bien que queremos hacer y sobre qué realizamos en concreto. Nuestro fundador, de hecho, nos advertía de que la Obra debía vivir “sin gloria humana”.

Por otro lado, es natural que haya visiones diversas porque hay muchos modos de hacer y de entender las cosas. Las opiniones contrarias pueden ser una ayuda cuando son sinceras; nos permiten pedir perdón y corregirnos. Me gustaría que cualquiera que se acerque a esas actividades pudiera ver que allí se trata de sembrar paz y alegría.

Personalmente, me alegra comprobar que casi cada día del año recibimos alguna petición de admisión en el Opus Dei de personas que anteriormente han formado parte de la Obra y que, por la razón que sea, se desvincularon. Noticias como estas son una caricia del Señor que, en cierto sentido, superan ciertas “narrativas” excesivamente dicotómicas.

—El próximo año se realizará el Jubileo de los Jóvenes en Roma. ¿Cuál cree que es el mayor desafío que enfrentan los jóvenes en la

actualidad para acercarse a Dios como un ideal atractivo?

—Solo Cristo es la respuesta a todos los interrogantes que los jóvenes guardan hoy en sus corazones y que el amor de Dios Padre, cuando se abren a él, es capaz de curar las heridas y fragilidades. Quizás somos más bien los adultos quienes tenemos que plantearnos si estamos siendo capaces de comprender a los jóvenes. Lógicamente, el testimonio de una vida coherente es también esencial para mostrar el atractivo de una vida junto a Cristo.

[Volver al contenido](#)

El 9 Nou, España (24-IX-2024)

—¿Qué destacaría de sus años de formación en Cataluña?

—En los años sesenta tuve una visión más amplia de una España de otro tipo, que era Cataluña. Fueron años muy importantes de formación. Me acuerdo muy bien de las clases en el edificio central de la Universidad de Barcelona y, concretamente, del famoso profesor Teixidó, que tenía un gran prestigio, pero era un hueso, como entonces se decía. Enseñaba unas matemáticas muy modernas pero difíciles de entender.

—¿Cómo tomó contacto con Vic?

—Todo empezó en el Colegio Mayor Monterols, donde conocí a mucha gente de distintos lugares de Cataluña y de España. Entonces era un centro de formación solo para jóvenes del Opus Dei. Ahora está abierto a todo tipo de estudiantes. Desde Monterols tuve la oportunidad de ir varias veces a Vic para atender la labor apostólica que se empezaba a desarrollar allí. Fue entre los años 1964 y 1967. Me di cuenta de la importancia que tenía Vic dentro de Cataluña y llegué a entender sin problemas el catalán. Después vinieron las milicias en el campamento de Talarn: dos veranos de tres meses y unas prácticas de alférez de cuatro meses también allí, en el campamento.

—San Josemaría dijo en Roma en 1971: «Barcelona dará muchos frutos porque se ha sufrido mucho», en alusión a los convulsos años 40 marcados por la incomprensión hacia la Obra. ¿Puede convertirse Montse Grases, la joven barcelonesa de la Obra que murió de cáncer a los 17 años, en la primera santa canonizada del Opus Dei?

—Montse Grases fue proclamada venerable en 2016. De cara a la beatificación, es preciso demostrar el carácter extraordinario de un favor obtenido por su intercesión. A la postulación y la web de la Obra llegan numerosos relatos de favores que tienen que ver con la vida cotidiana o la elección de vida. Su devoción está más extendida entre gente joven: recuerdo que en 2022, en el 80 aniversario de su nacimiento, un grupo de jóvenes llevó 80 rosas blancas junto a su tumba, en la cripta del oratorio de Santa María de Bonaigua (en Barcelona), para agradecerle los favores recibidos por su intercesión. Se están estudiando algunos casos interesantes, pero aún estamos en las primeras fases de recopilación de documentación.

Sea o no la primera santa canonizada, es sin duda una buena intercesora para los apostolados de toda la Iglesia con la juventud, en la querida ciudad de Barcelona, en esta comarca de Osona en la que veraneaba, en Cataluña y en todo el mundo.

—¿Cómo prepara el Opus Dei la proximidad del centenario de su nacimiento?

—En los años que quedan hasta el centenario queremos interrogarnos sobre las necesidades y los retos de la Iglesia y del mundo. Deseamos también profundizar en la propia identidad con una mirada al futuro y estudiar cómo podría la Obra contribuir desde su carisma de la santificación de la vida ordinaria. Por tanto, en este tiempo miraremos hacia el conjunto (la Iglesia y el mundo) y hacia dentro (la Obra), con la esperanza de que las miradas confluyan en un momento de gracia.

Cuando pienso en el centenario del Opus Dei, me viene a la cabeza una oración que el beato Álvaro dirigía personalmente a Dios: «gracias, perdón, ayúdame más». De alguna manera, es un tiempo para vivir esta aspiración también desde la perspectiva del conjunto.

—¿Luces y sombras, según su parecer, en esos casi cien años de historia?

—El Opus Dei ha sido y es un don del Espíritu Santo para la Iglesia, como recuerda el papa Francisco en *Ad charisma tuendum*. Veo la Obra como una luz que inspira a muchas personas a tener un encuentro con Jesucristo a través de las tareas comunes de la vida cotidiana: el trabajo, la familia, las relaciones sociales. Diría que estas son las luces principales, cuyo protagonista es Dios que interviene en la historia.

Entre esas luces, querría recordar a tantas personas de la Obra que han pasado por esta tierra tratando de hacer el bien, con sus virtudes y sus defectos. En la actualidad, fallecen anualmente unas mil personas del Opus Dei. En la mayoría de los casos, son gente sencilla, normal, anónima, que ha procurado sembrar paz y alegría a su alrededor, en contextos a veces difíciles.

Otras veces, son personas que han sido públicamente puestas como ejemplo para los fieles, como Guadalupe Ortiz de Landázuri, el primer fiel laico del Opus Dei que ha sido beatificado, profesional de la química que desarrolló un amplio apostolado de amistad en España, en México y en Italia. O, más recientemente, el pediatra guatemalteco Ernesto Cofiño, médico y padre de familia que la Iglesia ha declarado venerable en diciembre de 2023. Entre otras cosas, el Dr. Cofiño se comprometió con los niños desnutridos y las familias pobres de su país, creando numerosos comedores y centros asistenciales y desarrollando una amplia labor de evangelización entre sus familiares, colegas y amigos.

Al mismo tiempo, en la historia del Opus Dei también hay sombras y equivocaciones, porque está formado por seres humanos falibles. Las buenas intenciones no eliminan la posibilidad de error, y eso se debe aceptar con humildad. En particular, duele saber de personas que han estado en contacto con la prelatura y han quedado heridas por alguna falta de caridad o de justicia: situaciones de falta de apoyo emocional, errores en los procesos de incorporación, negligencias en el acompañamiento de personas que dejaron el Opus Dei, etc. Se

debe aprender de los errores y seguir mejorando, con la ayuda de Dios.

—¿Qué se mantiene y qué ha cambiado en la Obra durante todo ese tiempo?

—No ha cambiado el núcleo inmutable, el mensaje significativo sobre la santidad en medio del mundo. Al mismo tiempo, ya el fundador, san Josemaría, teniendo clara la necesidad de mantener intacto ese espíritu, decía que con el tiempo las formas pueden y deben cambiar. En cien años, la sociedad y la Iglesia han evolucionado mucho, y el Opus Dei también, pues es parte de la Iglesia y de la sociedad. Saber cambiar —modelando cualquier cambio desde lo esencial— es un requisito para poder seguir siendo fieles a una misión.

Por diferentes motivos, han cambiado en estos años el marco jurídico, algunos modos apostólicos y muchas otras cosas quizá poco visibles pero que tienen importancia: por ejemplo, se ha insistido en la separación neta entre gobierno y dirección espiritual, se han adoptado medidas para garantizar mejor y reforzar la plena libertad y voluntariedad en los procesos de incorporación, se han puesto al día modos prácticos en que se manifiesta la exigencia de vivir la virtud de la pobreza en medio del mundo, etc.

—¿Cuáles han sido los hitos más importantes del desarrollo institucional del Opus Dei y adónde se encamina en el siglo XXI?

—Diría que los hitos más importantes son los menos visibles: la gracia de Dios que actúa en millares de personas, que responden afirmativamente al seguimiento de Jesucristo en medio del mundo. O tantas historias de arrepentimiento, de conversión, que se producen en personas de la Obra y en otras que frecuentan sus apostolados.

En el plano institucional, recordaría la canonización del fundador, el 6 de octubre de 2002. Ante la multitud reunida en Roma, san Juan

Pablo II se refirió a Josemaría Escrivá como “el santo de la vida ordinaria”. Esta expresión es también una guía para el Opus Dei del futuro, sobre el que usted pregunta: lo fundamental no son las actividades, las estructuras o los números, sino ayudar a muchísimas personas —con la gracia de Dios— a encontrar a Dios en la calle, en la fábrica, en el hospital, etc. o, con palabras de nuestro fundador, a “transformar la prosa diaria en endecasílabo, en verso heroico”.

—¿En qué fase se encuentra la causa de canonización del beato Álvaro? ¿Se han documentado nuevos milagros?

—Tras su beatificación en 2014, han llegado a la postulación numerosas narraciones de favores extraordinarios atribuidos a la intercesión del beato Álvaro del Portillo. Uno de ellos se refiere a un grave accidente automovilístico en México, en 2015. Los médicos que siguieron el caso consideraron extraordinaria la recuperación de un traumatismo craneoencefálico severo sin secuelas neurológicas ni psicológicas. A finales del año pasado concluyó la investigación diocesana y la documentación se encuentra ahora en estudio en la Santa Sede. También se están examinando otros casos, entre ellos uno en Alemania. Por otra parte, llegan con frecuencia otros favores más comunes, relacionados con la familia, los amigos, etc. Don Álvaro era una persona verdaderamente cercana y da alegría observar que muchas familias acuden a él pidiendo las ayudas que se solicitan a un buen padre o a un buen hermano.

—¿Cuál es su calendario de viajes en los próximos meses?

—Los viajes más significativos los he hecho este verano en una parte de América del Sur: Chile, Perú, Ecuador y Colombia. Se trata de ayudar, impulsar y dar ideas a la gente, pero también, a la vez, de aprender de los demás. Tengo muy presente algo que oí a san Josemaría: “Cualquier persona nos puede decir cosas que nos enriquecen muchísimo”.

[Volver al contenido](#)

The Pillar, Estados Unidos (18-XI-2024)

—Uno de los temas principales del actual Sínodo sobre la Sinodalidad es el papel de los laicos en la Iglesia. ¿Qué podría aportar el Opus Dei a estas reflexiones, teniendo en cuenta la centralidad de los laicos en su mensaje, misión y espiritualidad?

—El papel de los laicos en la Iglesia no es principalmente el de ocupar cargos en sus estructuras, que por lógica serán muy pocos (algunos podrán ser necesarios) con relación al conjunto. Es algo que ha emergido de nuevo en las conversaciones sinodales y que está muy presente en el carisma del Opus Dei: facilitar que cada fiel laico —cada hombre y mujer que ha recibido el bautismo— tome conciencia de la grandeza y belleza de su misión. Como sucedió entre los primeros cristianos, especialmente hoy recae en ellos y ellas la tarea evangelizadora del futuro, en unión y comunión con los pastores.

La Iglesia no son principalmente los templos o las estructuras, sino las personas incorporadas a Cristo por el bautismo. Un laico, una laica que llevan a Jesucristo en su corazón y en su estilo de vida, serán una presencia de la Iglesia, vibrante y abierta en sus respectivos barrios y comunidades de vecinos; entre sus parientes y amigos, entre creyentes y no creyentes, en el mundo del deporte y del entretenimiento; en los distintos ámbitos profesionales, sociales, culturales, científicos, políticos, comerciales.

En su exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, el papa Francisco habla de la centralidad de los laicos cuando invita a descubrir esa «santidad de la puerta de al lado, de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios». Desde sus inicios,

la Obra trata de ir en esa dirección: recuerda que la gente con virtudes y defectos, como cada uno de nosotros, puede convertirse en una mano tendida por Dios hacia muchas otras personas, también aquellas que quizá no entrarían jamás en una iglesia.

Por ese motivo, diría que un gran desafío es dedicar mucho tiempo y cuidado a la formación y al acompañamiento espiritual de los cristianos corrientes, verdaderos apóstoles en su propio ambiente. Es una prioridad en la vida cotidiana de la Iglesia que, gracias a Dios, se hace presente en miles de parroquias e iniciativas.

—¿Por qué esta identidad laical es tan esencial para el Opus Dei como institución y como camino espiritual?

—Es esencial porque es lo que Josemaría Escrivá entendió que le pedía Dios: explicar, mostrar, descubrir, recordar... la llamada universal a la santidad en medio del mundo y a través de las realidades cotidianas, como son principalmente la vida familiar y laboral. El fundador comenzó su actividad para impulsar la Obra a través del acompañamiento de estudiantes y profesionales, así como formando grupos, y rezando y pidiendo oraciones por ellos. También involucró a esos jóvenes en sus visitas a los pobres y enfermos de Madrid y organizó cursos de retiro espiritual y clases de formación que, con el mismo estilo, se fueron expandiendo por muchas culturas y naciones, entre personas de toda clase y condición social.

Cuidar y hacer fructificar este carisma es lo que el Señor y la Iglesia nos piden: la evangelización —como he dicho— en la familia y en el trabajo, en medio de la sociedad, que de modo permanente plantea grandes retos como la guerra, la pobreza, la enfermedad, etc. Son los fieles corrientes que habitan estas realidades quienes en primer lugar pueden dar testimonio de cómo Cristo se hace presente en su vida y cómo supone un impulso para la transformación personal y de su entorno. Para eso, el Opus Dei, como institución, ofrece formación, acompañamiento y una espiritualidad concreta, adaptada a mujeres

y hombres con familias que cuidar, horarios exigentes de trabajo, dificultades económicas, traslados, etc. Algunas personas, al descubrir este espíritu, sienten una llamada vocacional a difundirlo con su vida.

—En 1946, cuando san Josemaría buscó por primera vez la aprobación canónica para el Opus Dei, le dijeron que había llegado con un siglo de anticipación. Con la reforma canónica de la Obra en curso, ¿cree que estas palabras siguen siendo ciertas?

—En 1946 el Opus Dei estaba establecido en cuatro países y su mensaje era menos conocido. Ya entonces estaba formado por una minoría de sacerdotes y una gran mayoría de hombres y mujeres corrientes. En esa época chocaba la predicación del fundador al animar a los laicos a buscar la santidad en medio del mundo, a llevar el Evangelio a todos los ambientes y profesiones... Su mensaje parecía anticipatorio, a pesar de estar plenamente enraizado en el Evangelio. Hoy la Obra trabaja en más de 70 naciones, su mensaje ha sido plenamente acogido y difundido por el Concilio Vaticano II. Al mismo tiempo, es patente la dificultad que encuentra el derecho para encuadrar fenómenos pastorales novedosos y quizá el protagonismo que el Concilio deseaba que se diera a los laicos aún tiene mucho recorrido por realizar. Más allá de este punto, lo que puedo asegurarle es que la actual modificación de los estatutos solicitada por el Santo Padre se está realizando, precisamente, con el criterio fundamental de ajustarse al carisma, que en muchos lugares hoy es más comprendido y compartido. El derecho, tan necesario, sigue a la vida, al mensaje encarnado, para dar apoyo y continuidad a la vida.

—Europa, Estados Unidos y, en menor medida, América Latina, se están secularizando rápidamente. El Opus Dei está presente en muchas de las ciudades más grandes y secularizadas del mundo. ¿Qué hace el Opus Dei para ser una presencia fiel de la Iglesia en medio de estas sociedades y para evangelizar en esos ambientes?

—El 3 de marzo de 2017 fui recibido por primera vez en audiencia por el papa Francisco. En aquel encuentro hizo a los fieles de la prelatura una petición muy concreta, cuando nos animó a dar prioridad a una periferia: las clases medias y el mundo profesional que se encuentran alejados de Dios. Sin dejar a nadie de lado, esta prioridad abre un panorama apostólico tan inmenso como apasionante, que se encuadra bien en el próximo jubileo sobre la esperanza.

El Opus Dei trata de estar presente en esos ambientes secularizados, aportando una formación integral desde iniciativas educativas o asistenciales, pero lo más importante no son esas iniciativas o estructuras sino las personas que lo forman y los cientos de miles que participan en sus apostolados: la amistad con Dios que cada miembro de la Obra trata de vivir interiormente y contagiar en todo el entramado de sus relaciones. Es bueno tener conciencia de que ya en los inicios de la Iglesia la evangelización se realizó en distintos contextos: algunos de tradición profundamente religiosa —como vemos en los Evangelios— y otros en los que no era así. Esta realidad es una luz que puede darnos confianza, pues podemos aprender mucho de cómo vivió la Iglesia en ese tiempo apostólico.

De un modo sintético, y pensando en el tiempo de hoy, podríamos decir que lo esencial en la misión del Opus Dei es la amistad y la confianza con cada hombre y mujer, usando palabras de san Josemaría. Colaborar con la gracia de Dios al encuentro con Cristo de personas y naciones, persona a persona, de tú a tú. En todos los lugares, y en especial donde hay una mayor secularización, necesitamos confiar aún más en la ayuda de Dios y de mostrar esa fuerza a través del propio estilo de vida y de iniciativas muy variadas. Cada cristiano está llamado a hacer visible el atractivo de la vida con Dios y en Dios; la Obra trata de sostener a quienes viven esa misión.

—Parece que el Opus Dei tiene muchos “frentes abiertos” entre la reforma de los estatutos, la situación de Torrecciudad, diferentes

artículos, libros y documentales en los que antiguos miembros hablan en contra de la Obra, y una investigación judicial de denuncias de 43 exnumerarias auxiliares en Argentina. ¿Es este el momento más difícil de la historia del Opus Dei? ¿Cómo afronta el Opus Dei las denuncias de antiguos miembros?

—La Obra se acerca a sus cien años de historia y este es un buen momento para poner los ojos en el origen y hacer balance del camino recorrido, como el mejor modo de seguir aprendiendo, de rectificar lo que haya que rectificar, de ilusionarse con el presente y proyectar el futuro.

En este marco, los “frentes abiertos” que usted menciona son también llamadas para examinar a fondo cómo hemos sabido reflejar la belleza de este carisma y, al mismo tiempo, en qué aspectos ha podido prevalecer una falta de adaptabilidad para cambiar cuestiones no esenciales, que —como decía el mismo fundador— es condición de todo organismo vivo.

Como le decía anteriormente, el trabajo de los estatutos marcha a buen ritmo y también deseamos de todo corazón llegar a una solución adecuada acerca de la diversidad de pareceres sobre Torreciudad, que está en las manos de la Santa Sede.

Cada libro, artículo o documental a los que usted se refiere nos pesa en la medida en que expresan un dolor o frustración en alguna persona. Como comprenderá, trabajamos para que no haya motivos para ello, porque deseamos que vivir la vocación a la Obra sea un motivo de felicidad, como gracias a Dios lo es para muchos miles de personas. Pero siempre cometeremos errores, porque somos una institución formada por seres humanos. Naturalmente, deseamos detectarlos a tiempo y poner remedio en la medida de lo posible.

Al mismo tiempo, las críticas —también cuando no respondan a la realidad— pueden ser una ayuda para descubrir aspectos en los que mejorar. Aunque puedan no ser agradables ni sean siempre justas,

en ocasiones resultan momentos de examen y, a veces, de maduración interior. Siempre, en general, es importante afrontar con serenidad y confianza lo que sea preciso mejorar o corregir.

En referencia a las reclamaciones que menciona en Argentina, allí se llevó a cabo una comisión de escucha. Con la experiencia adquirida, se puso en marcha una primera oficina de sanación y resolución para resolver cada eventual conflicto. Nos dio alegría llegar a acuerdos con varias personas y eso facilitó también ofrecer una petición de perdón personal y concreta. Además, la escucha amplia permitió aliviar el dolor de quienes han pertenecido durante un tiempo a la institución o han buscado en ella un acompañamiento y una ayuda que no encontraron. Después de ese trabajo, que está generando procesos de sanación, se están habilitando procedimientos similares en otros países.

A las personas que han formado parte de la Obra y que, por el motivo que sea, se desvincularon, las queremos con toda el alma, y les agradecemos sinceramente el bien que hicieron en ese tiempo y el que siguen sembrando en el presente. Tenemos un gran respeto por cada una, además, porque en esa decisión de ser del Opus Dei había un deseo de entregar su vida a Dios. En numerosas ocasiones he tenido la oportunidad de pedir perdón a quienes conservan alguna herida, por alguna falta de caridad o de justicia, o por el motivo que sea. En muchas otras, soy testigo de su agradecimiento por el tiempo pasado en la Obra y por el acompañamiento recibido, que les lleva a seguir participando en las actividades espirituales y formativas. En el último año, como he tenido la posibilidad de explicar en otra ocasión, casi cada día hemos recibido alguna petición de admisión en el Opus Dei de personas que anteriormente han formado parte de la Obra: la vida muestra que la realidad tiene más matices de los que podríamos suponer según una narrativa excesivamente dicotómica o polarizada.

—En ciertos medios, especialmente en Estados Unidos, se acusa al Opus Dei de estar detrás de una conspiración ultraconservadora para hacer presidente a Donald Trump, entre otras cosas. ¿Qué tiene que decir de esto?

—No le puedo decir mucho porque sencillamente es fantasía. En el Opus Dei no damos indicaciones, consejos u órdenes políticas de ningún tipo a nadie: si alguien lo hiciera los demás nos rebelaríamos. Es contrario a nuestro espíritu. Hay buenos católicos que votan por distintos partidos o candidatos, según su sensibilidad. Yo no les diré, ni nadie en el Opus Dei les dirá, por quién votar, a quién apoyar o qué causa promover. Tampoco sería adecuado que indirectamente se creara un clima en las actividades formativas que diera por descontado que hay una sola opción legítima para las personas del Opus Dei. Amar la libertad implica amar el pluralismo.

En estos medios a los que se refiere se hacen hipótesis y teorías conspirativas, mencionando a personas con nombre y apellido que, sin embargo, no son miembros del Opus Dei. Estoy seguro de que serán muy buenos católicos, pero simplemente se manipula la verdad con el fin de comprometer en cuestiones políticas a una institución de la Iglesia.

Por otro lado, ojalá se entendiera mejor la libertad de los laicos en lo político, lo social, lo cultural... En el ámbito de la gestión pública, cada cristiano tiene la responsabilidad de formar su conciencia según la doctrina social de la Iglesia, informarse de las propuestas de los candidatos o partidos, reflexionar sobre la mejor opción para el bien común y decidir libremente. Por eso, la labor de acompañamiento espiritual que realiza el Opus Dei evita interferir en sus legítimas opciones terrenas. Ante un laico que participa en política (sea o no del Opus Dei) es clave el respeto a su autonomía: sus aciertos y sus errores son responsabilidad suya, no de la Iglesia. Atribuir al Opus Dei o al conjunto de la Iglesia las iniciativas culturales, políticas, económicas o sociales de sus fieles es clericalismo.

[Volver al contenido](#)

Avvenire, Italia (26-VI-2025)

1. El 26 de junio de hace 50 años, el fundador del Opus Dei, Josemaría Escrivá, concluía su camino terrenal. ¿Cuál es la actualidad de su mensaje?

El mensaje de san Josemaría conserva hoy una fuerza particular: la llamada universal a la santidad en el trabajo, al servicio de la sociedad y en la familia, pequeña Iglesia doméstica, como le gustaba decir a san Pablo VI. En un mundo que tiende a separar lo sagrado de lo cotidiano, su propuesta sigue siendo radical y profundamente cristiana: todo trabajo, todo compromiso familiar, cada pequeña alegría o sufrimiento vividos con amor se convierten en ocasión de encuentro con Dios. Esta llamada a santificar el tiempo presente, con realismo y esperanza, es más actual que nunca.

2. El reciente Congreso general, evento de relevancia para el Opus Dei, coincidió con los días en que la Iglesia conoció al nuevo papa. ¿Qué reflexiones le ha sugerido esta coincidencia de eventos?

Por un lado, era patente el dolor por la muerte del papa Francisco. Por otro lado, el sentimiento de espera que nos unió con toda la Iglesia en oración y disponibilidad. Esta coincidencia nos recordó cómo nuestra identidad laical está profundamente enraizada en la Iglesia, nuestra Madre. La elección de un nuevo papa es siempre un momento de gracia y responsabilidad, una invitación a que cada uno renueve la fidelidad a Cristo a través del sucesor de Pedro. Me impresionó la alegría de tanta gente apenas se vislumbró la *fumata* blanca, una hora antes de conocerse la identidad del papa: la fiesta de tener ya un padre común, sea quien sea.

3. Pocos días después de la elección del papa, usted fue recibido en audiencia por León XIV. ¿Puede contarnos algo de ese diálogo?

Fue un gesto de paternidad, durante el cual el papa manifestó su cercanía y su afecto, como verdadero padre común en la Iglesia. El Santo Padre, entre otras cosas, pidió información sobre el actual estudio de los estatutos de la Prelatura. León XIV escuchó con gran interés las explicaciones. Luego hizo referencia a las festividades marianas que coincidían con el día de su elección. En un clima familiar y de confianza, impartió su bendición a mí y a mons. Mariano Fazio (el vicario auxiliar del Opus Dei). Fue una alegría para todas las personas del Opus Dei.

4. Las primeras semanas con León XIV nos están revelando un perfil humano y espiritual que la gran mayoría de la opinión pública no conocía. ¿Qué es lo que más le impresiona del papa?

Me impresiona su profundidad interior, su serenidad y, por así decirlo, su naturalidad. En un tiempo marcado a menudo por la prisa y el ruido, el Santo Padre parece custodiar un silencio lleno de Dios, que se refleja en su forma de hablar, de escuchar y de mirar: son algunas actitudes que le ayudan mucho en su deseo de unidad. En él se percibe una fe firme y vivida, capaz de generar esperanza, y un sentido de misericordia hacia cada persona, como también relatan muchos testimonios de Chiclayo, la diócesis de Perú donde fue obispo hasta que el papa Francisco lo llamó a trasladarse a Roma.

5. ¿Qué compromisos futuros surgieron para la Obra durante los trabajos del Congreso?

El Congreso respetó el luto que afectó a toda la Iglesia con la muerte del papa Francisco. Por eso, los trabajos fueron más breves de lo previsto. De todos modos, se nombraron los miembros del Consejo General y de la Asesoría Central (como está previsto en estos congresos) y, más allá del Congreso en sí, hubo un intercambio entre las personas venidas a Roma de todo el mundo sobre las reflexiones

llegadas de todas las naciones donde está presente la Obra, gracias a las asambleas celebradas en 2024, que contaron con la participación atenta y, diría, entusiasta de miles de personas. De estas asambleas surgió una gran unidad de propósitos en el compromiso de evangelización en el mundo del trabajo y un verdadero amor por la Iglesia. Entre otras sugerencias, se habló mucho del apostolado del “primer anuncio” cristiano, cada vez más necesario en un mundo aparentemente más secularizado, pero en el cual se descubre una gran sed de Dios. San Josemaría definía la Obra como una «gran catequesis» en medio del mundo, en la vida ordinaria: a él le pedimos luces para saber llevarla adelante con alegría y generosidad en las circunstancias actuales.

Luego, los miembros del Congreso también dieron una opinión positiva para que el prelado, con sus nuevos consejos, enviara a la Santa Sede la propuesta de los Estatutos que considerara más oportuna, teniendo en cuenta todas las sugerencias ya recibidas del Congreso de 2023 y de la consulta previa a todos los miembros del Opus Dei. Y así se hizo: una vez elegido el papa León, el pasado 11 de junio presenté la propuesta al Dicasterio del Clero. El siguiente paso está ahora en manos de las autoridades de la Sede Apostólica.

6. En 2028 celebrarán los cien años desde la fundación. ¿Cómo está cambiando el Opus Dei?

La Obra está llamada a cambiar en fidelidad a su carisma. Cambian los contextos culturales y sociales, y cambian las personas (que son quienes encarnan el mensaje en cada época), pero la esencia permanece: ayudar a cada persona a descubrir que Dios la llama precisamente allí donde se encuentra. Los cambios que estamos viviendo —también en el proceso de ajuste de los estatutos— son un impulso para custodiar lo esencial. Deseamos ser cada vez más una ayuda verdadera, cercana y humilde para todos en la Iglesia y en la sociedad.

7. ¿Qué está aprendiendo la Obra del proceso de revisión de los estatutos iniciado por el papa Francisco?

La escucha, con espíritu filial y verdadera disponibilidad, ha caracterizado estos años de trabajo, custodiando el tesoro que nos dejó san Josemaría y mirando hacia adelante. El papa Francisco nos ha invitado a un camino de renovación, que también reclama paciencia y profundidad. Revisar los estatutos no es solo un ejercicio jurídico, sino también espiritual: nos ayuda a preguntarnos qué es lo que realmente importa, qué sirve mejor a las personas y a la misión. Es una oportunidad para vivir más profundamente la esencia evangélica del carisma.

8. ¿Qué encuentra hoy un joven en el camino de fe propuesto por el Opus Dei?

La posibilidad de descubrir que la vida ordinaria, con sus esfuerzos y bellezas, puede ser un camino seguro que nos lleva a Dios. También encuentran acompañamiento, un diálogo sincero en la amistad, un clima familiar y una propuesta de santidad que no está reservada a pocos “héroes”, sino que es para todos. Una invitación, como decía san Josemaría, a ser “cristianos llenos de optimismo y empuje, capaces de vivir en el mundo su aventura divina”, y de este modo hacer el bien y mejorar la sociedad que los rodea. En medio de las incertidumbres de nuestro tiempo, muchos jóvenes desean autenticidad, y el Evangelio —vivido en lo cotidiano— responde profundamente a esta sed.

[Volver al contenido](#)

Die Tagespost, Alemania (26-VI-2025)

Han pasado 50 años desde el fallecimiento de san Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei. Para quienes tuvimos la gracia de vivir en Roma —en su misma casa— en 1975, este medio siglo parece muy breve. Verle dejar este mundo de un día para otro —mientras desarrollaba normalmente su misión de pastor y fundador— acrecentó el impacto de su muerte. Ya entonces nos dábamos cuenta de que el “Padre”, como solíamos llamarle familiarmente, era un apoyo sólido en la vida y en la alegría de muchos católicos de su tiempo.

Desde un apasionado amor a Cristo y una fuerte experiencia de qué significa ser hijo de Dios, redescubrió y predicó durante toda su vida algunos mensajes hoy ya ampliamente difundidos en la Iglesia y la sociedad, más allá de la institución que él fundó: la búsqueda de la santidad —el encuentro con Cristo— en las circunstancias ordinarias de trabajo, familia y relaciones sociales, la amistad personal como vía de convivencia y evangelización, el valor de la libertad y del pluralismo, el protagonismo del laicado en la misión de la Iglesia y en la vivificación de la sociedad contemporánea, entre otros.

Al valorar el tiempo transcurrido, es fácil reparar en las muchas iniciativas educativas y sociales en favor de toda clase de personas que, impulsadas por sus enseñanzas, se han materializado alrededor del mundo. Sin embargo, diría que el efecto más trascendente del ejemplo y el mensaje de san Josemaría es que ha inspirado a cientos de miles de personas a acercarse a Cristo a través de las actividades comunes y corrientes de cada día. Se reconoce en esto una sintonía con lo que el papa Francisco calificó como “los santos de la puerta de

al lado”, que realizan un influjo profundo a su alrededor, muchas veces sin llamar la atención: con la naturalidad de los que están cerca de Dios e irradian su amor a manos llenas.

De la mano de los papas

En nuestro tiempo, el carisma que san Josemaría recibió de Dios se sigue multiplicando en historias de vida, actitudes, gestos, iniciativas. Para ahondar en el núcleo de su mensaje en servicio de la Iglesia, me valdré de algunas consideraciones realizadas por los últimos papas, a modo de hilo conductor. En primer lugar, el entonces Patriarca de Venecia, después Juan Pablo I, señalaba: “Escrivá, con el Evangelio, ha dicho constantemente: Cristo no quiere de nosotros solamente un poco de bondad, sino mucha bondad. Pero quiere que lo consigamos no a través de acciones extraordinarias, sino con acciones comunes” (*Il Gazzettino, Venecia*, 25-VII-1978).

Desde que san Josemaría comenzó a difundir su mensaje en 1928, afirmaba que para encontrar a Cristo y evangelizar el mundo no era necesario cambiar de lugar, de profesión o ambiente, ni realizar acciones extraordinarias, sino poner el amor de Dios en las acciones comunes. Se trata, sobre todo, de una transformación interior en Cristo, que implica el corazón por completo, que llena toda el alma (*Mt 22,37; Lc 10,27*). Como le gustaba repetir, “en la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria” (*Conversaciones*, n. 116). En continuidad con esta idea, lo que se necesita para recorrer este camino —nos animaba— “no es una vida cómoda, sino un corazón enamorado” (*Surco*, n. 795).

Por su parte, san Juan Pablo II definió a Josemaría Escrivá, en el día de su canonización, como el “santo de lo ordinario”. En otra ocasión,

añadía que había recordado al mundo contemporáneo “el valor cristiano que puede adquirir el trabajo profesional, en las circunstancias ordinarias de cada uno” (14-X-1993).

Un ideal de servicio, un heroísmo posible

En un mundo sofisticado, en el que la interconexión digital y la inteligencia artificial imponen anónimamente sus reglas en el ámbito profesional —como destaca un reciente documento de la Conferencia episcopal alemana—, el mensaje de san Josemaría nos recuerda que ese trabajo es medio de unión con Dios y de ayuda al prójimo, como lugar en el que confluyen la caridad y la justicia. Lejos de las lógicas del éxito, el ideal cristiano del trabajo se expresa en el servicio a los demás; ese es el mejor parámetro del ejercicio profesional de un cristiano.

Durante una misa de acción de gracias por la beatificación, el entonces cardenal Ratzinger (después Benedicto XVI) afirmaba que “Josemaría Escrivá ha actuado como un despertador, clamando: (...) la santidad no consiste en ciertos heroísmos imposibles de imitar, sino que tiene mil formas y puede hacerse realidad en cualquier sitio y profesión” (19-V-1992). Santificar las circunstancias ordinarias no quiere decir que desaparecerán los defectos personales o que todo en la vida irá bien; san Josemaría decía con frecuencia que él hacía el papel de hijo pródigo muchas veces al día. Esto también es parte de la vida ordinaria: afrontar las limitaciones personales y confiar en la misericordia de Dios, evitando que el pecado nos encierre en nosotros mismos.

El servicio al prójimo a través del propio oficio se manifiesta en un personaje habitualmente inadvertido de la parábola del buen samaritano: el posadero. Su tarea queda en un segundo plano frente al gesto impresionante del viajero caritativo. El posadero solo actúa con profesionalidad. Y, sin embargo, su aportación es fundamental.

Nos recuerda que el ejercicio de cualquier tarea profesional es un servicio a quienes padecen necesidad y que todo trabajo honesto contiene, si aprendemos a descubrirla, una dimensión de caridad.

Un don recibido proyectado al futuro

En *Ad charisma tuendum*, el papa Francisco recordaba que “el don del Espíritu recibido por san Josemaría» impulsa a llevar a cabo «la tarea de difundir la llamada a la santidad en el mundo, a través de la santificación del trabajo y de los compromisos familiares y sociales”. Se trata de un mensaje proyectado al futuro y universal: para todas las personas, en cualquier lugar y tiempo. Todos podemos ser amigos de Dios, porque “la Trinidad se ha enamorado del hombre” (*Es Cristo que pasa*, n. 84). Y desde esta amistad “contribuirá a la paz, a la colaboración de los hombres entre sí, a la justicia, a evitar la guerra, a evitar el aislamiento, a evitar el egoísmo nacional y los egoísmos personales: porque todos se darán cuenta de que forman parte de toda la gran familia humana. (...) Así contribuiremos a quitar esta angustia, este temor por un futuro de rencores fratricidas, y a confirmar en las almas y la sociedad la paz y la concordia: la tolerancia, la comprensión, el trato, el amor” (*Carta 3*, n. 38a).

A cincuenta años de su fallecimiento, el mensaje de san Josemaría está vivo en nuestros corazones y nos invita a servir a Dios, a la Iglesia y a la sociedad. Ojalá sepamos custodiar este mensaje, encarnarlo con alegría y ponerlo al servicio de las necesidades de nuestros contemporáneos. Con el papa León XIV, los cristianos deseamos construir “una Iglesia fundada en el amor de Dios y signo de unidad, una Iglesia misionera, que abre los brazos al mundo, que anuncia la Palabra, que se deja cuestionar por la historia, y que se convierte en fermento de concordia para la humanidad”.

[Volver al contenido](#)

El Mundo, España (26-VI-2025)

Hace un mes y medio, en esa tarde histórica de la primavera romana, el recién elegido *Papa León XIV* convirtió el saludo de Cristo resucitado en sus primeras palabras como pontífice dirigidas desde el balcón de la plaza de San Pedro al mundo entero: “¡La paz esté con todos vosotros!”. Y más adelante completó: “Quisiera que este saludo de paz entre en sus corazones, llegue a sus familias, a todas las personas, dondequiera que estén, a todos los pueblos, a toda la tierra”.

La propuesta del Papa indica una trayectoria: de la paz en los corazones a la paz en toda la tierra. Entre las numerosas cosas que podría haber dicho, optó por un anuncio de paz. Mientras tanto, las portadas de los periódicos siguen reflejando cada día *la inquietante falta de paz* de nuestro tiempo. Falta la paz en los grandes titulares y entre las grandes potencias, pero también en los pequeños mensajes de cada día: entre parientes, vecinos, amigos, colegas. Falta la paz, también, en las conciencias, donde muchas veces reinan el temor, la duda, la ansiedad, la preocupación.

Frente a este panorama, el deseo de la paz se presenta, en el mejor de los casos, como una utopía; y, en el peor, como una abdicación de los ideales por lo que deberíamos luchar.

Sin embargo, los cristianos sabemos que Cristo es nuestra paz (*Ef* 2,14) y que la paz que deseamos es un regalo de Dios, que necesitamos aprender a acoger y transmitir.

Hoy, al cumplirse cincuenta años del fallecimiento de san Josemaría Escrivá —fundador del Opus Dei—, viene a la memoria

una de sus expresiones más recordadas: la invitación a ser “sembradores de paz y de alegría”.

Puede parecer una frase bonita pero poco realista; sin embargo, es el testimonio de quien vivió en carne propia una guerra civil y las consecuencias devastadoras de una guerra mundial. En ese contexto dramático, san Josemaría procuró ser puente, no trinchera; unión, no división. Sus convicciones de sacerdote y de cristiano, lo llevaban a vivir “con los brazos abiertos donde quepan todos: los de la derecha, los de la izquierda, los de enfrente, los de atrás, todos, todos, todos!”. Los brazos abiertos, como Cristo en la cruz, que imploró el perdón para sus verdugos e impulsó en la historia —como le gustaba decir a Benedicto XVI— la “revolución del amor”.

Así, cuando la violencia parece tener la última palabra, *cuando la agresión parece la única alternativa*, aparece la oportunidad de desafiar la lógica terrena y levantar la mirada al ejemplo de Cristo. “Cristo nos precede —afirmaba León XIV en su primer discurso, minutos después de ser elegido Papa—. El mundo necesita su luz. La humanidad lo necesita como puente para ser alcanzada por Dios y por su amor”. La paz es un don de Dios que hemos de pedir unidos. Además, todos podemos contribuir a edificar la paz en los corazones y en las relaciones, normalmente con pequeños aportes de pacificación: en la propia casa, en el barrio, en el lugar de trabajo.

A su vez, la paz necesita apoyarse en una justicia vivificada por el amor. Quienes se saben hijos de Dios descubren “hermanos” en los demás, como aconsejaba san Josemaría: “Cada uno de nosotros ha renacido en Cristo, para ser una nueva criatura, un hijo de Dios: todos somos hermanos, y fraternalmente hemos de conducirnos!” (*Surco*, n. 317).

El anhelo universal de paz es también una urgencia cada vez más visible. No basta con lamentar la violencia; todos, creyentes o no, estamos llamados a cultivar, desde nuestro lugar, un ecosistema de

paz: *quien tiene la paz, la transmite con su presencia*, con su forma de reaccionar ante las personas y los acontecimientos. Esta tarea comienza en lo pequeño: en el lenguaje que usamos, en nuestras conversaciones, en los gestos cotidianos en el hogar, en el trabajo, en la universidad o en el espacio digital. Reflexionaba hace unos días León XIV: “La paz no es una utopía: es una vía humilde, hecha de gestos cotidianos, que entrelaza paciencia y valentía, escucha y acción” (17-VI-2025).

En este sentido, cuando san Juan Pablo II canonizó a san Josemaría en 2002, lo llamó el “*santo de la vida ordinaria*”. Ese título expresa el corazón de su mensaje: Dios se encuentra en lo cotidiano, y también allí se edifica la paz. Habitualmente, no se tratará de realizar gestas heroicas, sino de construir vínculos desde la paciencia, la amabilidad, el perdón. Las guerras de la vida cotidiana no empiezan con las bombas, sino con palabras duras, desprecios pequeños, gestos de egoísmo o indiferencia, que van escalando.

Comentando la bienaventuranza —la alegría— de los que “trabajan por la paz” (Mt 5,9), el Papa León invitaba a los representantes de los medios de comunicación a considerar que “el modo en que comunicamos tiene una importancia fundamental; debemos decir ‘no’ a la guerra de las palabras y de las imágenes” (18-V-2025).

Por eso, el primer terreno para sembrar la semilla de la paz es nuestro propio corazón. Conquistar la paz interior resulta un desafío particular en estos tiempos de ansiedades y temores. En palabras de san Josemaría, “no hay paz en muchos corazones, que intentan vanamente compensar la intranquilidad del alma con el ajetreo continuo, con la pequeña satisfacción de bienes que no sacian” (*Es Cristo que pasa*, n. 73).

Tienen una actualidad asombrosa las palabras del apóstol Santiago, que expresan *esa tensión entre el bien y el mal que llevamos en nuestra naturaleza humana*: “Donde hay rivalidad y discordia, hay

también desorden y toda clase de maldad. En cambio, la sabiduría que viene de lo alto es, ante todo, pura; y además, pacífica, benévola y conciliadora” (St 3,16-18).

De la paz interior nace la paz a nuestro alrededor. Lo notamos en nosotros mismos y, de modo especial, agradecemos cuando aparece en nuestra vida un artesano de la paz: *esas personas que son portadoras de una luz*, que tejen unidad y concordia —sintonía de los corazones—, que abren horizontes y contagian alegría. Evocando al papa Francisco, son esos «santos de la puerta de al lado» que construyen la paz de la puerta de al lado. Esas personas nos inspiran con su ejemplo de pedagogos de la paz.

Muchas veces, la contribución a la paz que podemos dar a nuestro alrededor pasa por desarrollar una actitud de comprensión a los demás. “La caridad, más que en dar, está en comprender —enseñaba san Josemaría—. El espíritu de comprensión es muestra de la caridad cristiana del buen hijo de Dios: porque el Señor nos quiere por todos los caminos rectos de la tierra, para extender la semilla de la fraternidad —no de la cizaña—, de la disculpa, del perdón, de la caridad, de la paz” (*Es Cristo que pasa*, n. 124).

Recordar hoy a san Josemaría es también renovar ese compromiso de trabajar por la paz siendo “hermanos de todas las criaturas y sembradores de paz y alegría”. “La paz desarmada y desarmante” de Cristo resucitado, anunciada por León XIV en su primer discurso, y que bien podría inspirar nuestro día a día, no como ideal abstracto, sino como actitud concreta: *una forma de estar en el mundo que genere reconciliación, esperanza y unidad*.

[Volver al contenido](#)

Notas

- [1] Cfr. C. Fabro, “Un maestro de libertad cristiana”, en *L'Osservatore Romano*, 2-VII-1977. También en www.opusdei.org/es-es/article/un-maestro-de-la-libertad-cristiana.
- [2] San Josemaría, *Oración al Espíritu Santo*, abril de 1934.
- [3] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 397.
- [4] San Josemaría, *Carta número 38*, n. 41. En adelante, las citas de las que no se menciona el autor son de san Josemaría.
- [5] Benedicto XVI, *Homilía*, 15-IV-2010.
- [6] *Santo Rosario*, 4.º misterio de luz.
- [7] Francisco, *Discurso*, 17-II-2022.
- [8] *Es Cristo que pasa*, n. 17.
- [9] *Camino*, n. 621.
- [10] Cfr. S. Tomás de Aquino, *Suma teológica*, II-II, q. 104 a. 1.
- [11] *Es Cristo que pasa*, n. 17.
- [12] Benedicto XVI, *Angelus*, 1-VII-2007.
- [13] *Forja*, n. 788.
- [14] *Es Cristo que pasa*, n. 17.
- [15] *Amigos de Dios*, n. 30.
- [16] San Agustín, *In Epist. Ioannis ad parthos*, VII, 8 (PL 35, 2033).
- [17] San Agustín, *De natura et gratia*, 65, 78 (PL 44, 286).
- [18] *Carta número 11*, n. 39.

- [19] San Basilio, *Regulae fusius tractatae*, prol. 3 (PG 31, 895).
- [20] *Conversaciones*, n. 2.
- [21] Cfr. S. Tomás de Aquino, Quaest. disp. De Malo, q. VI: *Intelligo enim quia volo; et similiter utor omnibus potentiis et habitibus quia volo*.
- [22] *Conversaciones*, n. 100.
- [23] *Conversaciones*, n. 63.
- [24] *Carta número 18*, n. 38.
- [25] *Camino*, n. 629.
- [26] *Carta*, 17-VI-1973, n. 35.
- [27] *Surco*, n. 379.
- [28] Notas de una reunión de familia, 9-XI-1964, en Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei* (III), p. 407.
- [29] Francisco, Carta apostólica *Patris corde*, 8-XII-2020, n. 3.
- [30] *Es Cristo que pasa*, n. 42.
- [31] *Ibidem*.
- [32] San Ireneo, *Adversus hæreses*, III, 22, 4 (PG 7-I, 959-960).
- [33] *Es Cristo que pasa*, n. 173.
- [34] *Carta número 13*, n. 99. Los textos de los que no se menciona al autor son de san Josemaría.
- [35] Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, q.28, a.4 ad1. “La tristeza es la escoria del egoísmo” (*Amigos de Dios*, n. 92)
- [36] *Surco*, n. 795.
- [37] Cfr. *Camino*, n. 659.
- [38] *Forja*, n. 332.

- [39] “Las riquezas de la fe”, publicado en el periódico *ABC* el 2-XI-1969.
- [40] *Ibíd.*
- [41] *Carta número 29*, n. 60.
- [42] Francisco, Audiencia, 15-III-2017.
- [43] Cfr. *Amigos de Dios*, n. 35.
- [44] *Surco*, n. 59.
- [45] *Carta número 14*, n. 1.
- [46] *Forja*, n. 28.
- [47] Francisco, *Homilía*, 29-I-2020.
- [48] *Carta 14-II-1974*, n. 7.
- [49] *Surco*, n. 63.
- [50] *Carta número 10*, n. 11 (la cursiva es nuestra). Los textos de los que no se cita el autor son de san Josemaría.
- [51] Cfr., por ejemplo, *Carta número 25*, n. 5
- [52] *Sacerdote para la eternidad*, en “Escritos varios”, Rialp, Madrid 2018, n. 27.
- [53] Conc. Vaticano II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, n. 14.
- [54] Benedicto XVI, Ex. Ap. *Sacramentum caritatis*, n. 23.
- [55] Francisco, Carta apost. *Desiderio desideravi*, n. 60.
- [56] *Sacerdote para la eternidad*, nn. 16-17
- [57] *Sacerdote para la eternidad*, n. 1.
- [58] Conc. Vaticano II, Const. *Lumen gentium*, n. 28. Cfr. Decr. *Presbyterorum Ordinis*, n. 2.
- [59] *Carta número 26*, n. 18.

[60] Cfr. *Sacerdote para la eternidad*, nn. 16 y 17.

[61] *Sacerdote para la eternidad*, n. 28.

[62] El celebrante debe, en efecto, conjugar el yo y el nosotros. Existe una doble perspectiva del ministerio sacerdotal: representa sacramentalmente a Cristo, «único mediador entre Dios y los hombres» (1Tim 2,5) que reúne y conduce a su pueblo, y representa también a la Iglesia, en cuyo servicio realiza su acción.

[63] Conc. Vaticano II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*., n. 4.

[64] Cfr. *ibidem*, n. 5.

[65] *Carta 2-II-1945*, n. 4.

[66] Cfr. Conc. Vaticano II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, n. 12.

[67] Benedicto XVI, Ex. ap. *Sacramentum caritatis*, n. 80.

[68] Congregación para el Culto Divino, Instr. *Redemptionis sacramentum*, n. 5.

[69] *Es Cristo que pasa*, n. 88. En este texto, san Josemaría continuaba su homilía mostrando, con su catequesis mistagógica, que la Santa Misa es formativa en el sentido más profundo de la palabra.

[70] *Es Cristo que pasa*, n. 87.

[71] *Es Cristo que pasa*, n. 85.

[72] Cfr. *Forja*, n. 69.

[73] S. Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes*, Jueves Santo del 2000, n. 14.

[74] Citado en E. Burkhart–J.López, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de san Josemaría*, Rialp, Madrid 2013, vol. III, p. 472.

[75] *Es Cristo que pasa*, n. 166.

[76] *Íbid.*, n. 166.

- [77] *Dos meses de Catequesis*, vol. II, pp.755-757.
- [78] S. Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes*, Jueves Santo del 2000, n. 14.
- [79] Citado en J. Echevarría, *Memoria de san Josemaría*, Rialp, Madrid, 6ª ed. 2016, p. 239.
- [80] *Carta número 10*, n. 20.
- [81] Cfr. Conc. Vaticano II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, n. 14.
- [82] S. Juan Pablo II, Es. ap. *Pastores dabo vobis*, n. 23.
- [83] Francisco, *Homilía*, 3-VI-2016.
- [84] *Es Cristo que pasa*, n. 158.
- [85] *Ibid.*, n. 158.
- [86] *Ibid.*, n. 158.
- [87] *Sacerdote para la eternidad*, n. 44.
- [88] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1586.
- [89] Congr. para la Doctrina de la Fe, *Carta Communionis notio*, n. 5.
- [90] Cfr. J. Echevarría, *Para servir a la Iglesia. Homilías sobre el sacerdocio*, Rialp, Madrid 2001, p. 58.
- [91] Francisco, *Homilía en la Santa Misa Crismal*, 28-III-2013
- [92] Cfr. Conc. Vaticano II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, n. 13.
- [93] *Es Cristo que pasa*, n. 87.
- [94] “La Virgen del Pilar”, n. 18; en *Escritos varios*, pp. 289-290.
- [95] *Ibid.*, n. 19.
- [96] *Es Cristo que pasa*, n. 47.
- [97] San Juan Pablo II, *Discurso*, 3-VII-1986, n. 3.

[98] Sobre la elección existencial del fin último, en cuanto acto de la libertad, cfr. C. Fabro, *Riflessioni sulla libertà*, Maggioli, Rimini 1983, pp. 43-51; 57-85.

[99] *Es Cristo que pasa*, n. 48.

[100] *Es Cristo que pasa*, n. 47.

[101] León XIV, *Discurso al cuerpo diplomático*, 16-V-2025.

[102] *Instrucción*, 19-III-1934, n. 33.

[103] *Camino*, n. 359.

[104] *Rm* 5,5.

[105] *Amigos de Dios*, n. 55.

[106] Cfr., por ejemplo, G. Scalzo y S. García Álvarez, “El Management como práctica: una aproximación a la naturaleza del trabajo directivo”, *Empresa y humanismo* 21 (2018), pp. 95-118.

[107] *Ibidem*, p. 112.

[108] *Carta* 29-IX-1957, n. 25.